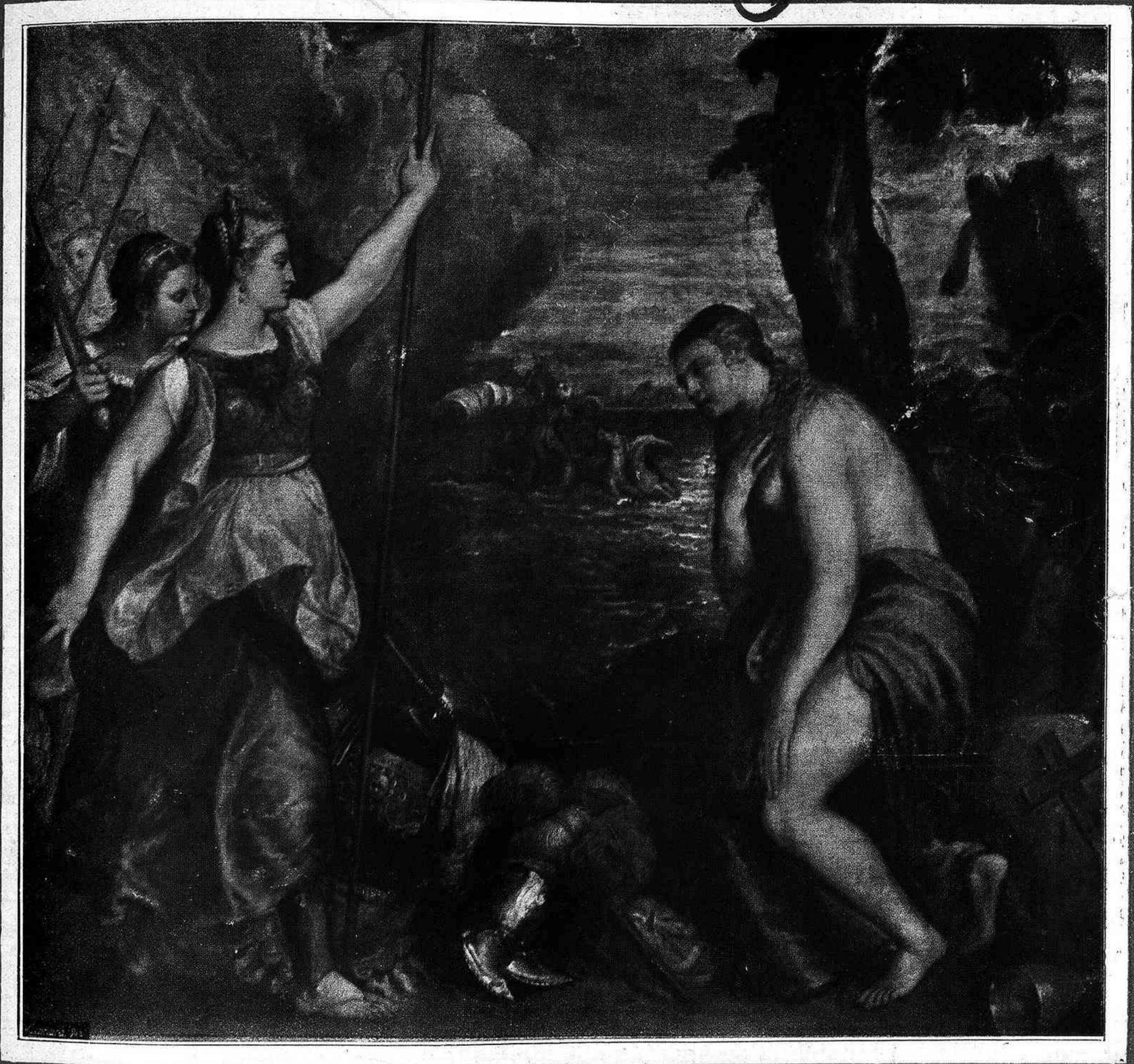


La Esfera

Año XII

Núm. 618



«La Religión socorrida por España», cuadro del Tiziano
(MUSEO DEL PRADO)

Precio: Una peseta

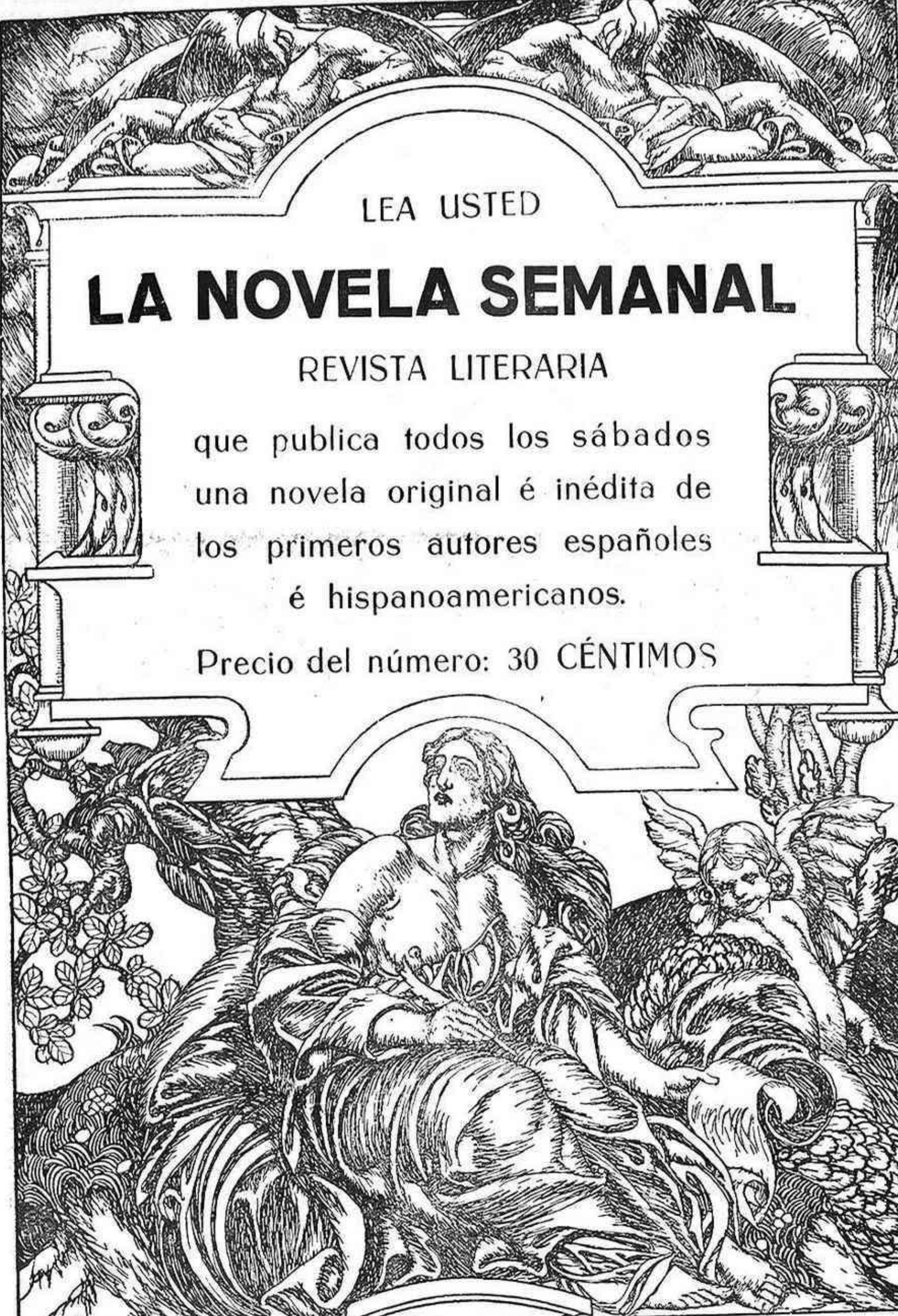
LEA USTED

LA NOVELA SEMANAL

REVISTA LITERARIA

que publica todos los sábados una novela original é inédita de los primeros autores españoles é hispanoamericanos.

Precio del número: 30 CÉNTIMOS



LEA USTED ESTA SEMANA

La estrella en el camino

POR EMILIANO RAMÍREZ ANGEL

ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

CUELLO "SIMPLEX" SIN FORROS

PATENTADO



2 pzs 2.50 pzs

Inarrugable, cómodo, sencillo, elegante, inencogible, suave y económico

De venta en las principales camiserías

Fabricado por:

Manufacturas Domingo Fábregas S.A.

Rosellón, 302-Barcelona

Maravillosa Crema de Belleza - Inalterable - Perfume suave.

REINE DES CRÈMES

DE J. LESQUENDIEU PARIS

CREMA de TOILETTE INDISPENSABLE PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

De venta en toda España Agente: J. ROS & Cuesta Santo Domingo, MADRID



¿Confidencia?

Mi felicidad, simpáticas lectoras, la debo al quitarme de raíz el vello y pelo de la cara y brazos con el tan acreditado **Depilator** marca **Belleza**. Es inofensivo. De venta en Perfumerías. Primer premio. Fabricantes: Argenté Hermanos. Badalona (España).

TIRANTES

FORB

LIGAS

CORBATAS DE PUNTO

NO TIENEN RIVAL

INDUSTRIAS FORB S.A. TRAVESERA 316 BARCELONA

Cursos por correspondencia

Grados universitarios por Universidad americana, solicita representantes capacitados. Grandes ingresos asegurados. Diríjanse experiencias anteriores, fotografía, bajo «Centrale Suisse, número D 522 La «Publicitas». Apartado 911. MADRID

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO e INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO
DISPEPSIA
ACEDIAS Y VÓMITOS
INAPETENCIA
FLATULENCIAS

DIARREAS EN NIÑOS
y Adultos que, a veces, alternan con
ESTREÑIMIENTO
DILATACIÓN Y ÚLCERA
del Estómago
DISENTERÍA

OBRA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el enfermo come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.

33 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con indicación para unos ocho días

Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse a esta Admón., Hermosilla, 57.

AGENCIA GRAFICA

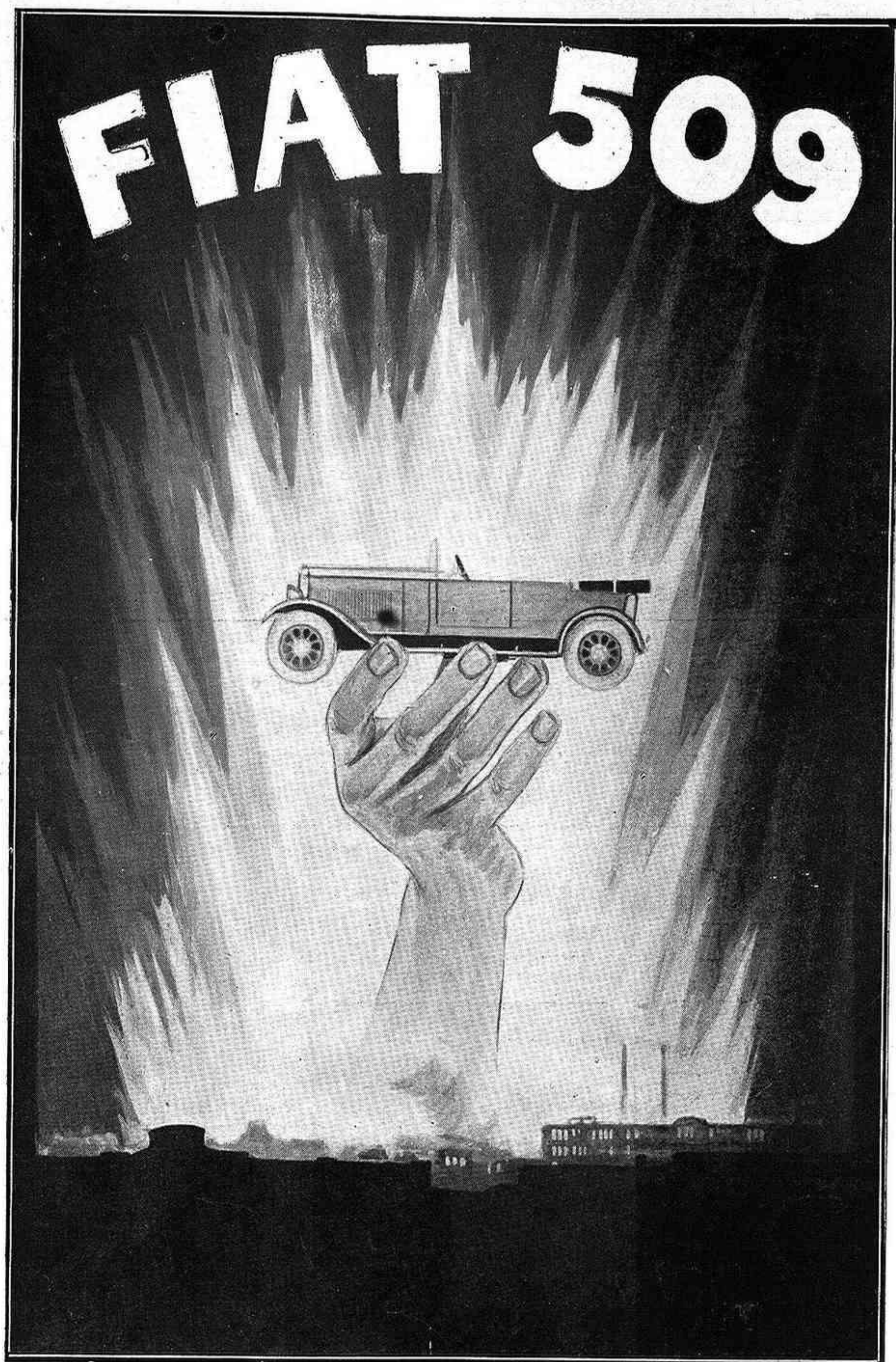
REPORTAJE GRÁFICO DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones

AGENCIA GRÁFICA Apartado 571 MADRID

"GEORGIA"
Es un engrase de alta calidad
Dpto. de España
S.A.E. Georgia-Oil, Málaga



El medio de transporte rápido, económico y seguro para el hombre de negocios, para el profesional y para todo el que lucha diariamente con el tiempo y para aquellos para los que el tiempo es dinero

AGENCIA PARA ESPAÑA:

FIAT HISPANIA, S. A.

Gran Vía, 19.—MADRID



¡He aquí la dicha de la vida!

- Así decía un joven médico - Nuestras penas y alegrías no son mas que el reflejo de nuestra constitución orgánica. Así, logrando una salud constante, poseeremos la dicha en la vida.

Tomad este completo **Tónico - regenerador** del organismo humano, y curareis la **debilidad, la inapetencia, la anemia y el agotamiento en la vejez.**

Yo os aseguro que no existe debilidad de la sangre o de los huesos ni decaimiento o degeneración del organismo que resista al poderoso influjo del **Jarabe de**



HIPOFOSFITOS SALUD

35 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.

DIAZ FOTOGRAFIA
:: DE ARTE ::

FERNANDO VI, 5. - MADRID



"El Caballero Audaz"

El dolor de los caricios

Los cuervos sobre el Amor

La virgen desnuda
Desamor
De pecado en pecado
El pozo de las pasiones
La bien pagada
Emocionario
La sin ventura
El divino pecado
Con el pie en el corazón
San Sebastián

Hombre de amor
Un hombre extraño
Una cualquiera
Horas cortesanas
El jefe político
... A besos y á muerte
Los desterrados
¡Una pasión en París!
Lo que sé por mí
(Diez volúmenes de interesantísimas entrevistas)

EN TODAS LAS LIBRERÍAS
:: DE ESPAÑA Y AMÉRICA ::

Tos, Catarros, Bronquitis. Curación pronta y segura
con **BENZODINA** Poderoso antiséptico de las vías respiratorias

GRATIS

remite nuevo Catálogo la Librería de Alejandro Pueyo, Avenida del Conde de Peñalver, 16.-Madrid.

**REPRESENTANTES
IMPORTADORES
COMERCIANTES:**

¿Queréis ampliar vuestros negocios y estar siempre al corriente de las últimas creaciones de la industria norteamericana? Pidan hoy mismo un ejemplar de muestra de la hermosa Revista

"El Exportador Americano"

á los agentes en España contra envío por giro postal de tres pesetas

"PUBLICITAS"

MADRID Gran Vía, 13 Apartado 911
BARCELONA R. San Pedro, 11, pral. Apartado 228

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista -:-: Hermosilla, 57



Existen lociones para todos los gustos, pero para los gustos distinguidos existe solo la
Loción Falenas
Cortés Hnos. Barcelona

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS

EN LA

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6

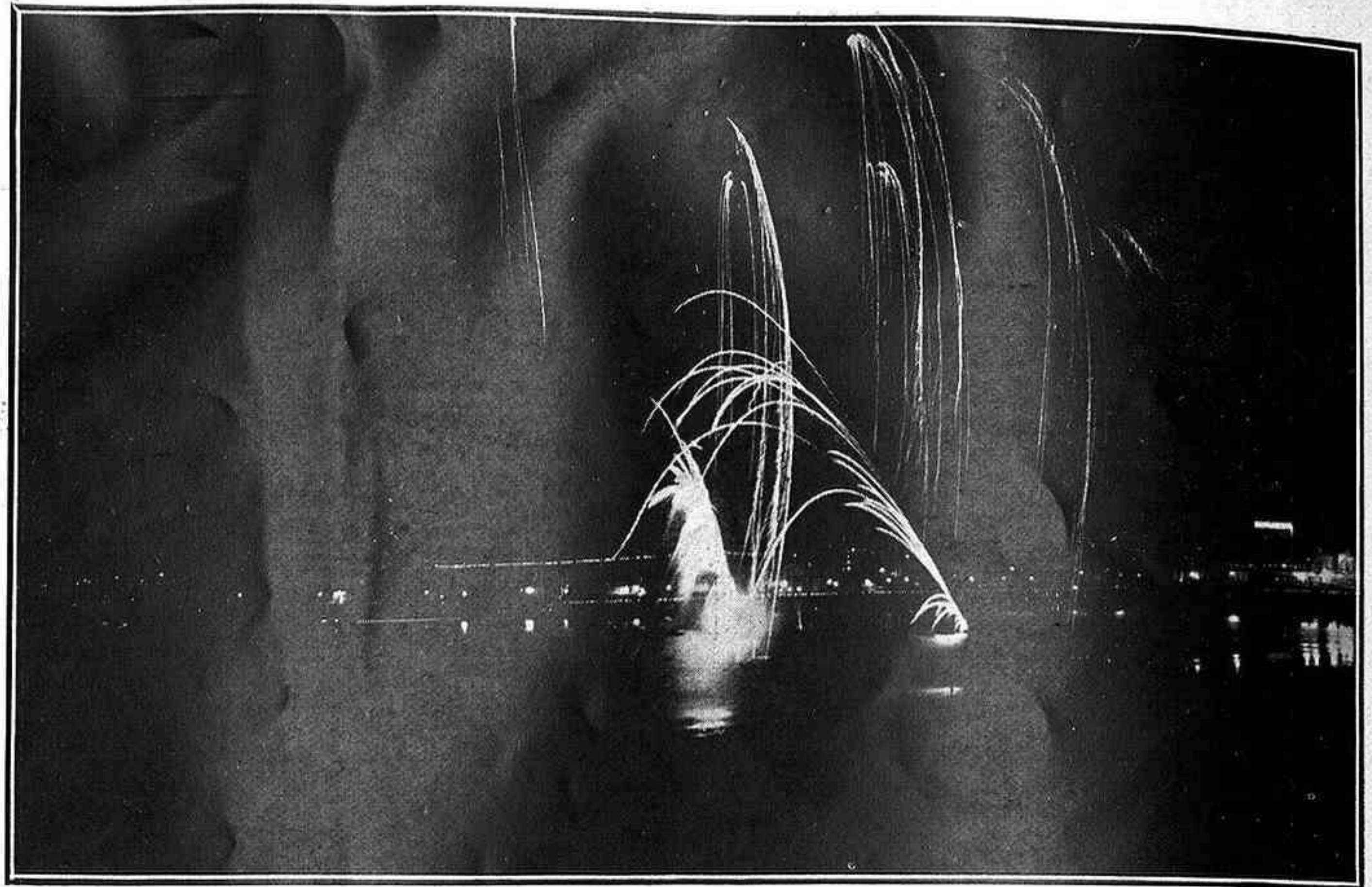


EL PRÍNCIPE DE GALES Y SU PERRO FAVORITO

Interesante fotografía obtenida del último retrato hecho al heredero del trono de Inglaterra por el ilustre pintor inglés Saint Helier Lander

ESTE año los fuegos artificiales—que no ha encendido Vulcano, sino Mercurio, aconsejado y ayudado por Marte—impresionaron muy agradablemente al buen pueblo de Madrid. Esta manera de correr la pólvora siempre será un espectáculo popular, entre otras razones porque requiere el concurso de una multitud al aire libre, en las primeras horas de la noche, y porque realmente puede considerarse como una rama, ó por lo menos como un brote nuevo de las Bellas Artes. El pueblo se contenta con decir que es una cosa muy distraída y muy bonita. Despierta los dos sentimientos de interés y de admiración. El ¡aaaah! del pueblo en los fuegos artificiales, á manera de rumor aprobatorio, no lo obtiene ningún efecto teatral, ni ninguna otra obra de arte. Por muy intensa que fuera la sensación de asombro y de maravilla de los sicilianos ante el cuadro de Rafael, seguramente que no prorrumpieron en ese largo grito de júbilo. Ni siquiera en los toros, donde las demostraciones son instantáneas, apasionadas y clamorosas, pero más breves y desde luego responden á emociones menos plácidas y desinteresadas.

El agrado del pueblo por este espectáculo no es exclusivo de la tierras que dominaron los morcs durante algunos siglos. Aunque el origen de la traca valenciana tenga raíces moriscas, en todas partes la multitud gusta de los fuegos artificiales. Yo he presenciado uno de estos festejos en el bosque de la Cambre, en Bruselas, y he visto el entusiasmo de los sensatos y apacibles belgas. Quizá deba establecerse alguna diferencia de matiz. En la tierra levantina tiene gran importancia el estruendo, el estampido de la pólvora. Como los tarasconeses—levantinos también—, los valencianos quieren hacer ruido. Es preciso que la traca sea formidable. Pero



mas escuelas, á partir del impresionismo, tiene que dejarse seducir por esta forma de expresión verdaderamente mágica, en la que el color procede por explosiones, por vibraciones intensísimas, por ráfagas... Y yo no pierdo la esperanza de ver un

día á Picasso aprendiendo la técnica—ó pidiéndole prestada, para no improvisar—y dedicándose á trazar un gran proyecto de fuegos de artificio, que no será cubista, sino omni-dimensional, puesto que puede moverlos, á voluntad, en el libre espacio infinito. ¡Pintura luminosa! ¡Pintura de acción, de movimiento! No creo que pueda aspirar á más un artista de genio, deseoso de aventurarse por un mundo nuevo.

Los elementos materiales para el arte pirotécnico, tal como lo hemos visto ahora, los ha dado la guerra.

En aquellos terribles cinco años los beligerantes inventaron muchas cosas que hoy sirven para divertir á la multitud. Los cohetes luminosos empezaron por ser del arte pirotécnico, y se sirvió de ellos la guerra; pero su intensidad, su fuerza, su seguridad no podrán desarrollarse sino buscando un fin utilitario. Hemos llegado á la época de los explosivos y, como es natural, á la edad de oro de la pirotecnia.

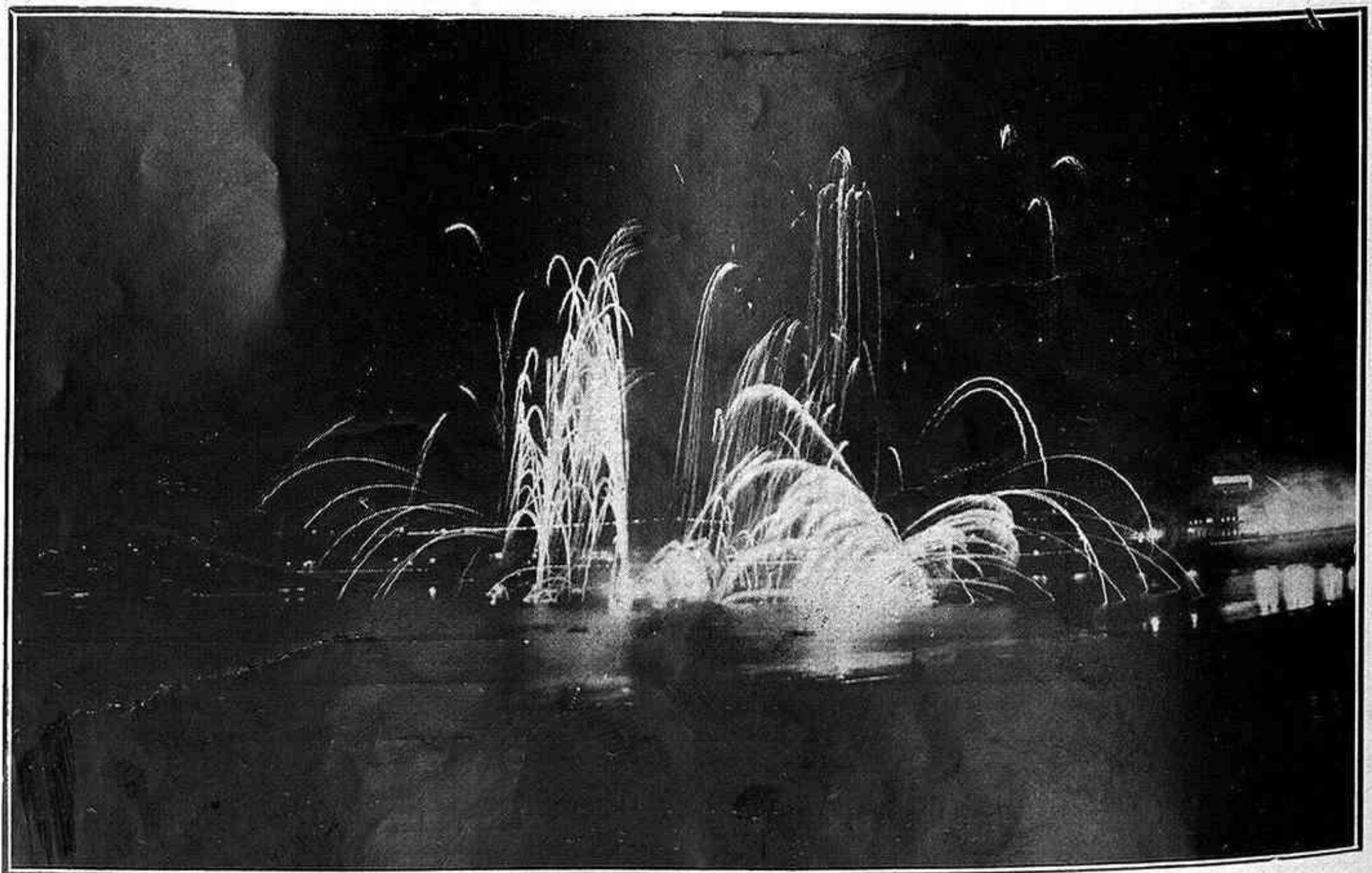
Una idea brindo á los inventores, sin propósito de cobrar por la patente. La pirotecnia bélica tuvo una maligna idea con las bombas y cohetes de gases asfixiantes. Esos aires deletéreos que van sembrando la muerte al gravitar pesadamente sobre el suelo, ¿no pueden ser substituídos por otros que produzcan efectos contrarios? Bombas de gases perfumados. Refrigerantes, ozonizantes, oxigenantes, que lleguen como una graciosa lluvia sobre la muchedumbre feliz. Y hasta unos gases ligeramente narcóticos que muden en buenos los malos pensamientos y que traigan á la honrada multitud ideas optimistas.

L. B.



en todos los fuegos artificiales hace falta que el punto final marque bien el término de un crescendo, que sin el gran estallido de la traca no percibiría el público. Sólo así se marcha satisfecho cuando el espectáculo ha terminado. El placer por el ruido en sí mismo aumenta, sin embargo, al descender hacia Marruecos. ¿No hemos leído que es costumbre entre muchas cabilas disparar los fusiles—antes las espingardas—al oído de los recién casados y de todas las mujeres de la boda, como una de las mejores maneras de demostrar alegría y de celebrar el acontecimiento? Justo es decir que en todas partes han sido y son las salvas una forma solemne de expresar sentimientos de júbilo. Anualmente se gastan todavía en España varios cientos de miles de pesetas en salvas de ordenanza, y en las relaciones internacionales siguen considerándose indispensables como salutación y testimonio de cortesía.

Pero el arte de los fuegos artificiales es, en realidad, un arte para la vista; y quizá deba formar parte del gran arte de la pintura. Su lienzo es la noche. Sus líneas son de fuego y ellas señalan el dibujo, pero el color no lo tendrá nunca tan maravilloso la mejor paleta. Viendo el proyecto de uno de estos castillos artificiales—como el que presentó el Sr. Lecea y reproduce LA ESFERA—se comprende la esencia de ese arte, complicada, sabia y magnífica. Todo su esfuerzo de creación sirve para una vez. Un pintor moderno, de cualquiera de las últi-



LA PEDAGOGÍA MUSICAL EN ALEMANIA

Si queremos dar un nombre á la tendencia que predomina, en cuanto á la educación musical se refiere, en los pueblos del extranjero que pretenden representar el acervo de la civilización, según su genuino carácter en la actualidad, podemos valernos de la locución «movimiento de la pedagogía artística» (*Kunstpaedagogische Bewegung*) escogida por los escritores y sabios (que sabios son muchos de ellos) del país en que ese movimiento nació: Alemania. En sus escuelas no se limitan los profesores á enseñar á cantar al niño, sino que procuran también que adquiera los conocimientos fundamentales de la música y quede así preparado para, después de salir de la escuela primaria, recibir una instrucción musical más completa. Y para alcanzar más seguramente este fin se sirven de los más variados y minuciosos medios psíquicos y culturales.

Sabida es la parte que Froebel dió en su programa pedagógico al estudio del canto. Su plan nos lo trazó al detalle Strup-Horblin, en un estudio sobre *L'enseignement du chant dans les écoles d'Allemagne*, publicado en el *Annuaire de l'Enseignement Primaire*, de 1896. Tres palabras resumían para él lo esencial del trabajo en los *Jardines de la Infancia* que fundó: *das Bild, das Spiel, das Lied* (la imagen, el juego, el canto). Para la educación de los sentidos en el párvulo, Froebel había imaginado un gran número de juegos acompañados de canciones rudimentarias, según puede verse en la introducción de madame de Marenholtz á la traducción francesa de su *Manual Práctico de los Jardines de Niños*. Así es como la madre, suspendiendo una pelota por debajo de la cuna, la hace moverse en sentido horizontal, cantando:

¡Pim, pum, pim, pum!
Tic, tac, tic, tac;

y poniendo después la pelota en relación con otro objeto, la hace pasar y repasar:

Por aquí, por allá, por aquí, por allá,

y luego la aleja y la aproxima:

Cerca, lejos, cerca, lejos;
la pelota viene, la pelota se va;
esto llega, esto se marcha;

ó indica el movimiento suave:

Len...tamente, len...tamente,

y la detiene:

¡Párate, pelota bonita;

y en seguida la pelota sube y desciende:

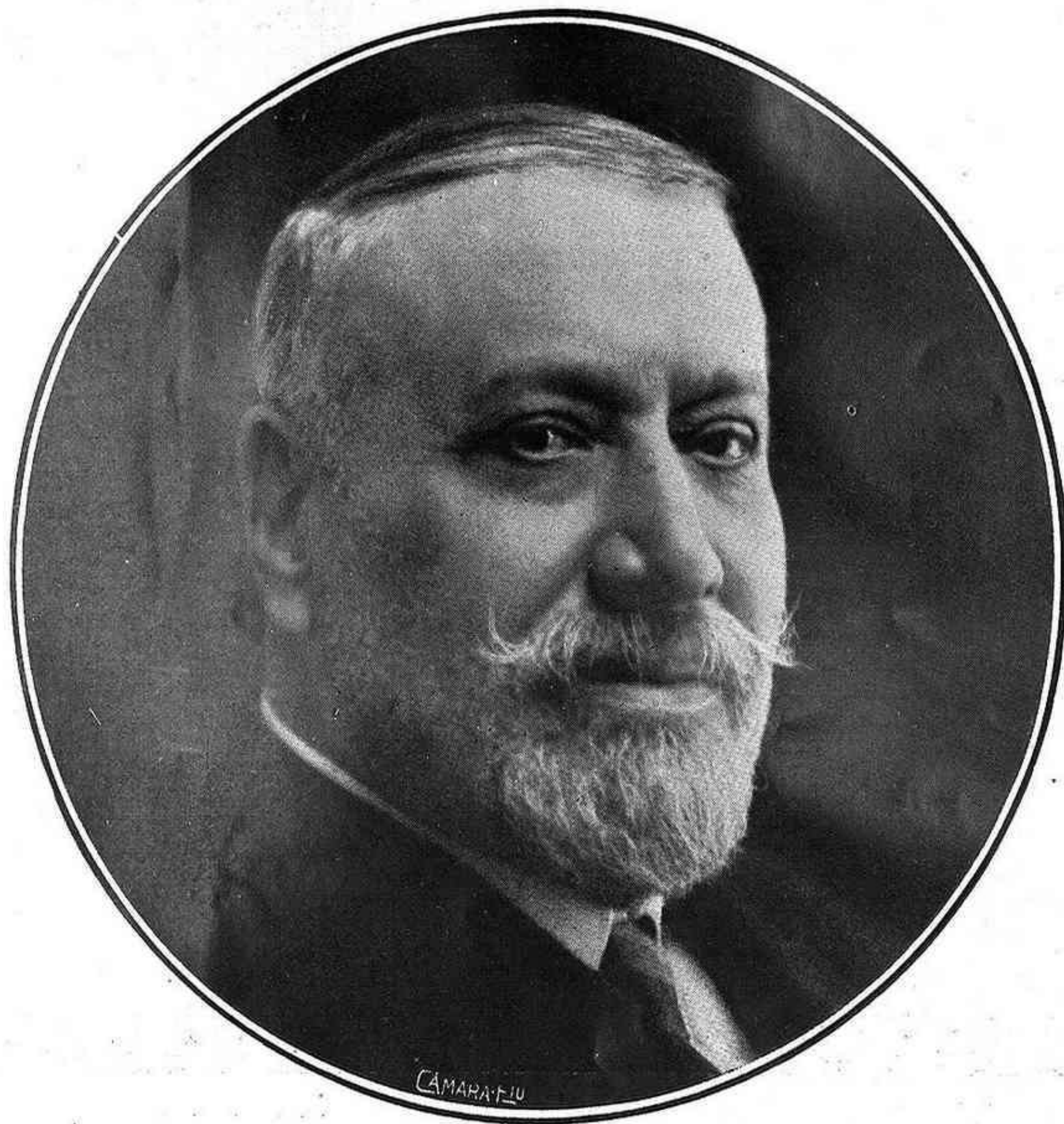
¡Arriba, abajo! ¡Arriba, abajo!

ó bien la imprime movimientos circulares:

Toma, toma,
á la derecha, á la izquierda,
á la izquierda, á la derecha;

con cuyas sencillas manichras y humildes esfuerzos se llama la atención del delicado infante sobre lo que más tarde ha de practicar en la enseñanza rítmica. Notando Braunschvig cuán agudamente se inspiraron los profesores de las escuelas alemanas en las ideas de Froebel, traslada lo que á los mismos políticos se les ocurrió al mismo efecto, por estas palabras: «La educación del sentimiento patriótico en la juventud alemana viene verificándose ha tiempo con ayuda de canciones. Así podía recordar Bismarck, en un discurso, que los *deutschen lieder* han sido el primer lazo de unión de las tribus germánicas, y que en las horas de combate han unido á los soldados alemanes en el suelo extranjero.» Martí Alpera, en su libro *Por las escuelas de Europa* (1904), llama la atención sobre lo armónicamente ordenadas que se hallan allí la gimnasia y la música, en cuanto partes inseparables de un mismo todo cultural. La disciplina gimnástica, se-

UN NUEVO LIBRO DE FRANCOS RODRIGUEZ



DON JOSE FRANCOS RODRIGUEZ

Insigne periodista y académico de la Española, que acaba de publicar el libro "Cuando el Rey era niño..."
FOT. TORRES MOLINA

Don José Francos Rodríguez, el ilustre maestro del periodismo, acaba de publicar un nuevo volumen de sus «Memorias de un gacetillero». Los dos libros anteriores de esta serie—«En tiempos de Alfonso XII» y «Días de la Regencia»—obtuvieron el éxito de crítica y de público que merecían su valor documental, su riqueza anecdótica, su interés novelesco, su gran amenidad periodística.

«Cuando el Rey era niño...»—tal es el título del volumen de ahora—recoge un momento interesantísimo de la vida española en el pasado siglo XIX. Todo el libro es una magistral evocación de los días que se extienden desde 1890 á 1892, «cuando el Rey era niño...» La compleja vida española de aquellas jornadas al fin de siglo está reflejada en todas sus fases y en todos sus matices á lo largo del nuevo volumen...

Francos Rodríguez se ha mostrado siempre maestro insuperable en ese arte difícilísimo de reconstruir y evocar horas pretéritas envueltas ya en esa melancólica niebla del pasado. Y en esas evocaciones hay constantemente un supremo acierto: el de conseguir una amenidad y un interés que diríanse novelescos, dentro de una máxima sencillez.

No en vano es el insigne Francos Rodríguez maestro de periodistas. A ellos dedica sus más nobles fervores y entre ellos tiene sus mejores afectos. Su estilo posee en todo momento esa gracia ágil, hecha de sobriedad y de amenidad, que constituye la más alta cualidad del periodista.

El trazo sobrio, la descripción sencilla, la pincelada escueta y certera, caracterizan siempre estas páginas en que el gran periodista gusta de evocar horas y emociones distantes...

«Cuando el Rey era niño...» es un mosaico interesantísimo de evocaciones de todo género: junto al estreno de expectación, la retirada del torero famoso; junto á la muerte del divo, la aparición de los libros luego populares; junto á las inundaciones trágicas, las fiestas brillantes; junto á las polémicas literarias, las discusiones políticas; junto al duelo, la aventura... Todo el ritmo, en fin, de los días de España en aquellos dos años está recogido en este libro admirable, que tiene valor de documento histórico é interés palpante de novela, y que es un nuevo timbre de gloria para la figura, tan querida y admirada, de D. José Francos Rodríguez.

gún el reglarío del arte y la dirección del maestro, determina la fortaleza del cuerpo y la dirección de la voluntad; la disciplina musical, el cultivo del gusto y el desarrollo del sentimiento. En ningún país de Europa se enseña el canto á los niños como en Alemania. En las prácticas educativas de aquel país se reflejan las ideas tan arraigadas en el pueblo griego, y que Platón expuso tan breve y acertadamente al sentenciar que «el que cultiva con celo y constancia la gimnasia sin la música, acabará por tener un alma débil, embotada y ciega». Tampoco el estudio del canto y la enseñanza de la música han alcanzado en ningún país de Europa tanta perfección como en Alemania. Verdad es que á ello contribuye mucho la manera cómo se forman allí los maestros en el ejercicio del profesorado independiente, en la libre concurrencia de alumnos, que remuneran á quienes mejor les enseña, con el prestigio adquirido como prueba de aptitud para

futuros desempeños de cátedras, no menos que con los honorarios correspondientes.

Hay que advertir que la duración de las clases musicales es menor en Alemania que en los demás países. En el *curso elemental* no se enseña el canto hasta la clase III, que ocupa una hora semanal. En el *curso medio* se emplean las clases IV, V y VI, también semanalmente una hora. En el *curso superior*, las clases VII, VIII y IX dos horas semanalmente. En las *Realschule*, II y III clase dos horas semanalmente, IV y V formando coros y VI una hora. Pero lo que las clases pierden en duración gananlo en intensidad. Además, en la medida de lo posible, el director de cada clase hace ejecutar los trozos del repertorio, á título de distensión y de recreo, durante algunos minutos cada día, y en el curso de las excursiones escolares.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO



Vista de Salamanca

ESTE fué el barrio que inmortalizó Rodrigo de Cota. Fué este mismo, sin duda. En alguna de estas callecicas elevábase antaño la casa de la gentil y enamorada Melibea. Algunos de estos muros rojizos y ruinosos fueron los de su huerto rumoroso y fragante, donde tejiera el velo aureo y encantado de sus sueños, los muros que Calixto asaltara en busca de su haleoncillo. Y aquí, entre estas cercas mismas, quedóse el mancebo para siempre abrasado en los amores de Melibea, que ofrecióse á sus ojos más resplandeciente que el mañanero sol, más dulce que la rubia miel que sus abejas libaban y más perfumada que aquellas rosas encendidas de los rosales de su huerto...

Por estas revueltas callejuelas discurrirían Crito y Centurio, los rufianes, y Elicia y Areusa, las ramerías, y Sempronio y Parmeno, los criados cobardes y ambiciosos.

En esta cuesta de las Tenerías, sobre el río, alzóse en tiempos la casa de la astuta y nigromántica Celestina, mesón del placer y del peligro, hostel y madriguera. De su herrumbroso aldabón cogiéronse, en horas propicias y recatadas, muchas manos de abades orondos y de caballeros principales. Estudiantes, hidalgos, rufianes, mozos de cuadra; todos pasaban aquellas puertas y salían complacidos, que en la ciudad entera ninguna otra casa de este jaez podía, ni remotamente, asemejarse con ésta muy acreditada de la barbuda Celestina.

En las altas horas noherniegas, cuando Salamanca durmiese bajo la luna y sus callejas fueran como remansos de silencio, y todo en ellas recogimiento y soledad, y las campanas enmudecieran en lo alto de las soberbias torres, envueltas en el flotante crespón de la sombra, y sólo la canción del río, por esta parte de las Tenerías, quebrase el silencio profundo, oíríanse quedas y cautelosas pisadas, venidas del centro de la ciudad, con que algún alto eclesiástico ó algún principal caballero aproximábase á los hospitalarios muros de la vieja famosa, para muy sigilosamente, una vez franco el zaguán, echar por las escaleras adelante y penetrar en la escondida cámara y ampararse en los robustos brazos de Elicia.

Por aquí, dando el reloj las doce de la noche, atravesaría la gallarda figura de Calixto, armado con sus corazas, seguido de sus criados, encendido en fuego de amor, en derechura á casa de la dulce y sumisa Melibea, que esperaríale hechos pura brasas el corazón y el sentido.

Aquí, esperando á Calixto, sonaría la blanda y armoniosa voz de Lucrecia cantando amorosas canciones para entretener á su impaciente y apasiona-

dísima señora los momentos crueles de la espera. Cantaría «muy paso, entre estas verduricas», para que no oyesen los que pasaran:

«Alegre es la fuente clara
á quien con gran sed la vea;
mas muy más dulce es la cara
de Calixto y Melibea.»

Y la voz de Melibea—cristal de arroyo, caricia de flor—cantaría luego, conteniendo las lágrimas en los ojos y abrasándose en celos prematuros:

«La media noche es pasada
y no viene.
Sabedme si otra amada
le detiene.»

Aquí sonaría aquella ardiente, susurrante y diamantina voz, tan amada del gentil Calixto, confundida con el canto de los ruiñesores en la alameda...

Para mí tiene este barrio un encanto sutil. El me ayuda poéticamente á detallar la evocación de la *Tragicomedia*, á rumiar el recuerdo de tanto perecedero episodio, de tanta y tan desdichada pasión, de tanta sutileza, de tanta sabiduría. Al anochecer suelo acercarme hasta allí y perderme entre la magia de sus callejuelas. Antes de llegar á la cuesta de las Tenerías, saliendo por la calle de San Pablo, hay como una barbacana en el camino, y en lo alto del muro una cruz de piedra con el cuerpo del Crucificado. Entre las sombras toma la figura de Cristo, muy retorcida la escultura, unas actitudes violentísimas de dolor... Dicen las gentes que aquí, colgándose de esta cruz, se ajusticiaba á los reos. Y dijérase que este Cristo de piedra, testigo tantas veces de la crueldad y de la venganza de los hombres, rebélase aún contra tanto y tan tremendo horror... Es un Cristo de apóstrofe y de tragedia...

Yo le miro evocando las siluetas oscilantes y macabras de los ajusticiados, envueltos en esta luz lívida y cárdena, y ya dentro de un ambiente de muerte y de siglos viejos, de divagación en divagación, evoco los cadáveres de Parmeno y de Sempronio, sangrantes los cuellos por la degolladura, y la acuchillada pelleja de Celestina, y los cráneos estrellados de Calixto y Melibea...

En estos momentos el recuerdo de la *Tragicomedia* inmortal, robustecido por el alucinante hechizo de este barrio, solitario y silencioso á tales horas, toma tanta fuerza en mí, tanta palpación de vida real y verdadera, que cuantas personas vislumbro envueltas en las sombras de la noche se me antojan sus más salientes personajes...

Hoy mismo, no bien se puso el sol, he dirigido mi cabalgadura hacia este barrio, y no acierto á

salir de sus encrucijadas, absorto en mis exaltadas evocaciones... Del reloj de la catedral, bronca y pausadamente, han caído, graves, once campanadas solemnes. Saliendo de mi éxtasis me he dispuesto á marchar cuando, al tomar la esquina de una calle, mi potro ha dado un tornillazo fortísimo que me ha puesto á riesgo de caer. A la claridad de la luna he distinguido el bulto que espantó al potro. Es una vieja consumida y enlutada que baja por el centro de la callecica, con una jarra de vino en la mano, hablando y gesticulando sola. Un perro la sigue y aulla...

Yo la sigo también, y advierto, con emoción, que toma hacia la cuesta de las Tenerías... En una casuca hay luz en una ventana y una moza acodada en el alféizar... Espera á la vieja, sin duda, porque apenas la distingue cierra la ventana, que queda en tinieblas, y abre la puerta luego... La vieja desaparece en el zaguán...

Ya en pleno delirio llégome á la casucha, y juraría que oigo decir á la moza, airada por tanta tardanza, aquellas palabras de Elicia en el acto VII: «Estas son tus venidas; andar de noche es tu placer. ¿Qué larga estada fué ésta, madre? Nunca sales para volver á casa.»

Y luego imagino que Celestina—porque no puede ser otra sino Celestina—sube las escaleras angostas dándole algún embite á la jarra, y tras contestar á la mozueta, entra en el cuarto misterioso de las redomas y los alambiques y los murciélagos desangrados y los enigmáticos bebedizos; entra muy preocupada con un negocio de amor que le ha encomendado un rico caballero, del que ella se promete pingües ganancias, y tras reflexionar un instante, con voz como el silbido de un nocturno reptil y con ademán nigromántico, sigo imaginando que dice, inquietante y litúrgica: «Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos... Yo, Celestina, tu más conocida cliéntula...»

Y de allá, de lo que yo imagino el huerto de Melibea, bajo este claro resplandor de luna, entre un aroma de rosas y un eco de suspiros, parece que me trae el viento aquellos hermosos versos:

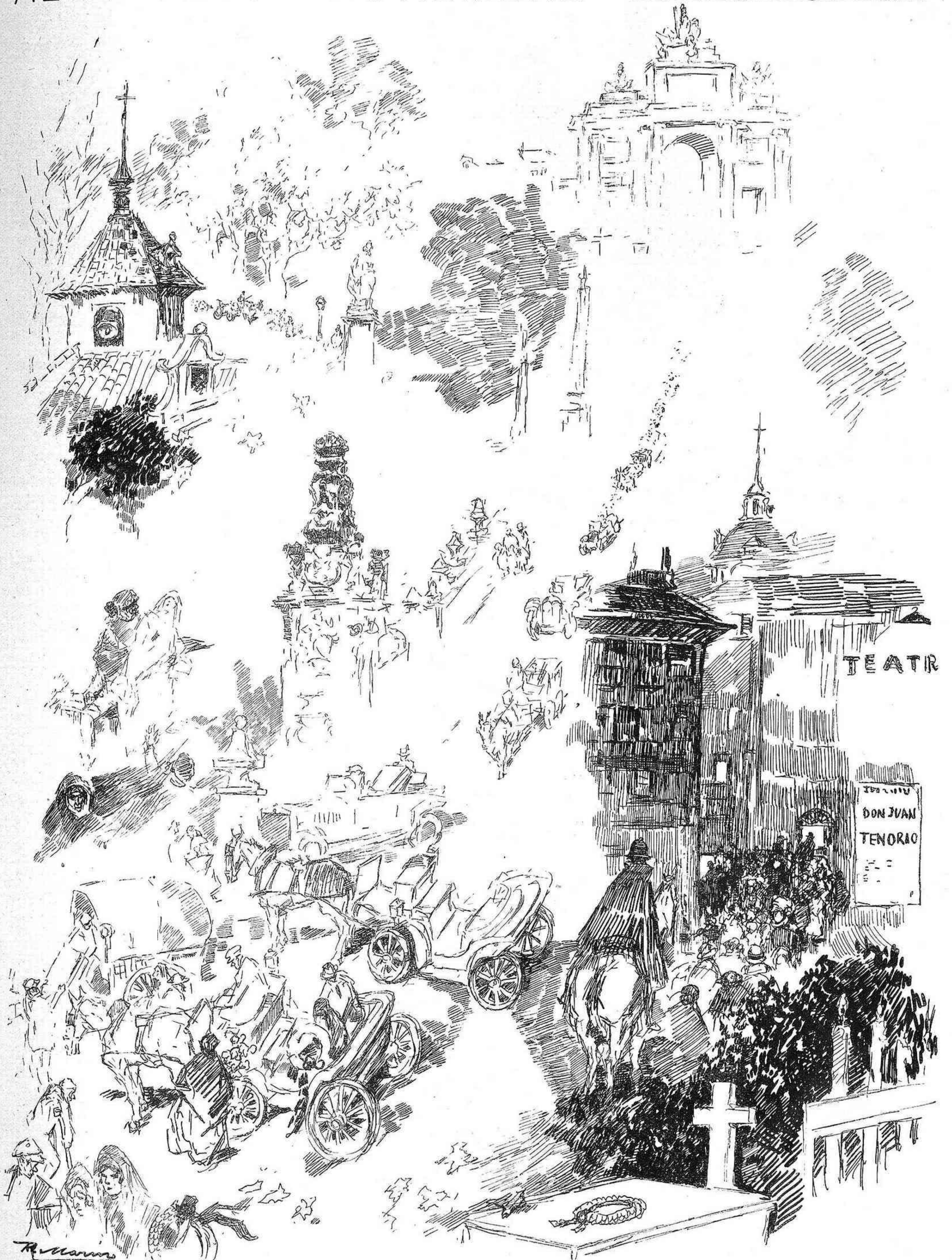
«¡Oh, quién fuese la hortelana
de aquestas viciosas flores!...»

Yo les escucho absorto, trémulo. Y en este momento de exaltación poética y romántica, mi alma, tal que un rosal al amanecer, ábrese temblorosa á la leyenda...

ALBERTO VALERO MARTIN

ALEGORÍA DE NOVIEMBRE

por RICARDO MARÍN



Mes triste, consagrado al recuerdo y á la tradición... En Madrid, la Conmemoración de los Difuntos tiene un carácter popular de fiesta... Camino de los Cementerios, el cortejo doliente figura una pintoresca romería... Y mientras, en los teatros, Don Juan, el triunfo del Amor sobre la Muerte, luce su eterna capa roja de conquistador...

LA *Catacumba*, como llamábamos a aquel confortable saloncito del Casino, estaba aquella noche un poco desanimada. Ninguna de las conversaciones ultrafilosóficas que se habían iniciado entre los «intelectuales», así nos calificaban, que allí nos reuníamos, conversaciones que eran las ordinarias y que justificaban el «título» aplicado, habían logrado sacudir nuestro aburrimiento.

Sumidos en abúlica pereza, contemplábamos soñolientos las volutas que formaba el humo de los cigarrillos ascendiendo a ennegrecer los dorados del artesonado techo.

Sin duda se debía a que nadie había hablado de espiritismo, cuerpo astral, del más allá, etc., etc. Todas estas truculencias y otras por el estilo era lo que más nos apasionaba, provocando las mayores discusiones.

Hacia ya media hora larga que el joven Villasinda, autor de una porción de folletos de ética y Moral a cual más soporíferos, nos

abrumaba con una disertación, escuchada entre hostozos, acerca del «deber» y de la «conciencia».

Sostenía que estas ideas debían tener exactamente la misma interpretación entre todos los hombres cuya inteligencia alcanzase determinado nivel que llamaba medio.

Habiéndole argumentado alguien que un piel roja, por ejemplo, por muy inteligente que fuese debía tener acerca del deber y de la conciencia ideas completamente distintas de las de un europeo, acabó por conceder que se refería a los hombres colocados en el mismo ambiente de cultura, educación, costumbres, etc.

—¡No!—insistió el interruptor, que era un militar retirado, de alta graduación—Aun entre hombres colocados en tales condiciones las circunstancias pueden ser de tal índole que obliguen a considerar el deber y los dictados de la conciencia de un modo completamente opuesto. Hasta el extremo que, creyendo haber interpretado rectamente su deber, uno de ellos habría cometido un crimen horrible.

Y como viera en el rostro de Villasinda una sonrisa de duda, agregó:

—Tengo prueba de ello. Y prueba de tal naturaleza, que ha sido la causa de que yo haya solicitado irrevocablemente el retiro, no teniendo, como no tengo aún, la edad reglamentaria, é incluso faltándome muy poco para ascender.

No necesitamos más para sentirnos acuciados por la más viva curiosidad. Aquel señor había viajado mucho, y vivido en el extranjero como agregado a diferentes Embajadas. El hecho a que aludía debía ser, pues, en extremo interesante, y le rogamos nos lo refiriese.

—Sí—dijo—. No tengo inconveniente en contarlo. Antes bien, lo considero de tal ejemplaridad que algunas veces hasta se me ha ocurrido publicarlo en forma de cuento.

•••••

Era durante la guerra europea.

En calidad de agregado extranjero acompañaba al ejército de... ¡No! No lo diré. No hay necesidad, y como estuve en varios, ustedes se quedarán con la duda.

Merced a la recomendación expresa de una altísima personalidad, podía permanecer en las trincheras de una de las líneas de fuego. Permítanme no dé detalles de la vida que allí llevábamos ni de las hecatombes que diariamente presenciaba. Además de no ser necesario para los hechos que constituyen el primordial objeto de mi relato, todos ustedes han oído y leído infinidad de descripciones de aquellos meses de angustia.

Mi carácter abierto y comunicativo, así como la ardiente simpatía que mostraba por aquella nación, cuyos soldados me concedían afectuosas hospitalidad, me habían conquistado muchas amistades en-



tre aquellos hombres serenos y valerosos que veían diariamente pasar a su lado infinidad de veces la muerte con la sonrisa en los labios y que entraban en combate cantando alegres himnos saturados de vida y de esperanza.

Entre estos amigos me había encariñado con particular afecto con un teniente, ya de edad más bien madura, que hablaba español. Según supe al poco tiempo de tratarle, era un religioso católico, que había residido varios años en España en uno de los conventos de su Orden. Al ser llamada la reserva a que pertenecía, que fué en las primeras semanas de la guerra, tuvo que incorporarse a filas, habiendo tenido la suerte de mantenerse durante bastante tiempo alejado del ejército combatiente. Pero la necesidad cada día mayor de cubrir bajas, le habían llevado a la línea de fuego, donde por dos ó tres hechos de armas había ganado el grado que ostentaba.

Este hombre, de cuyo valor personal en el sentido que generalmente damos a este concepto, no era posible dudar, puesto que lo había probado varias veces brillantemente, se mostraba en las conversaciones íntimas que conmigo llegó a tener hondamente preocupado y afligido. Ante su conciencia de hombre y de sacerdote se planteaba continuamente este problema: ¿es lícito matar, aun en nombre de la patria?

Me confesó que pasaba ratos cruelísimos en algunas ocasiones. No sabía ó no podía discernir cuál era su verdadero deber.

«De un lado—decía—la idea de patria.» Esta idea se abstenía, por completo, de discutirla. Ni aun en los momentos en que, presa de la mayor angustia moral, se confiaba a mí completamente, llegó a abordar este delicadísimo tema. Por mi parte, como comprenderán ustedes, me abstenía en absoluto de tocarlo. Además, temía tocarlo.

«Sí—decía—; de un lado la patria; la provocación, según dicen—recalcaba esta frase—, injustificada y premeditada. La necesidad de imposibilitar para siempre al enemigo secular, etcétera, etcétera. Pero del otro lado, Dios y su mandato terminante: «No matarás». Así, sin distingos ni salvedades: «No matarás.» Jesús ordenando presentar la mejilla izquierda al que nos haya golpeado en la derecha.»

Y presa de la mayor tribulación, aquel hombre, hecho ya al combate, que arrostraba diariamente la muerte sin el más leve estremecimiento, lloraba como un niño al confiarse estas dudas y rezaba fervorosamente por aquellos a quienes mataba ó ordenaba matar.

Por mi parte, no sabía qué decirle. Ya comprenderán ustedes que, siendo única y exclusivamente militar, mi punto de vista en estas cuestiones tenía que ser distinto del suyo.

Doy a ustedes todos estos detalles para que puedan darse cuenta de la gravedad de lo que sigue.

Una noche, ¡oh, qué noche! No he experimentado

en Dios. Pero fusilar a esa pobre gente indefensa, ¡oh, qué horror, qué horror!

Y sollozaba con verdadero desconsuelo, retorciéndose las manos hasta descoyuntárselas.

Yo le escuchaba, realmente consternado ante su especialísima situación.

Por fin le dije, por decir algo:

«¿Y no hay algún medio de eludir?»

«¡Oh, no! Ya sabe usted perfectamente cómo se hace eso. Han hecho un sorteo y me ha tocado. ¿Cómo rehusar para que lo haga otro?»

Se sentó en un rincón, con la cabeza entre las manos. Yo le oía llorar y sollozar. Y así, durante largo rato, estuvimos sin pronunciar una palabra más.

Ya se disponía a marcharse cuando un ordenanza pidió permiso para entrar. Concedido por mí, pasó adelante. Se cuadró y dijo lacónicamente al sacerdote:

«Mi teniente: entre los prisioneros civiles que van a ser fusilados mañana, hay uno que pide por Dios hagamos lo posible por buscar un sacerdote católico que quiera oírle en confesión para morir tranquilo.»

Renuncio, señores, a describir a ustedes la impresión que tales palabras produjeron en el teniente. Cuanto pudiera decirles resultaría anodino y muy lejos de la realidad. Ustedes pueden figurárselo, teniendo en cuenta lo que antecede.

Cayó anonadado en su asiento, balbuceando palabras incoherentes. El soldado le miraba estupefacto. Yo me apresuré a despedirle, diciéndole: «Está bien. El teniente se ocupará ahora mismo de ver si es posible complacer a ese prisionero.» Dió media vuelta y se marchó.

Yo me dirigí a mi amigo y estreché sus manos.

«¡Valor!—le dije—Es preciso tomar en seguida una resolución. ¿Qué va usted a hacer?»

Me miró como atontado. No obstante, cavilaba y se esforzaba por recobrar la calma, pues su mirada fué, poco a poco, aclarándose. Al fin se levantó y dijo:

«¿Que qué voy a hacer?... Mi deber. Confesarle yo mismo. Soy el primer sacerdote que escucha su ruego. No puedo negarme. ¡No! No puedo. Es deber. Deber ineludible é indiscutible—acentuó esta palabra, con expresión que no olvidaré—. Además, ¿dónde podría encontrarse otro por aquí, en el tiempo que le queda de vida a ese desgraciado? Sí, sí. Le oíré en confesión.»

Después agregó, como para sí:

«Y luego... ya veremos.»

Yo no le miré siquiera al oír eso. Me hice el desentendido. Pero sentí un calofrío recorrer todo mi organismo.

«¿Tiene usted algún inconveniente—me dijo—en que lo reciba aquí? Con eso—agregó—usted podrá presentarme. Podría tener alguna desconfianza de mí, por el uniforme que visto; pero con el testimonio de usted, como súbdito de una nación neutral, espero no tendrá duda alguna. Una vez

en mi vida mayores emociones materiales y morales. Estaba yo recluido en mi cova, fumando un cigarrillo, mientras ordenaba unos apuntes, cuando entró, sin dar los dos golpecitos de llamada que tenía por costumbre.

Al verle la cara comprendí que algo grave, muy grave, le pasaba.

En efecto...

Sin preámbulo alguno, y en extremo acongojado, me dijo que había sido designado para fusilar al día siguiente a un grupo de paisanos cogido en rehenes en un pueblo ocupado días antes, el cual no había cumplido las condiciones de la rendición, habiendo intentado no sabía qué actos de rebelión ó agresión.

«¿Comprende usted, amigo mío?—me decía—Todavía luchar cara a cara contra otros soldados armados que atacan y se defienden, pase. Sí, pase. Hay argumentos, quizá especiosos, con que acallar mis escrúpulos, aunque nunca pueda olvidar que son mis hermanos

hecha la presentación hará usted el favor de retirarse hasta que terminemos.

Ya comprenderán ustedes que me apresuré á dar mi consentimiento.

Salió para hacer las diligencias necesarias, volviendo al poco rato.

«Ya está todo arreglado—me dijo—; dentro de unos minutos le traerán aquí.»

Esperé, presa de una singular emoción, que contra mi voluntad y mis deseos me embargaba profundamente.

Por fin apareció el prisionero, conducido por dos soldados con fusiles. Nos saludó con una cortés inclinación de cabeza. Los soldados salieron á la galería.

Era un hombre joven, como de treinta años, simpático, de pelo rubio y ojos azules de dulce mirada. Un verdadero tipo del Norte.

Llevado por no sé qué impulso y tratando de evitar el empleo del idioma enemigo, le pregunté en el nuestro:

«¿Por casualidad conoce usted el español?»

«Le hablo, señor—contestó—. He vivido algún tiempo en España.»

«¡Oh, muy bien!»—dijo. Y acto seguido hice las presentaciones.

No hubo dificultad alguna. Aquel hombre contestó, lisa y llanamente, que desde el momento en que el otro era un sacerdote y se prestaba á oírle en confesión, dejaba para él de ser militar y adversario. No había, pues, más que hablar.

«Pero es que—le atajé—hay una cosa que usted ignora y que juzgo absolutamente necesario que sepa.»

«¿Y es?»

«Es que el señor—y señalé á mi amigo—, en estos momentos sacerdote que va á confesar y á dar á usted la absolución, será mañana el teniente encargado de dar la voz de fuego al pelotón encargado de fusilar á usted.»

El prisionero no se inmutó lo más mínimo. Pero entonces, sólo entonces, miró detenidamente á aquel hombre que iba á desempeñar en su ya corta vida dos papeles tan importantes y tan opuestos. Aquél le miró también.

¿Qué leyó el condenado en aquella mirada? ¿Qué encontró ó que vió en su frente inclinada inmediatamente hacia el suelo como abrumada por el dolor y la vergüenza?

No lo sé.

Lo que sí puedo decirles es que se arrojó á sus pies y, besándole la mano con infinito respeto, exclamó: «¡Oh, hermano mío! ¡Oh, pobre hermano mío!»

El otro le levantó entre sus brazos con un terrible sollozo, y... no vi más.

Salió de allí ahogándose y me refugié en el rincón más oscuro de la galería subterránea que formaba la trinchera.

Al cabo de un rato conseguí serenarme y empecé á pensar fríamente en la situación de aquel pobre militar cura, ó cura militar.

El jefe que mandaba la posición me había dado frecuentes muestras de simpatía. Se me ocurrió ir á ver si estaba trabajando. No sabía á ciencia cierta lo que intentaba. Solamente se me ocurría una vaga idea de alguna casualidad que me permitiera intervenir en mi calidad de católico. Pero por otro lado comprendía que en rigor mi deber era no darme siquiera por enterado del asunto. En fin, fui allá.

Estaba en conversación amistosa con sus ayudantes y otros dos ó tres oficiales. Vi que mi presencia no sería indiscreta, y me hice anunciar, siendo recibido inmediatamente con toda cordialidad.

Haciendo toda clase de esfuerzos por disimular mi emoción, tomé parte en las conversaciones y respetuosas bromas de aquellos valientes.

He aquí que, había pasado apenas media hora, entró el ordenanza, y manifestó al comandante que el teniente (aquí el nombre de mi amigo) solicitaba ser recibido para un asunto del servicio de la mayor importancia.

Yo me puse en pie. El corazón me latía violentamente.

Entró el teniente. Al ver tanta gente reunida se turbó un poco. El hubiese preferido, sin duda, encontrar solo al jefe. Pero ya no podía retroceder, y no se atrevió, quizá, á rogar que saliésemos.

«Mi comandante—dijo con voz tranquila—: voy á tomarme la libertad de pedir á usted un favor de una índole especial.»

El jefe lo miró con atención. Algo extraño notaba.

«Hable usted—dijo.»

«Entre los prisioneros civiles que van á ser fusilados mañana hay uno que, como usted no ignora, ha pedido confesión. Sin duda, usted sabe que soy sacerdote católico, y no he podido, con arreglo á mi religión, negarme á prestarle el auxilio espiritual que necesitaba. Me he encontrado que es religioso, de la misma Orden á que yo pertenezco.»

No se oía ni la respiración. Nos habíamos quedado todos petrificados. Presentíamos algo; tal vez sublime, tal vez horrible.

«Así, pues, mi comandante—continuó diciendo el teniente, con voz cada vez más suave—, ruego á usted, respetuosa y encarecidamente, me exima de la orden que he recibido de mandar el piquete encargado de ejecutar la sentencia.»

El jefe era un hombre, creo poder afirmarlo, sano

comandante, dijo entonces, con mayor tranquilidad aún, si cabe:

«¿Qué me pasaría si me negase?»

El otro se puso en pie violentamente. Los oficiales se miraron asombrados. Yo sentí que me faltaba la respiración. El silencio era absoluto.

Al fin habló el comandante. Con voz que había recobrado la terrible frialdad de sus primeras palabras, dijo:

«No sé ciertamente lo que le pasaría á usted, teniente—y volvió á recalcar esta palabra—. Por un ligero escrúpulo de conciencia, en atención á la historia militar de usted, y como simple formalidad, telegrafiaría al comandante de la división; pero me figuro que sería usted inmediatamente pasado por las armas.»

Hubo una pausa solemne.

Dijo el oficial, suavemente:

«Pues bien: me niego.»

Otra pausa, y agregó:

«Y, además, me niego á volver á tomar las armas.»

Estas palabras fueron pronunciadas con la mayor dulzura. Nada en el acento de aquel hombre, ni en su actitud, denotaba el menor desplante ni arrogancia alguna. Sin embargo, estoy seguro de que, como á mí, á ninguno se le ocurrió la menor tentativa para que las retirase. Todos, como yo, debieron darse cuenta de que aquello era definitivo.

Yo sentí algo frío que me hería allá dentro, muy adentro y muy hondo. Los demás estaban, bien claro se veía, trastornados. En cuanto al jefe, miraba asombrado, absorto, á aquel hombre, que de tal manera, tan fría, tan serena, salía cara á cara al encuentro de la muerte.

«Está bien—dijo, después de un silencio que se me antojó larguísimo. Y con voz que temblaba ligeramente, añadió—: Puede usted retirarse, y espere órdenes. Voy á telegrafiar que se someta el caso al general en jefe. Considero el caso de tal gravedad que no quiero asumir la responsabilidad de lo que ocurra.»

Aquello, como era de esperar, no tuvo arreglo. A las pocas horas, cuando clareaba el día y después de un consejo de guerra sumarísimo, el infeliz sacerdote fué pasado por las armas. Aún tuve ocasión de darle un fuerte apretón de manos, cuando se lo llevaban al sitio en donde debía cumplirse la terrible sentencia.

Me faltó el valor para presenciar la muerte de aquel hombre, al que en mi interior, irresistiblemente y casi sin darme cuenta, consideraba como un mártir. Según me contaron después, le prestó los últimos auxilios espirituales el mismo sacerdote prisionero á quien él había confesado, y que fué causa indirecta de su muerte. Este debía ser fusilado poco después, en unión de los otros prisioneros.

En el último instante, como le pidiera perdón de rodillas, mi amigo le abrazó, diciendo:

«Dentro de unos minutos nos presentaremos juntos allí donde no hay nacionalidades ni guerras. Donde no hay más que una sola patria, en la que reina la Suprema Justicia asistida por la Infinita Misericordia. Es de esperar que seamos de nuevo juzgados más benignamente.»

Al día siguiente mismo pedí mis pasaportes para España. Tan pronto como llegué, presenté la solicitud de mi retiro. Me horrorizaba la idea de que podría llegar el caso de verme en la situación de aquel militar que, cumpliendo lo que él creía su deber, había fusilado á un hombre que creía cumplir con el suyo negándose á «matar» á otro hombre.

Habíamos escuchado este relato emocionados, en el mayor silencio. El narrador se pasó la mano por la frente, como para apartar alguna penosa idea, y encarándose con todos exclamó:

—Ahora, díganme ustedes: ¿Cuál de los dos tenía razón?

Nadie habló. Entonces, él prosiguió:

—Ustedes dirán, quizá, como yo he «tratado» de decirme muchas veces, que los dos tenían razón desde el punto de vista de cada uno. Paso por ello. Hay que pasar. Pero la razón, ó sea la verdad absoluta, es una sola. Por ello insisto: ¿Dónde estaba la verdad?

Ninguno contestó.

RAMÓN ARMADA PLAZA

DIBUJOS DE ARISTO TÉLLEZ



de espíritu y recto en sus juicios. Pero era también, y ante todo, militar. Profesando además otra religión, y aun ésta con indiferencia, no podía detenerse á considerar, ni por un momento, las elevadísimas razones que impulsaban á mi amigo á dar un paso tan delicado y peligroso.

Pasado el primer momento de sorpresa, dijo fríamente, mirándole á los ojos:

«Extraño mucho, teniente—y recalcó fuertemente esta palabra—, la petición que me hace, y siento tener que decirle que, como usted sabe, no me es posible complacer á usted.»

El oficial no se inmutó lo más mínimo al oír tal negativa.

La esperaba, sin duda.

A su vez miró á los ojos al jefe, y le dijo, con igual tranquilidad:

«Me permite usted entonces, mi comandante, que le haga una pregunta?»

El jefe, no obstante observar en su trato con sus subordinados toda la corrección y cortesía de un perfecto hombre de mundo, debió considerar aquello como una falta de disciplina, porque le contestó bruscamente:

«Sí, señor, teniente. Le permito la pregunta, pero una sola, y nada más.»

El oficial, sin dejar de mirar frente á frente al

A R T E M O D E R N O



UN MUSICO MORO, cuadro original de Cruz Herrera, expuesto en el último Salón de Otoño

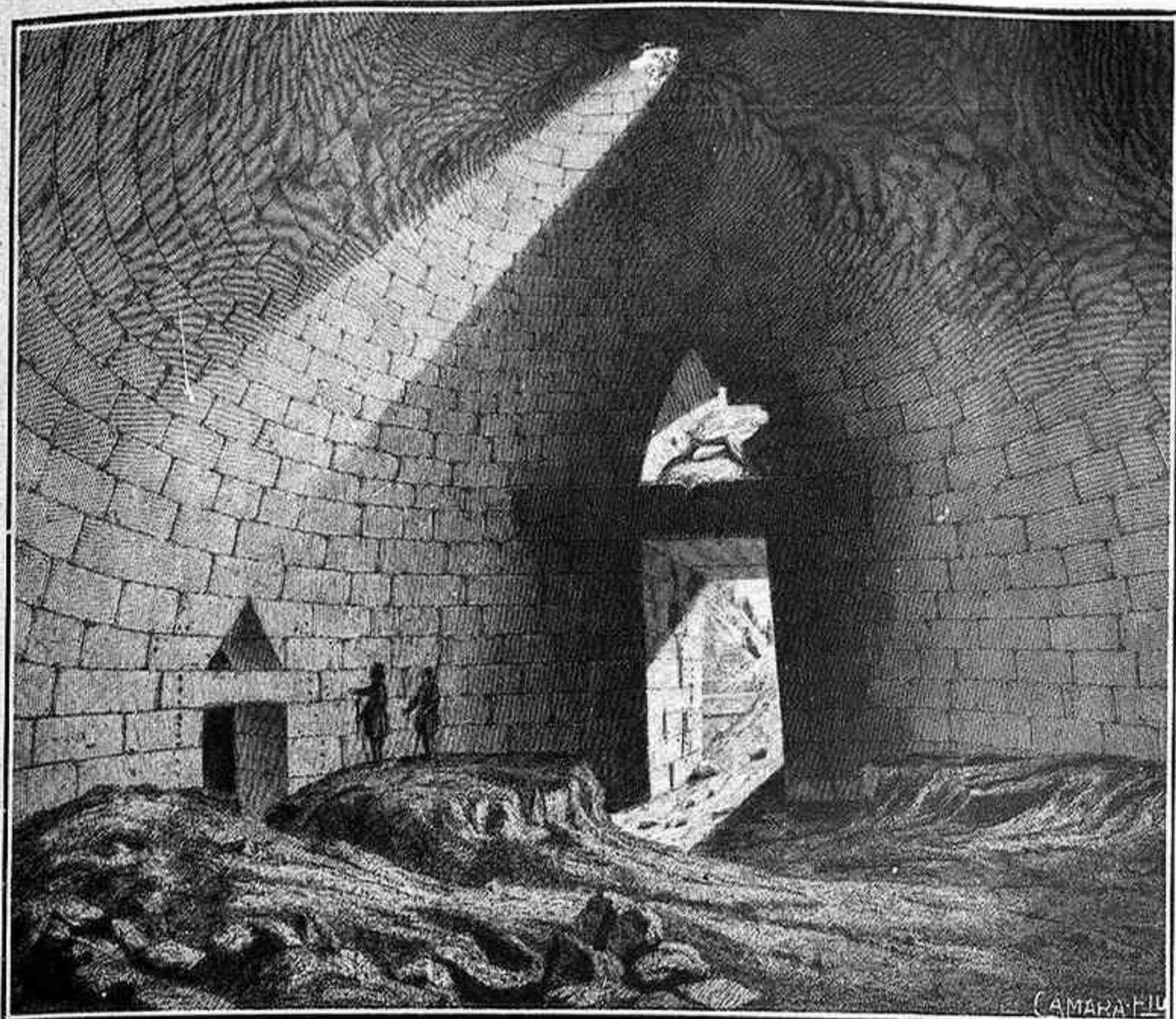
d
p
a
é
s
c

n
p
m
d
d
t

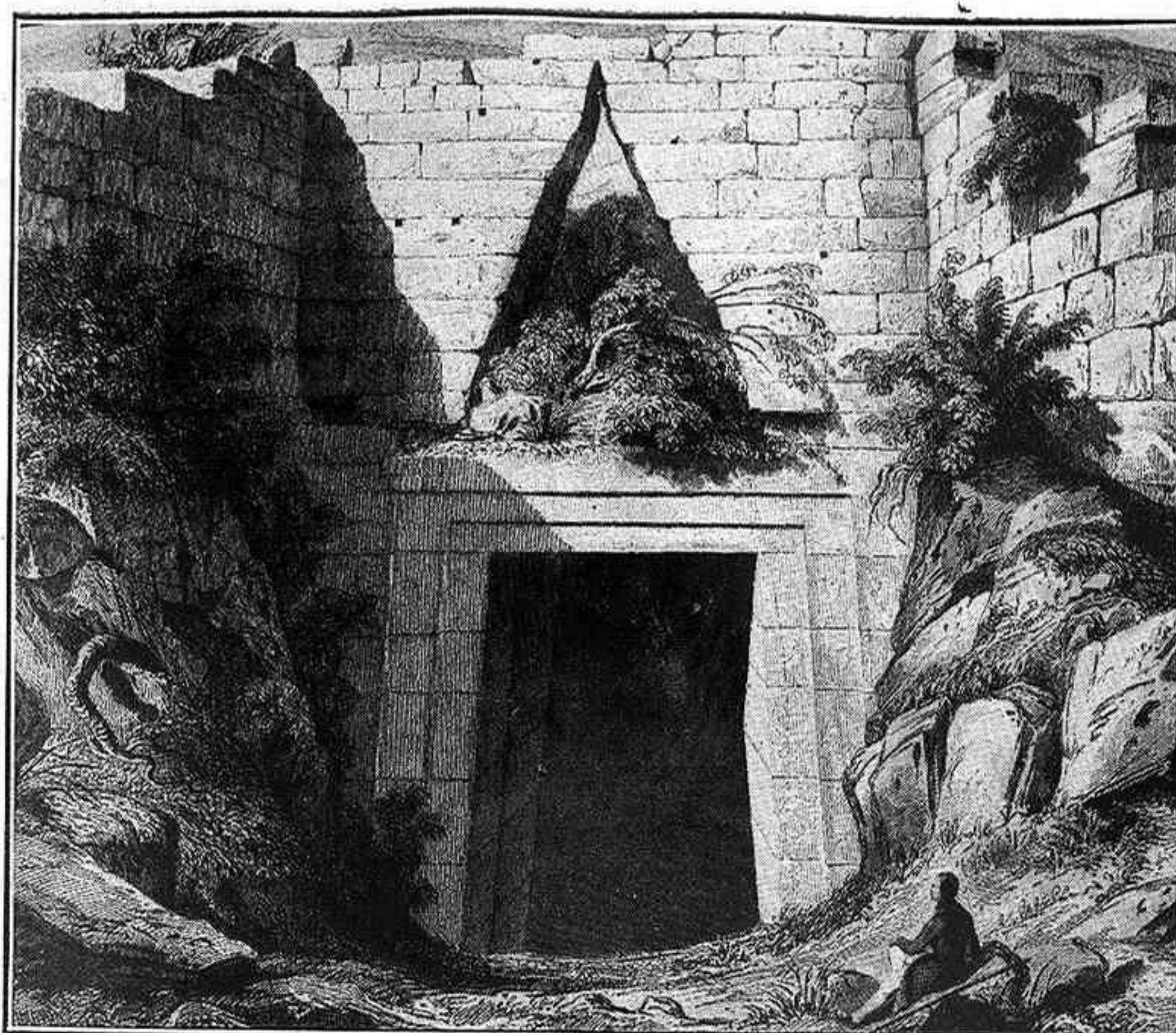
d
ép
m
ei
A
C
fo
co
de
de
La
lo
vi
de
oli
cr
se
do
la
ce
pu
po

vo
na
sig
gio
trá
Co
dis
qu
de
acu
des
des
fic
da

s
glo
sig
nes
dar
des
obr
—s
tu
nes
mil



El tesoro de Atreo



La Puerta del Tesoro

Los tesoros escondidos por tierra de España en épocas agitadas de su historia parecen descubiertos y agotados ya. Las ruinas que todavía aparecen están exhaustas ó han sido siempre pobres. En Lluchmayor—Mallorca—asoman ahora, junto á los famosos *talayots*, restos de una época anterior á la pelásgica. Pero sólo quedan tesoros para las gentes de buena fe que se dejan emocionar por los preparadores del timo del entierro.

Tampoco debemos quejarnos del reparto de dones que generosamente nos legaron los tiempos pretéritos, pues no está tan lejano el descubrimiento del tesoro de Guarrazar. Lo malo es que, de este tesoro, una parte la vendimos y otra nos la dejamos robar. El tesoro en piedras, en documentos históricos no se agotará nunca.

Pero no conviene olvidar el pasado de los grandes pueblos, padres de nuestra cultura, y en esta época de excavaciones recordaremos el descubrimiento de las ruinas de Micenas y la mágica aparición de la tesorería—ya que no del tesoro de Atreo—. La ciudad griega de Micenas es hoy la Carvati, de Morea. Su nombre *Mikenai* alude á su forma de corona mural—ó de hongo—, sobre la colina en que se asienta. Era una de las más bellas del Peloponeso. Ya celebraba Homero la anchura de sus calles, y la denomina «la bien construída». La ruina de Agamenón y su familia y la vuelta de los Heraclidas. La destruyeron los de Argos por envidia de la participación de Micenas en la batalla de las Termópilas, y se sabe que ocurrió esto en la olimpiada 78.^a, es decir, 468 años antes de Jesucristo. Sus habitantes se refugiaron en Macedonia, en Cleonaa y en la Acaya. Había vivido cerca de mil años después de su fundación por Perseo.

Y esta ciudad ya no volvió á ser sino una ruina durante más de doce siglos. Hasta sus vestigios se borraron, y Estrabón, que estaba en Corinto, á muy corta distancia, afirmó que no quedaba ningún resto de ella. Pausanias, que acudió siglo y medio después de Estrabón, descubre ya algunos edificios en ruinas, pero sin dar detalles.

Sólo al llegar el siglo XIX—el verdadero siglo de las excavaciones, porque es injusto dar ese título al actual, después de la enorme obra realizada por aquél—se descubren y se estudian las fortificaciones de Micenas—ciudad militar—, la Acrópolis,

con la gran muralla que la cerca. Los primeros que hicieron un trabajo serio sobre Micenas fueron el arquitecto Cockerell, en 1830, y Blouet, en la *Expedición de Morea*, en 1831; pero ya el inglés Richard Chandler, en sus investigaciones por Grecia y el Asia Menor, había registrado los monumentos pelásgicos de Micenas, el año 1773.

De las tres puertas de la ciudadela, una es la célebre de los Leones; «otra, más pequeña, está formada por dos peñascos cuadrados y puestos verticalmente con tercero atravesado; otro que la sirve de dintel». Todavía se advierten en las jambas los agujeros donde encajaban los goznes. Aún hay otra puertecita más pequeña, de forma aguda, como las puertas ciclópeas de Italia. «Esta tercera puerta—dice Mr. Doodvell—, oculta á las investigaciones de muchos viajeros, recuerda las puertecillas secretas que daban á los fosos de los castillos de la Edad Media, y la semejanza de su forma ojival hace aún más sorprendente su analogía.»

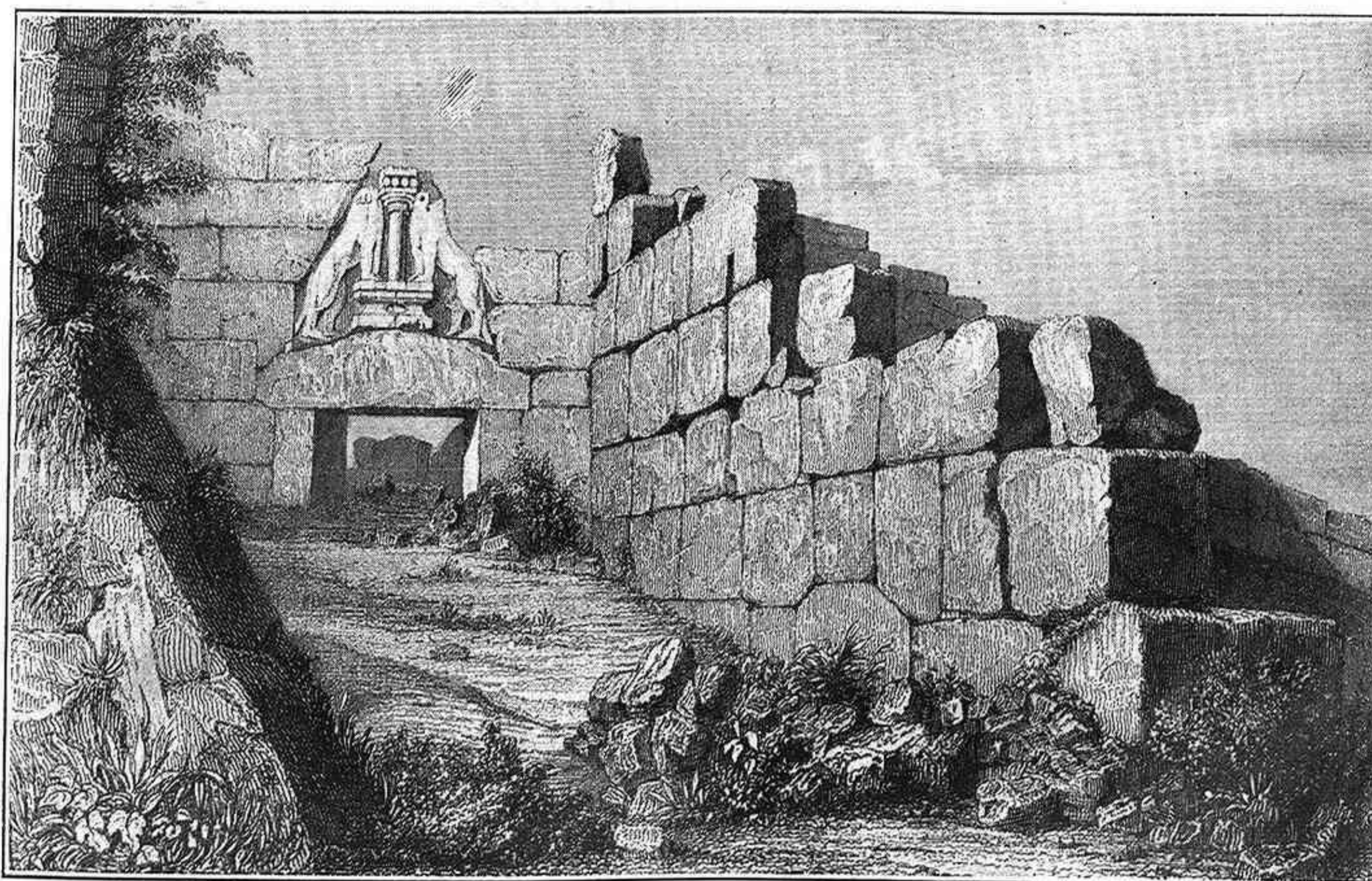
Pero desde que vieron estos viajeros las ruinas de Micenas y trazaron los croquis para esos fidelísimos grabados en acero, se ha hecho una cuidadosa labor de reconstrucción. Chipiez ha dibujado lo que debió de ser, en su época de esplendor, el Tesoro de Atreo, con su puerta y su cámara sepulcral.

El bajorrelieve de los leones es ya clásico. «En el centro—dice M. Blouet—se alza una especie de pilar semicircular, que ofrecería alguna analogía con el orden dórico, si no fuese porque, contra el

uso admitido, disminuye sensiblemente de arriba á abajo. El capitel se compone de tres armellas, algo distantes unas de otras; el ábaco es el mismo de orden dórico, y sostiene cuatro cuerpos redondos, cubiertos á su vez por otro ábaco semejante al primero. La base consiste en un toro sencillo, que descansa en un basamento, compuesto de dos plintos, separados por una escocia. A los lados de este pilar se levantan dos animales que parecen servir de apoyos, y que en términos de blasón se designarían con el epíteto de rampantes. Las patas delanteras se apoyan en el basamento del pilar, y las de atrás en el arquitrabe de la puerta. Las colas no se parecen, en verdad, mucho á las de los leones; las cabezas, que les faltan, se rompieron, indudablemente, en la época de la destrucción de Micenas por los de Argos, de manera que no puede saberse si estaban vueltas á la derecha ó á la izquierda, ó si miraban de frente; sin embargo, no es posible admitir la opinión de Clarke, que cree son unos tigres ó panteras, pues aunque no fuesen suficientes las pruebas deducidas del simbolismo que darnos después, los restos de melena que conserva aún el animal de la izquierda, y las patas, que son perfectamente agudas, bastarían para destruir todo género de duda: aún queda una parte del recinto y una puerta sobre la cual hay puestos unos leones.»

La tumba, ó mejor dicho la capilla funeraria, está precedida de un largo corredor flanqueado de muros bien construídos, con grandes bloques cuadrados, á cuyo fondo apareció una fachada monumental, alta, de once metros, con una puerta semejante á la de los leones.

Estaba ricamente adornada de alabastro verde, pórfidos y mármol blanco. La puerta, de forma trapezoidal, se encuentra ya en los monumentos egipcios. En cuanto á la cámara «del Tesoro», es decir, la cámara mortuoria, en forma de cúpula, estaba ornada de rosetas de metal. En realidad, no es cúpula. Presenta una curvatura más compleja. La tumba de Atreo es para Grecia lo que la pirámide de Cheops para Egipto. El nombre de Tesoro dado á estas tumbas obedece quizá á su riqueza; pero tiene un valor simbólico ir en busca de la fortuna y encontrarse con la muerte.



Los leones de Micenas

A. DE TORMES

CRÓNICA DE
"LA ESFERA"

DE TODO Y DE
TODAS PARTES



Las "stars" Mary Murray, Kathleen Chapman, Dorothy Donnelly y Adele Mason prestándose a servir de maniqués y patrocinando las nuevas

elegancias de la "moda futurista", en una de las exhibiciones del Selbert Salón, de Nueva York
FOTS. AGENCIA GRAFICA Y OR112

EL FUTURISMO
EN LA MODA

EN el Selbert Salon de Nueva York se están llevando á cabo exposiciones de «moda futurista», patrocinada por las más brillantes estrellas del firmamento cinematográfico... Mary Murray, Kathleen Chapman, Dorothy Donnelly y Adele Mason aparecen en las fotografías que ilustran esta página sirviendo de maniqués para otras tantas creaciones de sutuosas elegancias, obtenidas con el empleo exclusivo de pieles...

Los despojos del armiño, de la nutria, del *petit-gris*, de la marta, combinados ú opuestos en armonías ó en contrastes de pelaje y de color, visten ó desnudan á las mujeres con gracia un poco bárbara, con nostalgia de los tiempos en que el hombre, al volver de la caza cotidiana, solía traer juntos el alimento y el abrigo de su compañera...

En este futurismo de la moda que quiere ir allende lo actual, en aventurada anticipación, hay efectivamente mucho más de retroceso que de progreso; más pasos atrás, hacia la caverna, que adelante, hacia el super-rascacielos... Y quizá, sin sospecharlo, por involuntaria é intuitiva sugestión, los artistas que han compuesto sólo con pieles estas raras elegancias del Selbert Salon de Nueva York nos hagan entrever la senda lejana y aún ignorada del porvenir, en un regreso á la Naturaleza, después de



la catástrofe salvadora y de la hecatombe justificiera de nuestra civilización.

HEREDIA EN EL JARDIN
DEL LUXEMBURGO

En el Jardín del Luxemburgo—corazón de París—ha sido erigido y acaba de inaugurarse un monumento consagrado al recuerdo de Heredia, el gran poeta latino de esa latinidad que ciñó al mundo con una diadema de oro, y llevó á todos los mares, con la luz de su genio, el esplendor del *mare nostrum*...

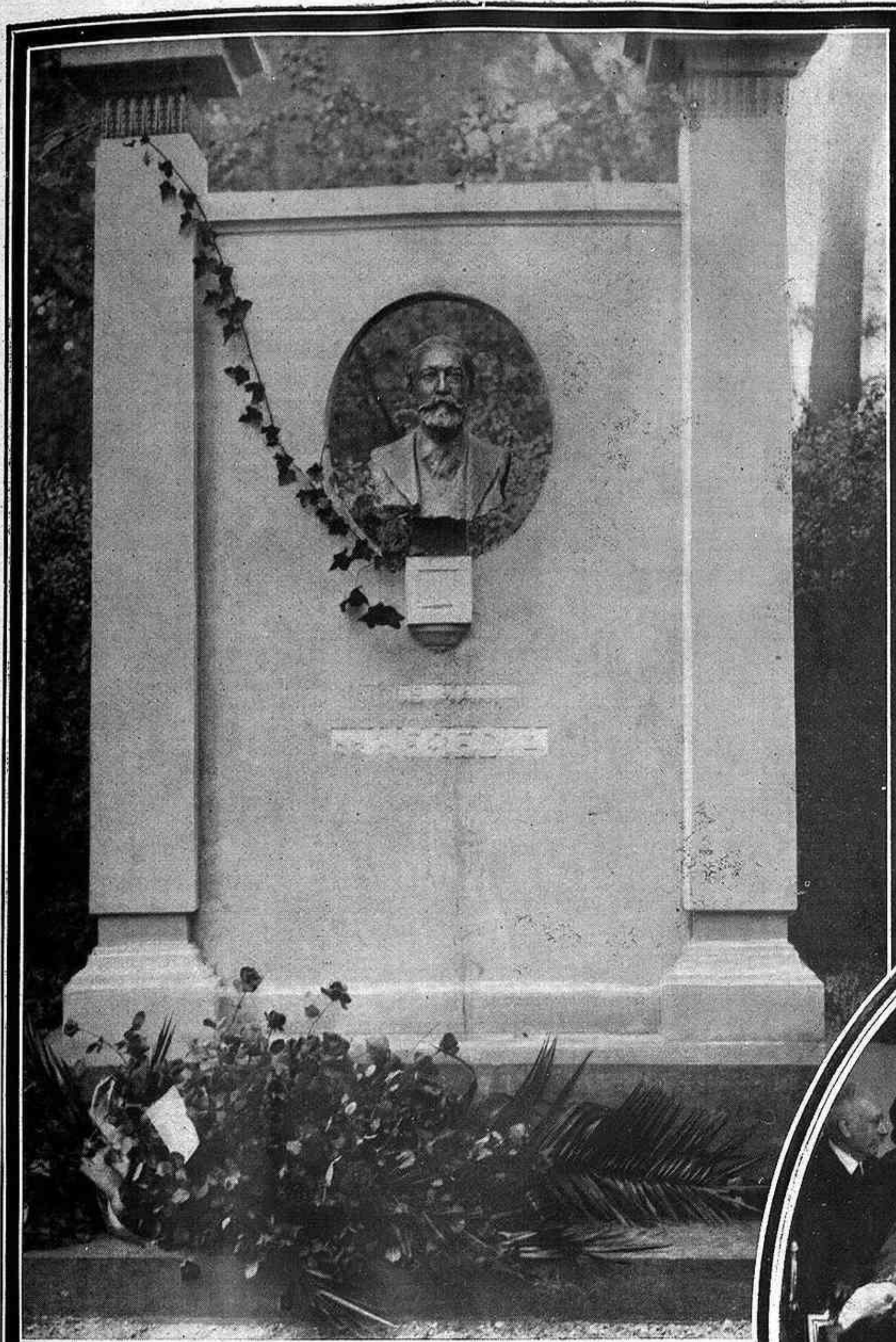
Una estela de mármol rosado; un busto; un nombre; eso es todo, y es bastante para quien deja, labrado por sí mismo, el monumento de una obra que es su gloria.

Ante la estela de sobria evocación, en una mañana melancólica del otoño parisiense, algunas personas, muy pocas, se reunieron para esta ceremonia un poco triste, ya que, cifrada en la piedra, la memoria del hombre que aún estaba en la vida ayer parece alejarse de nuestro tiempo y de nuestro corazón...

Habló Richepin, el grande, el viejo, el autor de la *Chanson des guerres*, y dijo que en este siglo de mecánica y de mercantilismo, únicamente en los poetas y en las poesías quedan vestigios del esplendor de las civilizaciones mediterráneas...

«Heredia—añadió Richepin—¿fué acaso el último romántico, un rezagado del Parnaso, ó

LAMARA-FIO



un precursor del simbolismo? De un modo ó de otro, ha pasado á ser un clásico.»

Ha pasado á ser un clásico... Ha pasado... Richepin, también, está pasando, y la conciencia de ello le hizo recordar su edad, setenta y siete años, ante aquel mármol glorioso y frío, bajo la niebla estremecida por la danza macabra de las hojas muertas... Y no es sólo Heredia, y no es sólo Richepin, y Rostand, y Rubén quienes pasan; toda la poesía va entrando en el panteón del clasicismo y dejando de palpitár en la vida, para que únicamente la contemplan nuestros hijos, hierática é inanimada, en los libros...

En este siglo de mecánica, de mercantilismo y de brutalidad deportiva; en este siglo de violencias, rojas ó negras, de ideales mentidos para encubrir salvajes ambiciones, y de olvido y desdén de toda humana piedad; en este siglo en que da vergüenza ser hombre, con los últimos poetas se apagan los reflejos postreros de todas las civilizaciones...

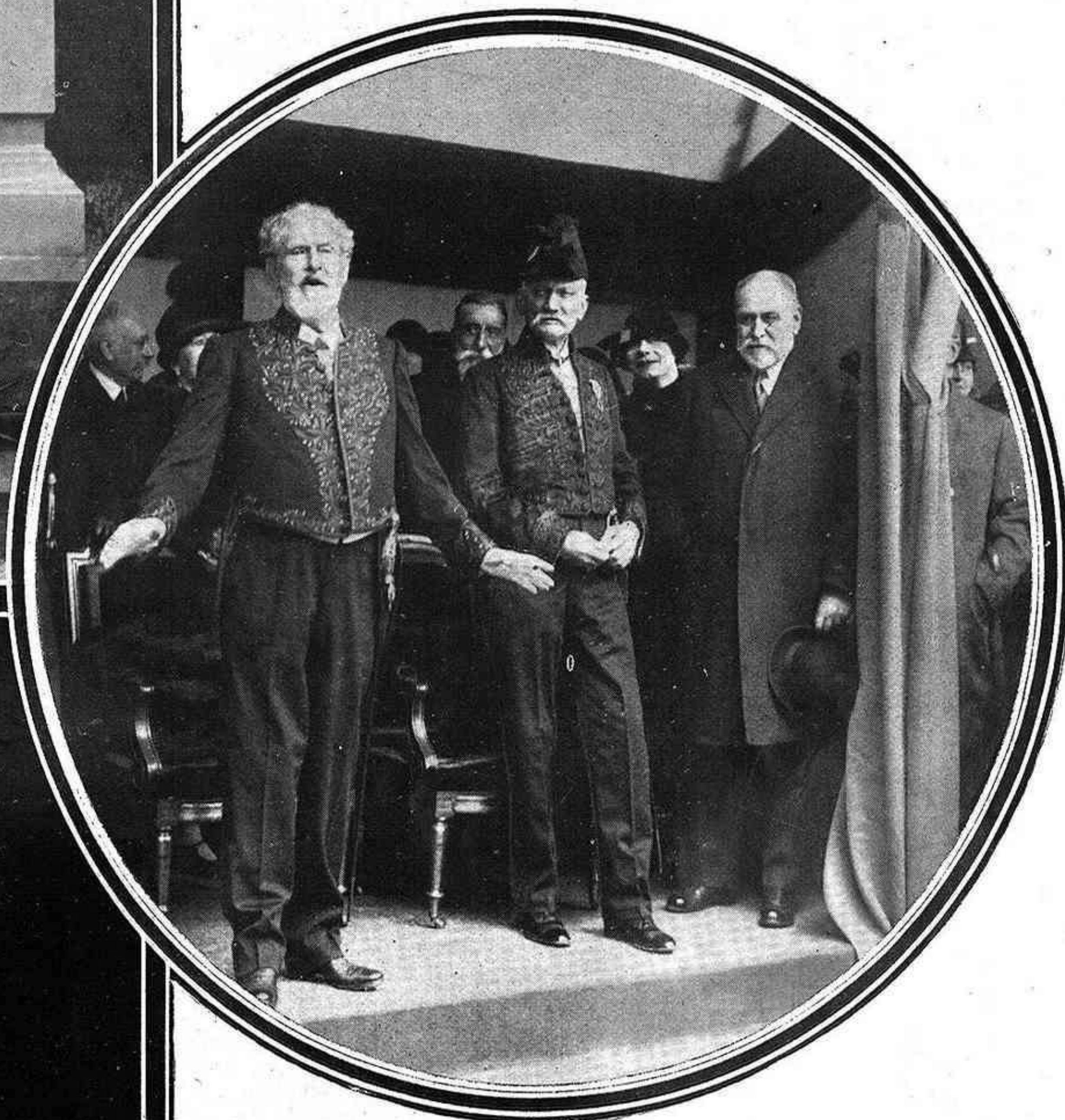
CÓMO SE FUÉ DE LA VIDA ANATOLE FRANCE

Hace ahora un año... Antes que él había muerto la mujer á quien el maestro debía todo: gloria, dicha, fortuna... Se llamaba madame de C... Ella convirtió al indolente en laborioso... Ella hizo que hallara gusto en escribir, quien sólo con repugnancia había cogido hasta entonces la pluma... Ella fué, á la vez, amante y madre, para aquel niño grande, caprichoso, voluptuoso y abúlico... Ella le sirvió de conciencia y de voluntad, y al calor de sus cuidados y de su cariño, como en la tibieza de una estufa, el genio de France produjo sus flores y sus frutos...

El monumento erigido en recuerdo del poeta José María de Heredia bajo las frondas del Jardín del Luxemburgo, corazón de París...

FOT. LINARES

Para obtener alguna cosa de France—que prometía siempre y no cum-



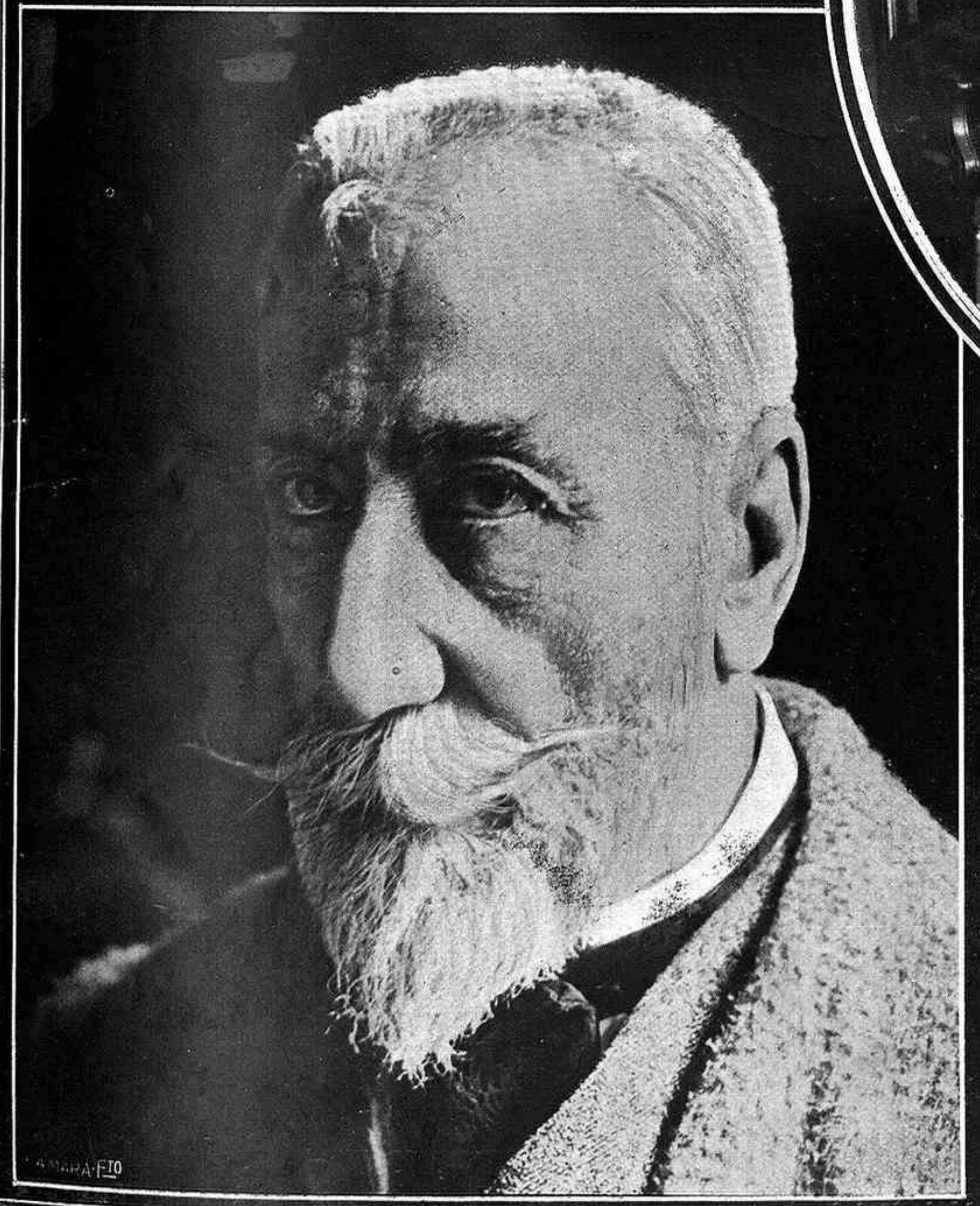
En el medallón: El gran poeta francés Richepin dice, al recordar á Heredia, que fué el último de los románticos... Abajo: Uno de los últimos retratos hechos al maestro Anatole France, de cuya muerte acaba de cumplirse ahora el primer aniversario

FOT. LINARES

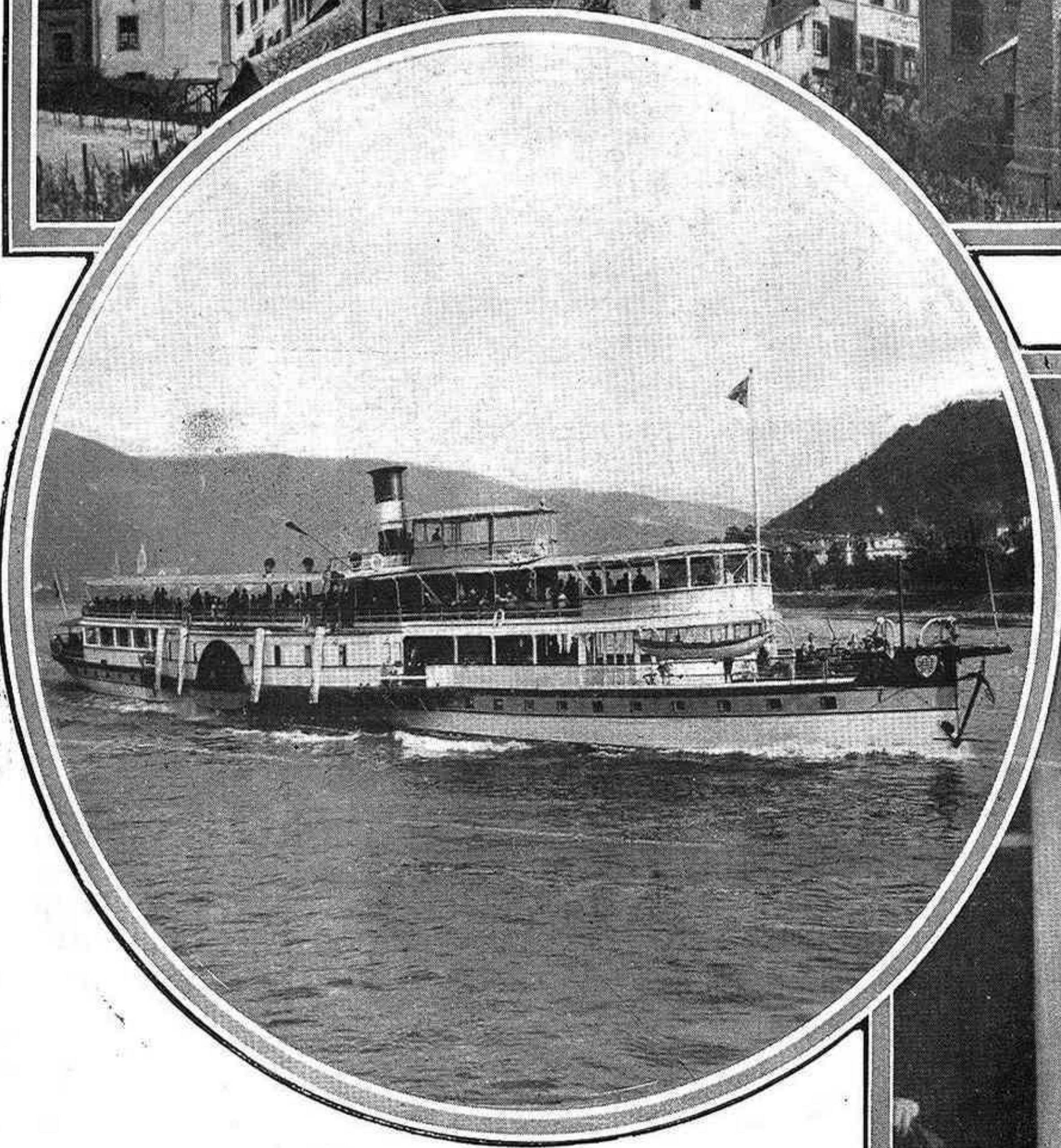
plía jamás—era preciso dirigirse á madame de C... Únicamente ella, en fuerza de constancia y de bondadosa obstinación, lograba, al cabo, que el maestro realizara sus proyectos é hiciera honor á sus promesas... En cambio, madame de C... sobornaba á los mejores cocineros de París y les arrancaba el secreto de los platos más famosos y alabados, para que ninguno faltara en las listas complejas y cuidadas de la «Villa Said»... Y en una ocasión madame de C... hizo un viaje á Lyon, nada más que para averiguar la manera de hacer un pastel del que France guardaba un recuerdo imborrable...

Durante su expedición á América, France, ingrato al cabo, trató de recuperar una independencia que de nada le servía, y aprovechando el momentáneo alejamiento rompió con madame de C... Al regreso, sintiéndose incapaz de gobernarse, France buscó de nuevo á su Egeria... Pero madame de C... había muerto... Sólo halló el maestro á la doncella que durante muchos años había seguido á madame de C... en sus viajes por Europa, en compañía de France... La antigua sirvienta pasó á ser ama de llaves en la «Villa Said», y no tardó en imponer al genial abúlico una tiranía que acabó en boda...

Como todas las personas encumbradas por antojo del azar, la nueva señora olvidó pronto la humildad de su origen, y en derredor de France moribundo, y durante aquella interminable agonía de meses,



ANATOLE FRANCE



prodigó un *excés de zèle* tan sobrado de autoridad como falto de tacto... Los mejores amigos del insigne escritor no pudieron acercarse á él; y unos enfermeros del hospital rodearon tan sólo, en sus postreros días, al hombre que, sin embargo, había profesado el culto de la amistad y había gustado siempre de la compañía de sus contertulios y admiradores... En cambio, apenas France exhaló el último suspiro, ya estaban las gentes de ley recorriendo toda la finca de la Béchellerie y estableciendo inventarios hasta en la cámara mortuoria, hasta en los muebles que el moribundo había tenido al alcance de la mano...

LA LIBERACIÓN DEL RHIN

Al regreso de Locarno, Chamberlain se ha detenido en París y ha estudiado, de acuerdo y en colaboración con Painlevé, la manera de liberar, si no del todo, al menos en la mayor medida posible, las regiones ocupadas y oprimidas del Rhin. «Oprimidas» he dicho, y la palabra es exacta. En tres meses que desde fines de Agosto hasta comienzos de Noviembre de 1922 pasé á orillas del río, peregrinando desde Duisburg hasta Maguncia, pasando de la zona francesa de ocupación á la belga y de la americana á la inglesa, vieron mis ojos lo que mi alma no hubiera querido ver: la guerra proseguida en la paz; la injusticia prodigada en nombre de la

Los señores de Chamberlain á su paso por París, de regreso de Locarno. Chamberlain se ha detenido en la capital francesa para convenir con el Gobierno francés la reducción al mínimo posible de la ocupación aliada en el Rhin
FOT. LINARES



justicia; la abominable tiranía de la fuerza convertida en exclusiva ley... Los Gobiernos francés y belga de entonces habían estimado oportuno enviar á sus respectivas zonas de ocupación á orillas del Rhin á todos los jefes de sus ejércitos que habían sufrido en sus bienes, en sus familias, en sus afectos, á consecuencia de la invasión alemana en Bélgica y en el Norte de Francia... Y la ocupación francesa y la ocupación belga en las provincias rhenanas, no era solamente el desquite nacional francés, ó el desquite nacional belga: era la suma incalculable de todos los desquites personales de cada general, de cada coronel, de cada capitán, de cada oficial, de cada sargento, de cada cabo, de cada soldado... Todo «ocupante» se convertía en invasor, lleno de odios y de rencores, tácitamente autorizado para saciarlos y seguro de su impunidad...

Chamberlain, al regreso de Locarno, habló de la liberación del Rhin... Ese es el primer paso, el paso indispensable para acercarse á la paz...

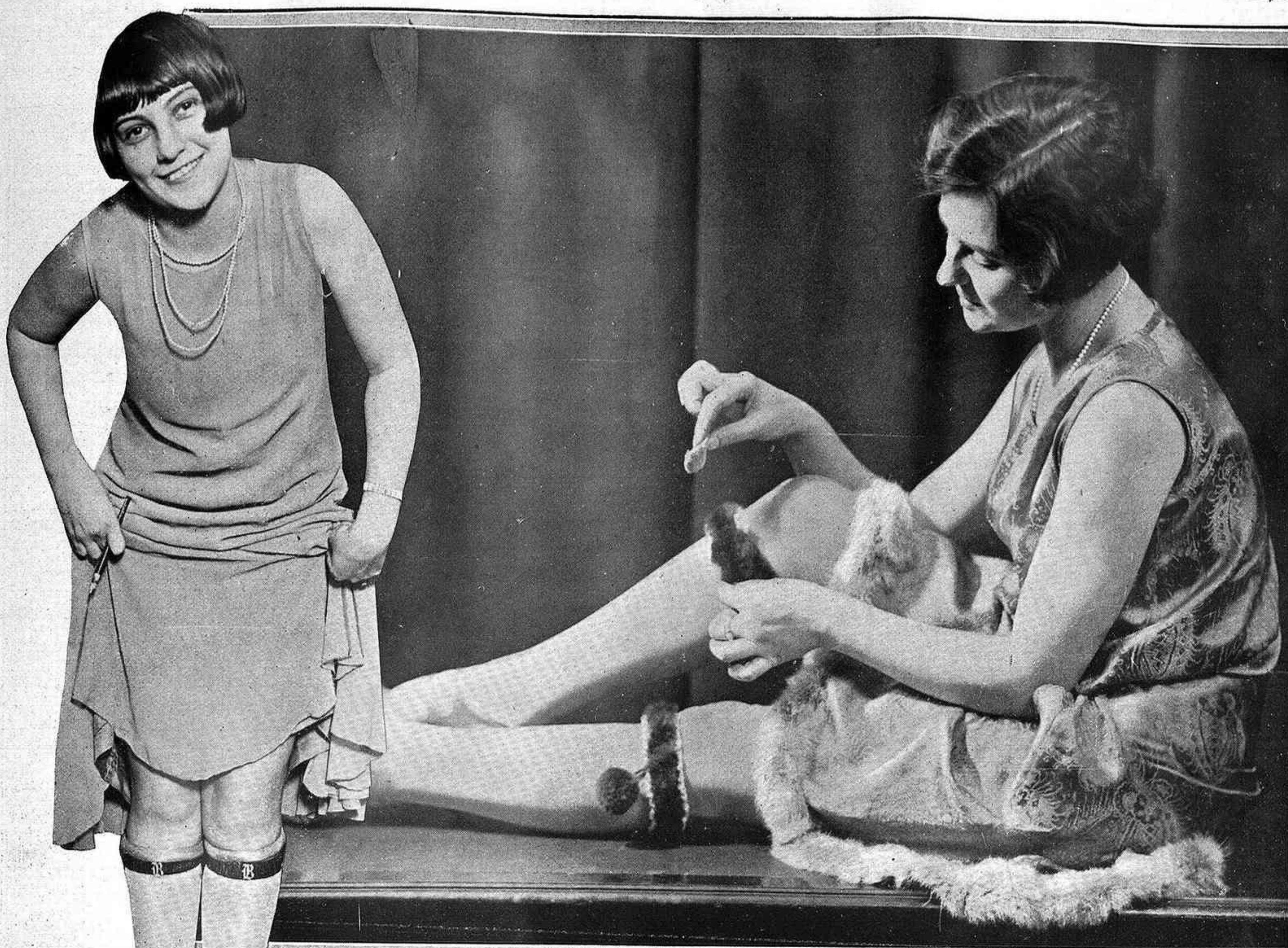
LAS PIERNAS DE LAS MUJERES, SU REBELDIA Y LA IMPORTANCIA DE LA LIGA

Las mujeres han proclamado la independencia de su piernas, rompien-

Aspectos del Rhin en Bacharach y Boppart, entre Colonia y Maguncia: el país de maravilla oprimido por las estipulaciones de Versalles
FOT. AGENCIA GRAFICA

Las
les
piel
ra el
rra d
borla
finitiv
ración
nas t
belad
exces

do la
por v
un p
había
cresía
liga,
cifra
ve de
ma d
ción
escab
padre
sino i
es ya
un a
exter
Ha
ciales
con b
var u
pejo,
cisne,
carmí
El
de la
vánd
pasán
por lo
rá en
to de
la lig
de to
por lo
impor
ANTON



Las ligas con iniciales y las ligas de piel con estuche para el espejito, la barra de carmín y la borla, consagran definitivamente la liberación de las piernas femeninas, rebeldes contra los excesos del pudor...

FOTS. ORTIZ

do la traba impuesta por veinte siglos de un pudor en el que había mucho de hipocresía mal lavada. La liga, la famosa liga, cifra de misterio, clave de intimidación, tema de tantas divagaciones que parecieron escabrosas a nuestros padres y hoy no son sino inocentes; la liga es ya una prenda y un adorno de uso externo...

Hay ligas con iniciales y hay ligas con bolsillo para llevar un diminuto espejo, una borla de cisne, una barra de carmín...

El gesto familiar de la mujer, empujando la nariz y pasándose el rásin por los labios, partirá en todo momento de la pierna y de la liga, privadas ya de todo misterio y por lo tanto de toda importancia...

ANTONIO G.
DE I...



LA ORILLA DEL SILENCIO



Vista general del Cementerio de Génova

PARA MARIANO ZAVALA

EL Reposo es el Diablo, el espíritu protervo capaz de disolverlo todo: si un instante—sólo un brevísimo instante—la máquina cósmica se detuviese, el mar rompería sus diques, desaparecería la atmósfera, se extinguiría la hoguera solar, el Infinito se anegaría en tinieblas, y á plomo las estrellas se desprenderían de los sitios donde parecen estar clavadas.

Por eso *ad aeterno* el universo es movimiento, ó, lo que es igual, armonía y ritmo. Decir Movimiento es nombrar á Dios. El movimiento es una fuerza en acción; moverse es actuar, acercarse, irse, latir interminablemente. Cada planeta es como un corazón suspendido en lo azul.

Nosotros hablamos de Vida y de Muerte, porque la idea de «existir» es demasiado grande para la pequeñez y angustiosa limitación de nuestro entendimiento, y hemos de fraccionarla. Pero, realmente, las cosas—todas las cosas de los tres reinos de la Naturaleza—«son», quiero decir «existen», ó, lo que es igual, «se mueven», y no están, de consiguiente, ni vivas ni muertas.

La Vida y su hermana la Muerte no son más que las dos «formas» del Misterio, en cuyo arcano nadie penetrará nunca; los dos guiños, risueño el uno, trágico el otro, con que la Esfinge entretiene á los hombres y de ellos se burla. La Vida es una mixtificación de la Muerte, y viceversa. Ambos sustantivos expresan una inextinguible actividad interna que, segundo á segundo, como la luz en el curso del día, cambia de aspecto. Vivir es acabar poco á poco, y morir no es descansar, sino renacer nuevamente. La Naturaleza no entiende de negaciones, y en los cementerios, como en las cámaras nupciales, su voz—la gran voz milenaria de lo que «Es»—afirma siempre: porque en el óvulo fecundado una tumba bosteza, y en los ataúdes, sobre la carroña que se descompone, cantan las rosas de las primavera futuras. Todo vive merced á que todo muere, y al contrario. La Naturaleza es como una madre que se amamantase á sí misma.

Esto es lo que la Ciencia dice y demuestra...

Mas por encima de la Biología planea el Ensueño, el dios de las innumerables mariposas de oro. «Sería espantoso—meditamos—, y también sería injusto, que esta alma nuestra, rebosante de curiosidades y de anhelos de perfección, se diluya en la tierra. Porque si, conforme á las leyes de la evolución universal, nada se pierde, ¿cómo admitir la total extinción del espíritu?...»

El terror al mudo «más allá» angustia á los hombres. Morir es quedarse con los pies inertes y juntos; es no poder cerrar las manos; es no ver nunca más aquella luz que Goethe solicitaba en su agonía; es hundirse en la tierra y dormir en la humedad de su reposo con los ojos cerrados... El miedo á morir llenó á la Humanidad de supersticiones; inventó las religiones y sembró el mundo de pagodas, de alminares y de agujas góticas. ¡Bien está que la materia evolucione!... La idea de que nuestra carne frágil, tantas veces enferma, se pudra, para reintegrarse á la corriente de la universal evolución, no nos aflige, ó nos aflige muy poco. En cambio, rechazamos horrorizados la posibilidad de que el alma muera. «¡No, Dios mío!—exclamamos—; Esa lamparilla divina, lívida y trémula, como las que chisporrotean ante los viejos altares, no debe apagarse!...» Exigimos que nuestra conciencia perdure; queremos acordarnos eternamente, durante millares de millones de siglos, de las impresiones y de los amores que nos acompañaron un instante, cuando cruzamos por la vida...

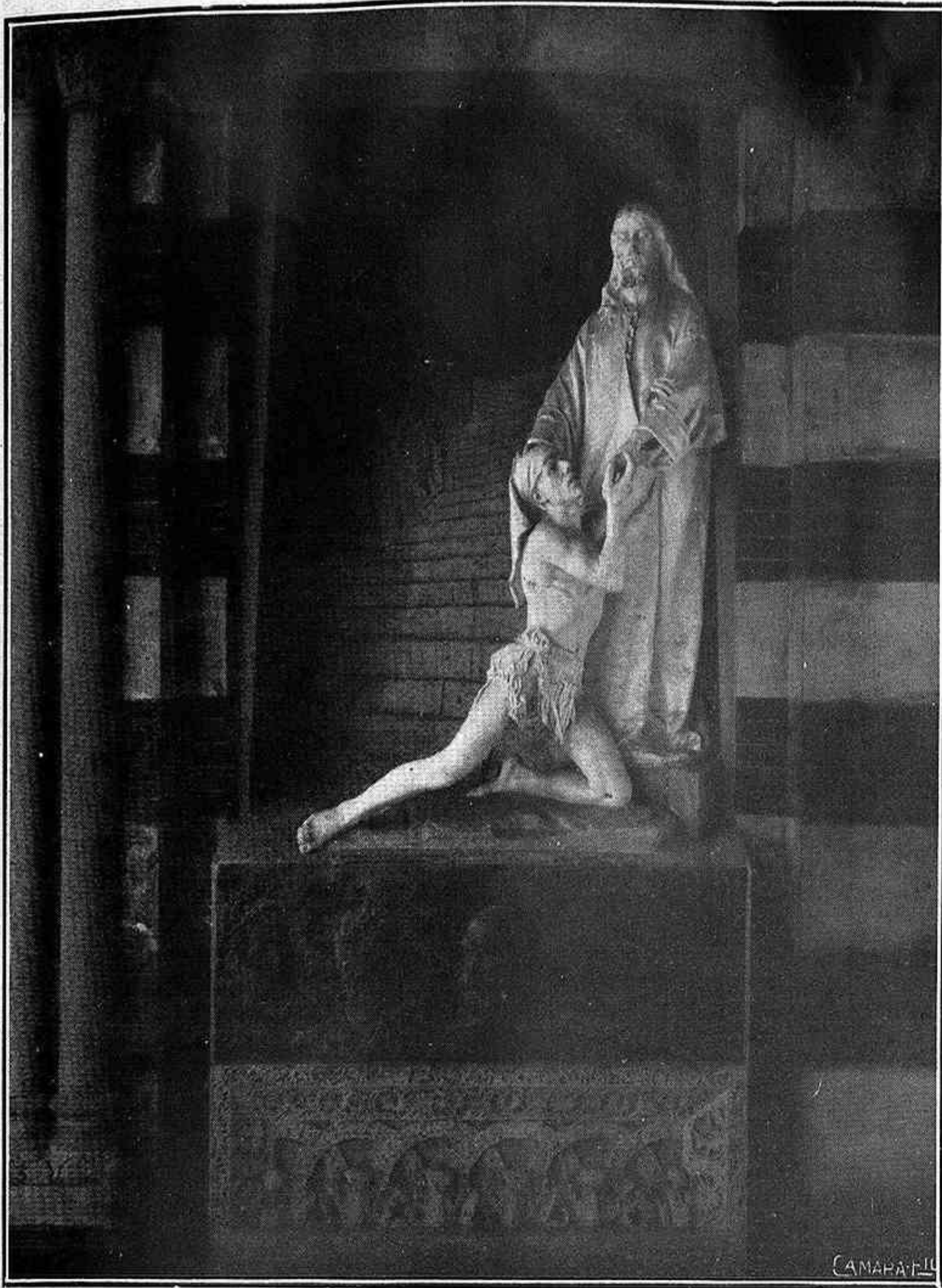
De ahí la honda emoción de inquietud, la ansiedad de pregunta no respondida que tienen para nosotros las necrópolis. Esos recintos murados, que son como oasis de paz en el proceloso torrente de la agitación humana; esas orillas del reino del inquietante silencio, adonde los viajeros de la Vida arriban con los labios inmóviles, nos atraen y cuando lentamente ambulamos por ellas, saben envolvernos con hilos sutiles de melancolía y desasimiento. A poco de hallarnos allí experimentamos el deseo atrevido de ver algo sobrenatural, ó de oír una voz sigilosa que nos descubra cualquiera de las innumerables historias escondidas bajo aquel suelo. El horrible destino de los difuntos lo

comprendemos á través de nuestro egoísmo; esto es, nos lo explicamos merced al espanto derivado de la convicción de que algún día estaremos con ellos. ¡Oh, la Tierra!... ¡El único albergue donde nadie quisiera dormir!... A lo largo de las piernas, y como si nos penetrase por las plantas de los pies, un dolor indecible sube hasta nuestro corazón. ¡Qué extraña alegría la de esas flores alimentadas quizá con las entrañas de una mujer joven!... ¡Qué crueldad rígida la de aquel ciprés cuyas raíces, semejantes á un pulpo, acaso opriman un cadáver!... ¡Pobres muertos, que si ya no lo saben todo, es porque al borde de la tumba todo saber termina!...

«No tengáis envidia de mí—suspiramos—, pues un día, tarde ó temprano, estaré con vosotros!...»

Los cementerios mejores del mundo, los más artísticos, aquellos donde la muerte parece menos dura, son los italianos. En la mayoría de los monumentos sepulcrales de ese pueblo violento que por amar fuertemente la vida siente mucho la muerte, aparece una figura humana, de tamaño natural, en bronce ó en mármol, que llora, reza ó escucha. En varios camposantos franceses—particularmente en el célebre Padre Lachaise, de París—se advierten frecuentes y admirables reminiscencias italianas; las figuran triunfan, y por ellas cada mausoleo prende en el alma del visitante una emoción. Imposible olvidar la sacramental de Milán ni la de Génova, en la que un Crucifijo, de proporciones colosales, parece bendecir los millares de cruces blancas que salen de la tierra tan cerca unas de otras como las espigas de un triguero. Recordamos asimismo ciertos monumentos de esos que, tanto por su hermosura como por las historias románticas que evocan, cautivan inmediatamente nuestra emoción: tales el sepulcro de Galbati, obra inspiradísima de Butti, donde el alma, personificada en un hombre desnudo, reconoce sus máculas y, de hinojos delante de Cristo, le besa las manos; el de Serra, presidido por un fraile que lee absorto en un libro; el de Eloisa y Abelardo, los dos apasionados ejemplares, cuyas estatuas yacentes parecen hablarnos de su infinito dolor de haberse amado; el de Héctor Berlioz, en Montmartre;

CAMARATI



Monumento á Galbiati



Monumento á Serra en Génova

el de Baudelaire... Y por encima de todas estas obras de arte situemos aquella «fosa común»—lecho sin epitafios—que vimos en Puerto Rico y que apareció ante mis ojos suspensos como un imponente semillero de fémures y de cráneos...

También quiero hablar de algo extraordinario que descubri en la sacramental de Valencia, y que mi corazón no ha olvidado; algo genial por la hondura filosófica del pensamiento y la sencillez y desconcertante originalidad de la forma.

Rato hacía que caminaba de patio en patio á lo largo de esos muros, densos y semihuecos, especie de esponjas, donde, como los libros en las estanterías, alineadamente se colocan los difuntos. La lectura de los epitafios iba inmergiéndome poco á poco en un sopor triste; cada uno de aquellos rótulos, dictados por el miedo que tenemos á desaparecer del todo, tenía la elocuencia de un pequeño grito que viniese de la tierra, y era como un saludo.

Desde el mármol que cerraba cada nicho, una voz inaudita parecía rogarme:

«Entérate de quién fui; no pases de largo...»

Y por cortesía yo leía..., y apenas leía cuando olvidaba lo leído: «Aquí yace Fulano de Tal; nació..., falleció...» ¿Cómo acordarse?... Aquellos nichos, no obstante su silencio, me producían la impresión de centenares de personas que hablasen á la vez. En aquel Hotel de la Eternidad nadie permitía que le confundiesen con el vecino; que la humana vanidad, ni aun ante la Nada doblega la cerviz; y así, cada cual sobre la puerta de su cuarto escribió su nombre.

De pronto me sobrecogió lo que nunca hubiera creído encontrar...

· Era un nicho mudo, un nicho sin nombres y sin fechas. El nicho número 758, que, en lugar de con una lápida, aparece cerrado con un espejo. Y aquel espejo, que al reflejar mi rostro me metía en la espantosa tiniebla de su interior, me hablaba así:

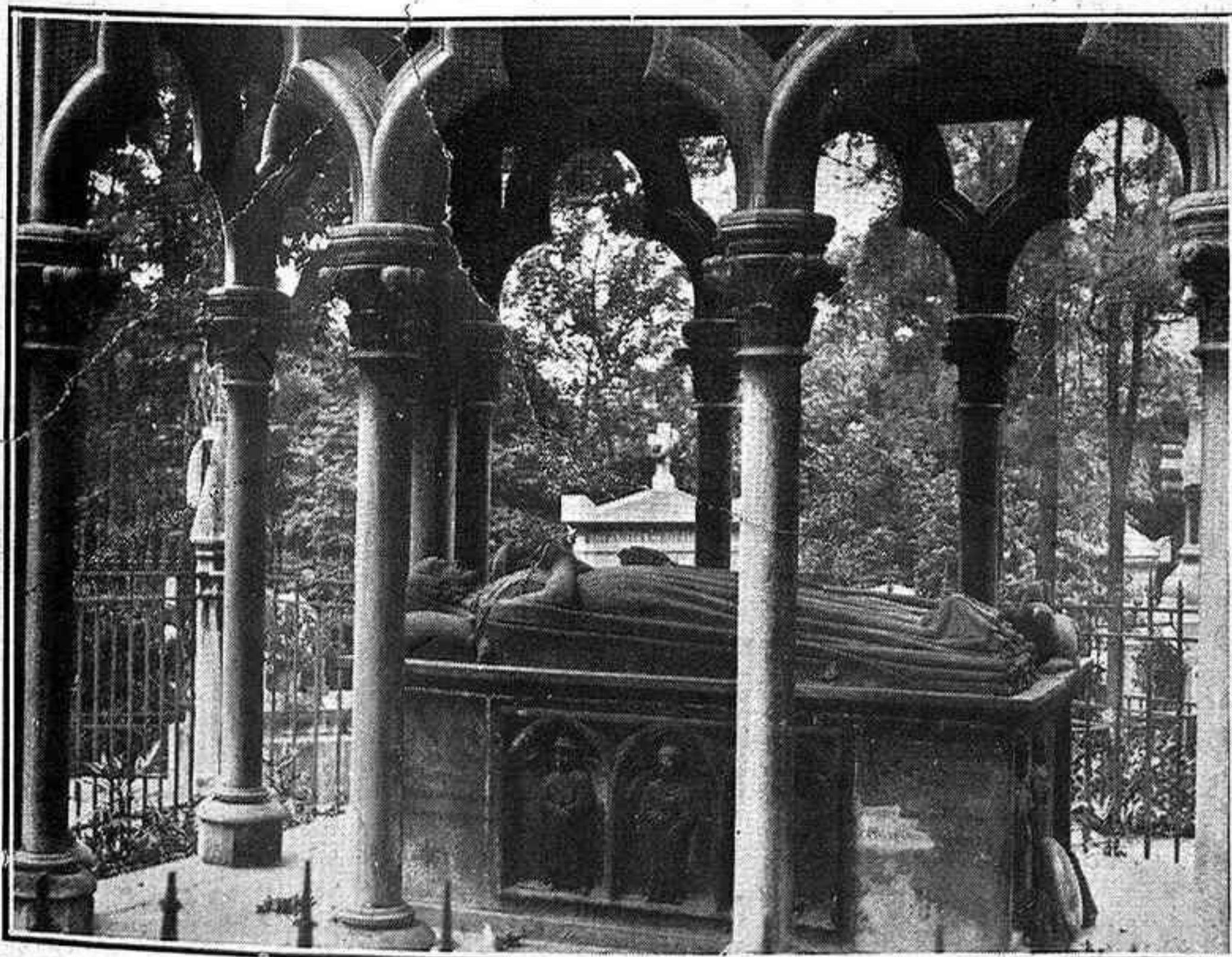
«Te acercaste á ver un muerto, y el muerto eras tú. Hazte cargo de que has presenciado tu entierro, porque tu imagen un instante estuvo dentro de mí. Ahora márchate y dile á tus lectores que has visto la Muerte.»

¿Quién, que seguramente no fué una persona vulgar, descansaba allí?... La curiosidad comenzó á mordirme, y tan bien lo hizo, que me obligó á ir al Ayuntamiento, y en el Registro correspondiente me dijeron lo que yo andaba tan necesitado de saber.

En ese nicho, que yo llamo «de la suprema lección», están inhumados, desde el 31 de Julio de 1856, Jaime Roso y su esposa, Catalina Noguera.

¿Hago mal en descubrir sus nombres? ¿Debí respetar el artístico secreto en que ambos se encerraron?... No. ¿Por qué?... Ellos ya pasaron y están en «la otra orilla»; en la orilla de la comprensión y del perdón, donde ya todo puede decirse.

EDUARDO ZAMACOIS



Mausoleo de Eloisa y Abelardo en la Sacramental del Padre Lachaise



Una galería del Cementerio de Génova

NOTAS PINTORESCAS DE LA ZONA ESPAÑOLA DE MARRUECOS



El zoco de España, en Tetuan, en las horas de mayor animación

FOT. DIAZ CASARIEGO

EXPOSICIÓN IBORRA



«La arboleda», cuadro de Lino Casimiro Iborra

LINO Casimiro Iborra, pintor concienzudo, apegado á la tradición, expone estos días en el Salón del Círculo de Bellas Artes una extensa serie de obras, donde refleja tipos, paisajes y costumbres de su tierra natal: la Montaña y la costa santanderina.

Iborra permanece alejado de las Exposiciones Nacionales y de los exhibicionismos frecuentes. Cultiva su arte en recoleta calma.

No se deja seducir por las voces sirenaicas de las improvisaciones insinceras. Ama, por el contrario, ahondar cada día un poquito más en sí mismo, dar un nuevo paso en el sendero tantas veces ejercido.

El nombre de este notable pintor evoca siempre en la memoria de los aficionados y profesionales de las Bellas Artes en España escenas y momentos de apriscos, majadas y rediles. Durante varios

por voluntario deseo de pasar inadvertido y vivir solitariamente de sus recuerdos y sus esperanzas.

•••••

La Exposición Iborra en el Círculo de Bellas Artes es un completo resumen de la pintura del notable artista montañés. Pintura de ayer y de hoy, pintura de siempre.

Porque ya hemos dicho que Lino Casimiro Iborra ha permanecido fiel á su credo inicial y ha persistido en la trayectoria de su juventud.

La exposición comprende muestras de las diversas preferencias temáticas de Iborra.

Allí, pues, apuntes, bocetos y aun cuadritos felizmente terminados del asunto favorito, tantas veces y con igual fortuna repetido: la cálida agrupación de los rebaños; allí los rostros rugosos de



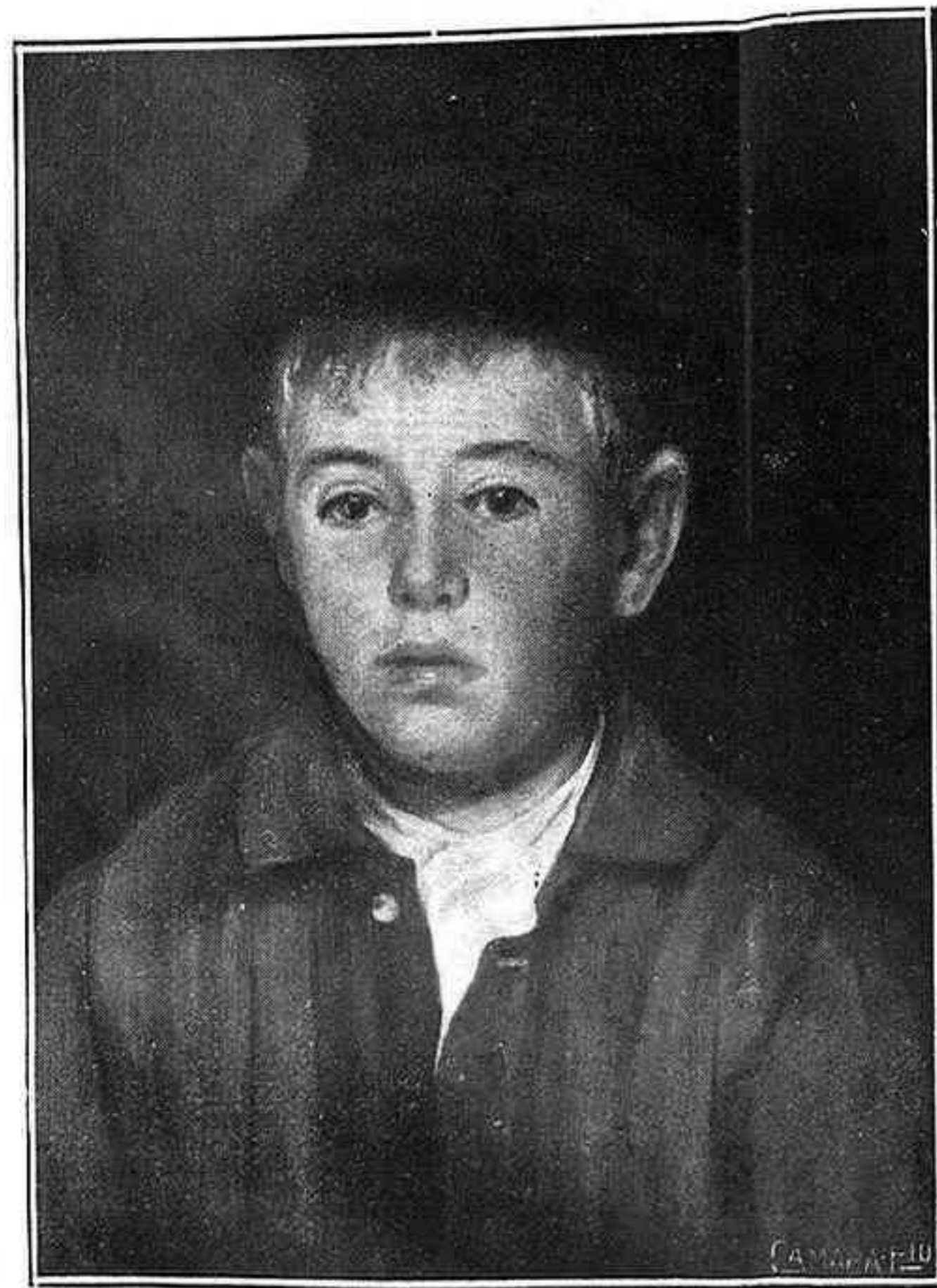
LINO CASIMIRO IBORRA

años, el «cuadro» de Iborra era siempre un castizo pretexto para pintar ovejas, corderos, las dulces y plácidas bestias lanares. Y sabía dar al asunto humilde una suave emoción bucólica, una cándida malicia pastoril, además de ir añadiendo á su pintura calidades progresivas de energía y personal fortaleza.

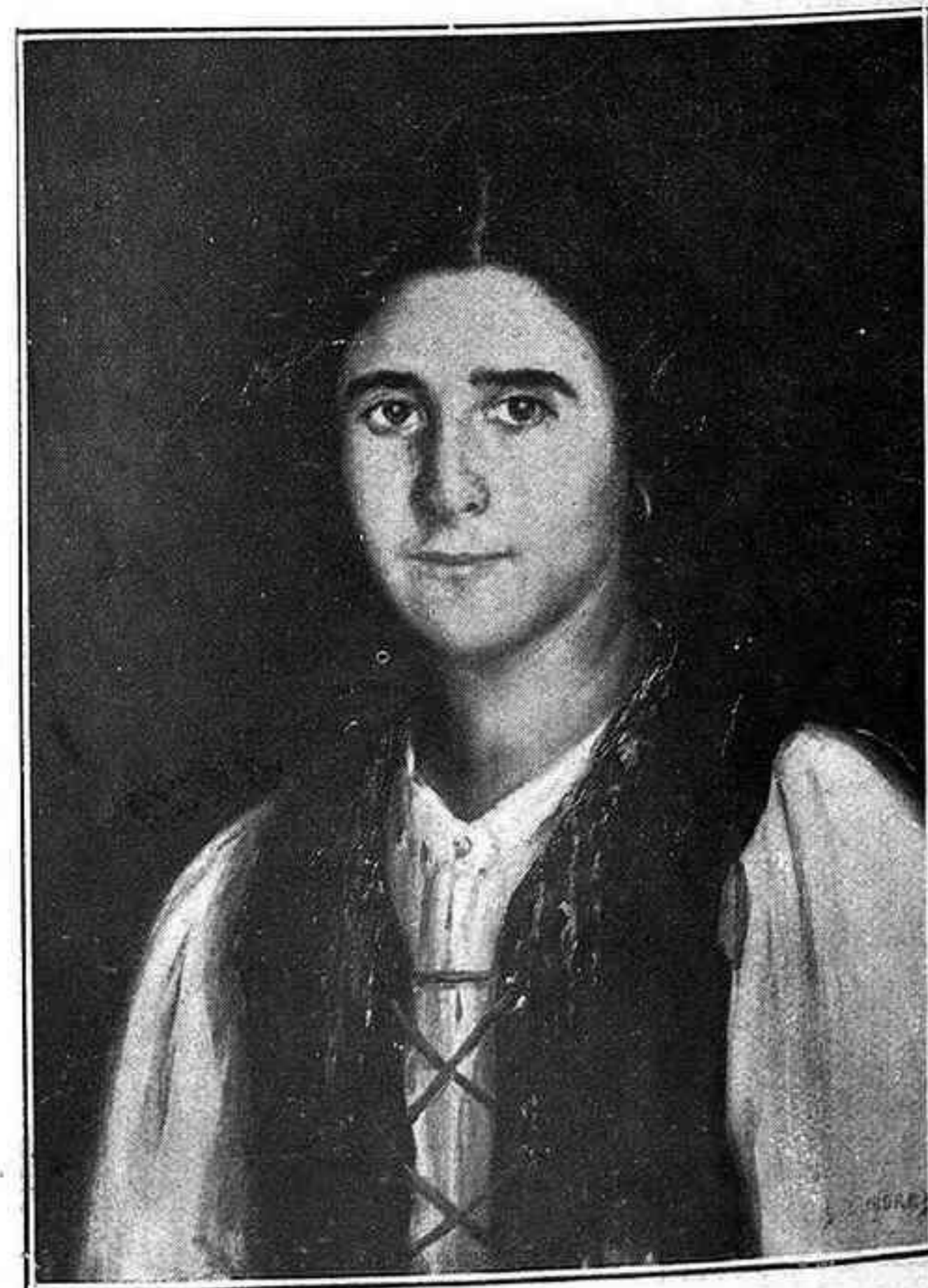
No obstante, en su estudio, producto de largas estadas en la montaña ó en la marítima aldea de Colindres, aumentaba rápidamente el número de obras de otro género: paisajes umbríos, impregnados de misterio y de humedad; rincones pueblerinos, figuras de viejos lobos de mar ó de lozanas doncelleces campesinas...

Y el artista trabajaba sin la codicia inmediata, sin buscar el halago público, con ese desinteresado fervor que es uno de los placeres estéticos más puros para el creador de belleza ajeno al lucro y á la lisonja.

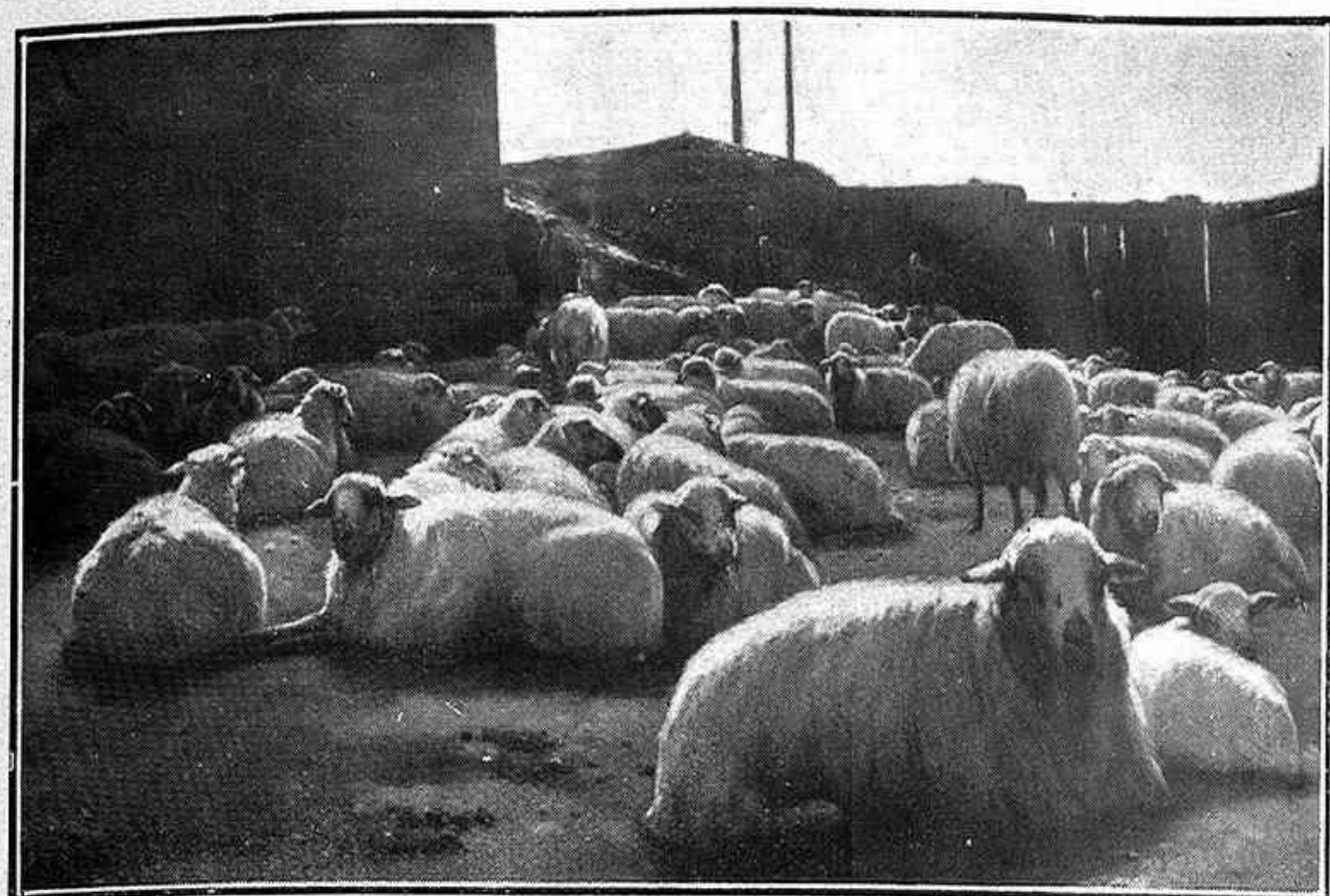
Finalmente se ha decidido á reunir una serie de estas obras, que sólo los amigos íntimos y los visitantes de su estudio conocían. Acaso es la primera vez que realiza una exposición personal y sale de la grata penumbra en que se había recluso



«El vaquerito»



«Ines»



«La majada»



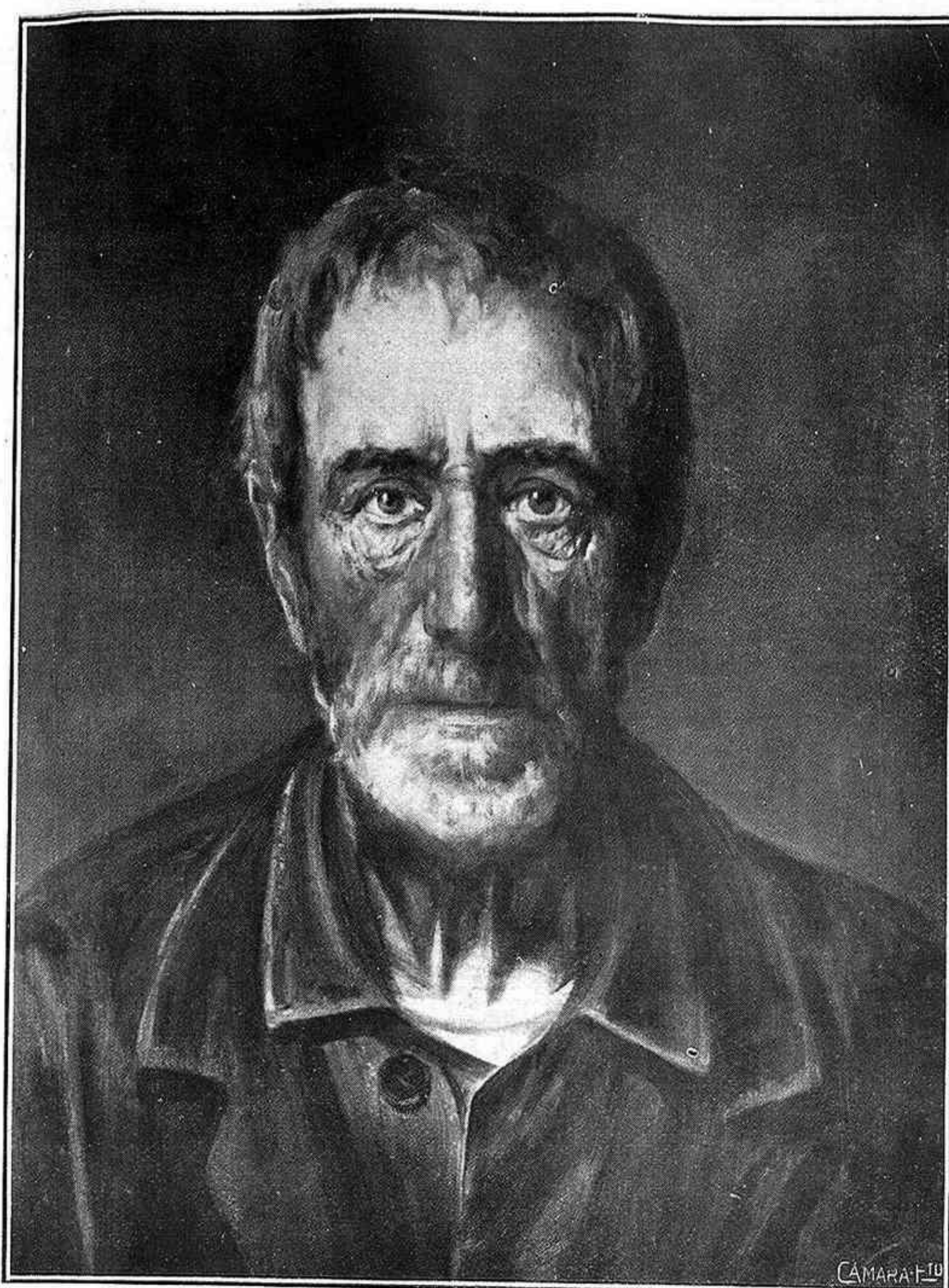
«Colindresa»

hombres encanecidos en lucha con la mar y la tierra, los lugares recónditos de selvas y bosques, las figuras frescas como pomos recién cortadas de muchachas con sus gayos atavíos.

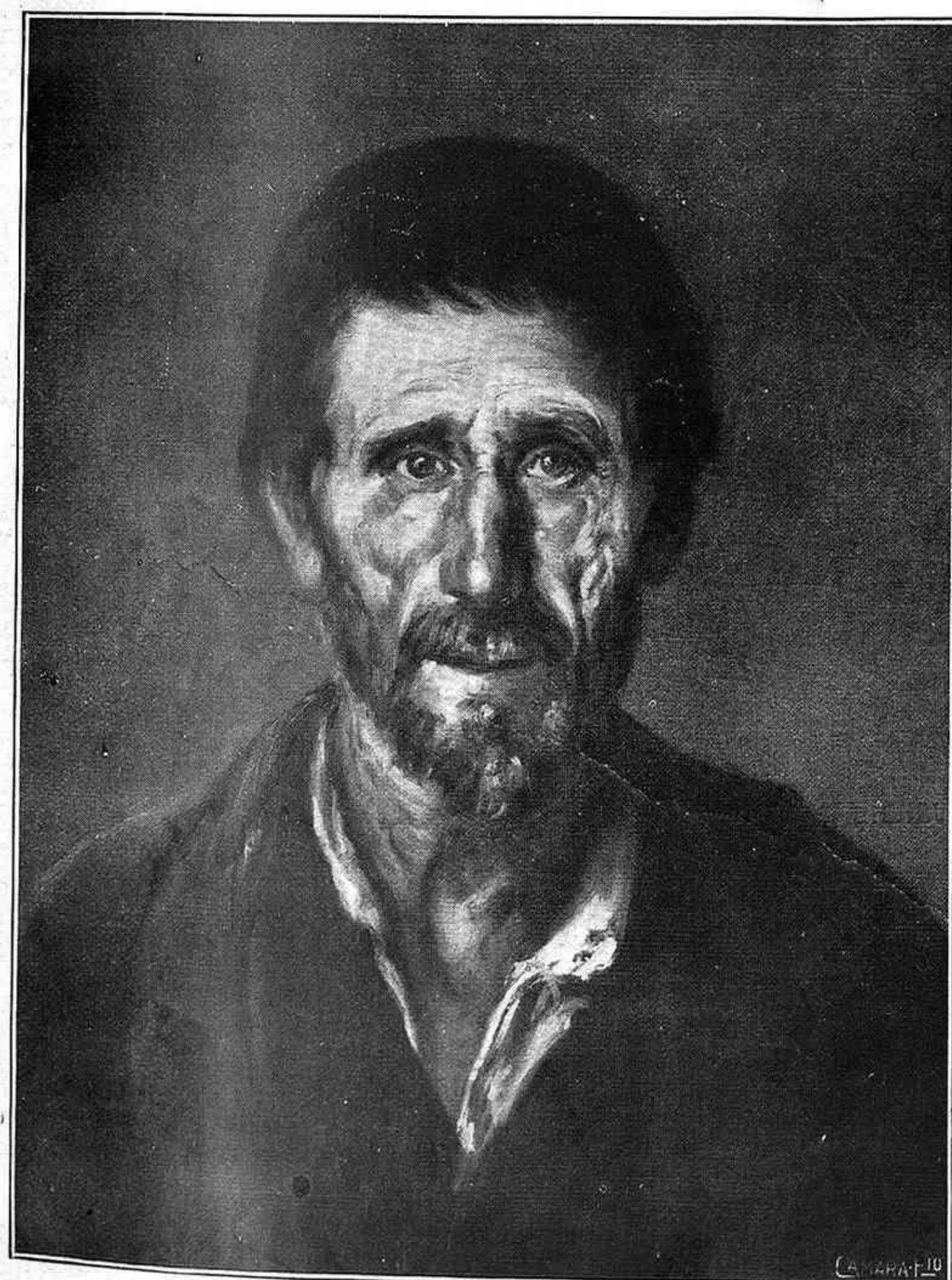
En todos estos cuadros se aprecia el amor tradicionalista de Iborra a las normas de la pintura española. Procura el artista dar a la Naturaleza y a la forma humana ese acento libre de influencias y renovaciones evolutivas que tampoco es censurable en otros pintores, pero que a él no le preocupan.

Los paisajes tienen amable encanto, romántico idealismo. Se adivina la complacencia minuciosa y sosegada con que el pintor les fué interpretando directamente del natural, durante varios días...

Las testas viriles responden a un legítimo afán de parentesco posible con los pintores españoles de otros siglos. Rostros de mendigos, de pícaros envejecidos en su picardía, de aventureros sin fortuna, labriegos condenados al agro y de pescadores humildes. Nada en ellas de brillante, de atractivo, de alegre, sino el prurito de



«Marinero de alta mar»



«Un primo de Monipodio»

reflejar el carácter áspero ó melancólico, violento ó resignado, como en hitos raciales.

Las cabezas femeninas florecen con sus gamas claras en el fondo sombrío de robledales y encinares, de rediles y majadas.

Son las hijas, las nietas de estos pescadores, de estos labrantines ó vagabundos descendientes a su vez de los modelos de pintores y novelistas de los siglos áureos.

Son la sonrisa, también, de esta pintura austera que prefiere Lino Casimiro Iborra.

Y ante ellas el artista seguramente iba expresando con gayos colores, con sencillas alianzas de tonos, el ritmo y la claridad sentimental de montañas tonadas, que tendría entre los labios como entre las manos tenía los pinceles...



«El ahumado»



«Orillas del Nora»

FOTS. CORTÉS
(Cuadros de L. C. Iborra)

HAVELOC ELLIS Y EL ALMA Y LA COPLA ESPAÑOLAS

HACE ya algunos años que el más erudito y espiritualista de los pensadores ingleses contemporáneos—Mr. Haveloc Ellis—publicó el libro más bello y comprensivo que ningún extranjero haya dedicado á España: *The Soul of Spain*. Y tanta ha sido la aceptación de la obra entre los lectores de habla inglesa, que ya se han hecho siete ediciones de ella.

Nosotros no sabemos si al aparecer originalmente hubo algún escritor español que dedicara al libro de Mr. Ellis uno ó varios artículos. Aún éramos niños y no sabíamos interesarnos por el movimiento intelectual hispanoamericano, y mucho menos por las grandes obras de los escritores extranjeros. De todas maneras, aunque entonces alguien se hubiese ocupado de la labor de Mr. Ellis, la aparición recientemente de una nueva edición de su *El alma de España*, así como la de un nuevo libro—*Sonnets with Folk Songs from the Spanish*—compuesto de poesías originales de Mr. Ellis y de versiones hechas por él á su lengua vernácula de algunos de los más intensos cantares españoles, nos daría motivos para hacer unos comentarios en torno al fervoroso hispanismo del creador de *The Dance of Life*.

Bien es cierto que no fué Mr. Ellis el primer extranjero que seducido por la historia, el arte, el paisaje y el espíritu españoles rindió devoto homenaje á ese espíritu, á ese paisaje, á ese arte y á esa historia. Pero no lo es menos que ni Chabrier creando su rapsodia *España*, ni Debussy dando el nombre de *Iberia* á la segunda de sus *Imágenes*, ni Rymisky-Korsakoff el de *Capriccio Espagnole* á una de sus obras más entusiastas, ni Engelbert Humperdinck bautizando una de sus producciones sinfónicas con el nombre de *Maurische Rhapsodie*, ni Lalo escribiendo su *Symphonie Espagnole* (para violín y orquesta y dedicada á Pablo Sarasate), ni Glinka evocando los encantos de Aragón y la emoción de una noche madrileña, ni Balakireff valiéndose de un tema español para una de sus oberturas, ni Liszt, Rubinstein, Schumann, Hugo Wolf, Delibes, Richard Strauss, Ravel, Svendsen, Zan-

donai y Loeffler soñando con los encantos de esta tierra de leyenda crearon nunca una labor más amorosamente hispanófila que la de Haveloc Ellis.

No hay que olvidar injustamente los nombres de Anna Pavlova y de madame Kutnezoff, tan enamoradas de las danzas españolas. Ni la labor apasionadamente hispanista—ya dando conferencias, ya bailando—de Lola Montes. Tampoco hay que perder el recuerdo de una pléyade de eruditos alemanes que con tanto empeño como provecho ha estudiado el «siglo de oro» español. Pero sí hay que decir que, sin omitir la *Alhambra*, de Washington Irving; ni el *Voyage en Espagne*, de Gauthier; ni *The Bible in Spain*, de Borrow; ni los *Gatherings from Spain*, de Ford, ningún otro escritor exótico—exceptuando á Fitzmaurice-Kelly, cuya *Historia de la literatura española* es magnífica ejecutoria de su admiración á España—ha realizado probablemente una labor más altamente hispanófila que la del autor de *The Philosophy of Conflict*.

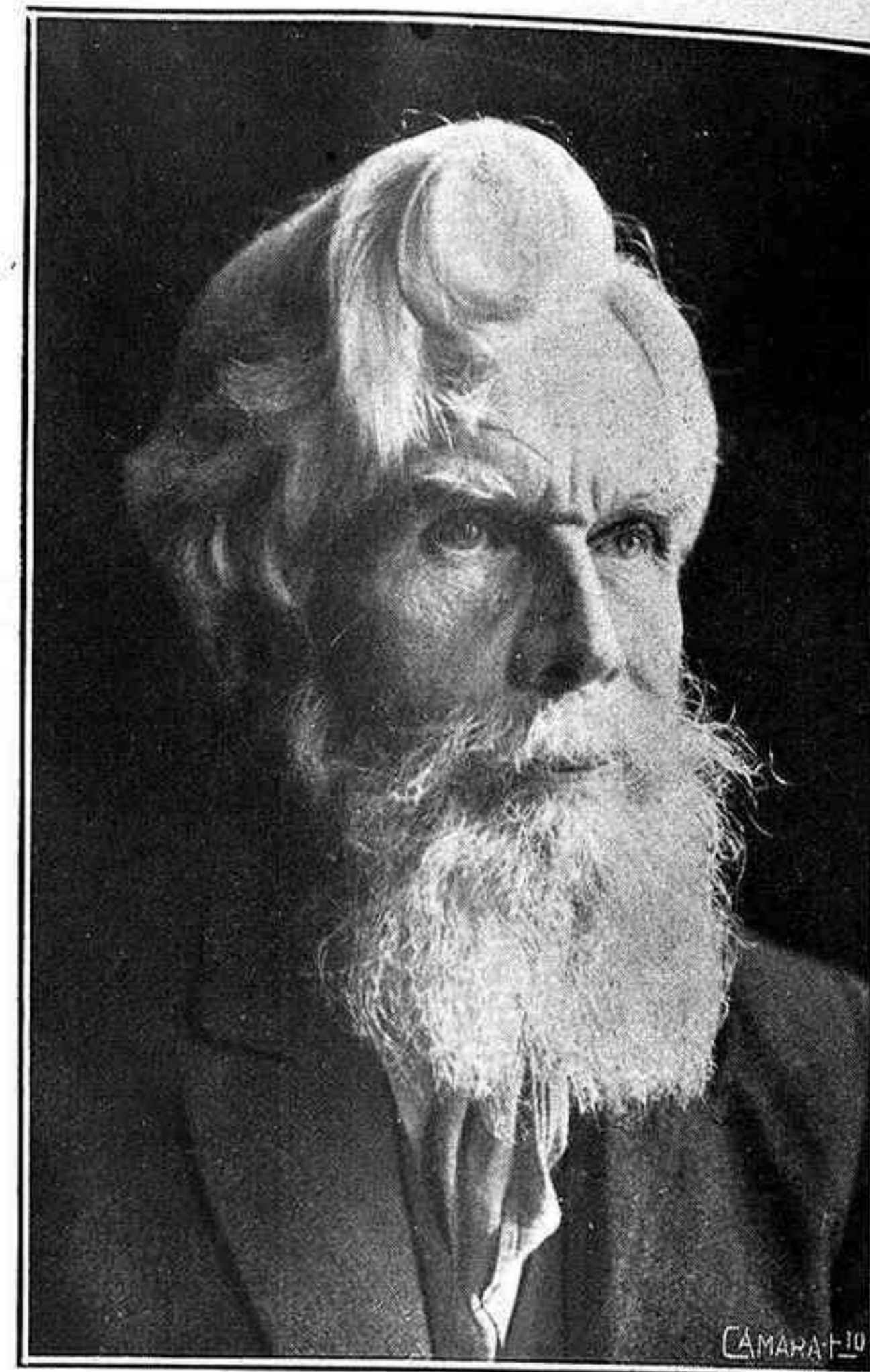
La obra de Mr. Ellis no es consecuencia de una rápida excursión por España, «Kodak» en mano y el intelecto agobiado de prejuicios. Es el resultado de muchos años de estudio del arte, la literatura, las costumbres y la historia españoles. De muchos años de observación, comprensiva y simpática. Por eso lucen en ella cuantos nombres se relacionan de una manera ó de otra con la vida nacional de este pueblo. Por ello su erudición hispanista es rico tesoro, digno de los mejores ingenios de España. En ella se comprende una bibliografía sorprendente por su elasticidad, donde no sólo son bien estudiadas las figuras de primera clase, sino donde también se deja oír la voz de autores secundarios, que no por tales dejan de aportar interesantes documentos cooperando sin duda á completar el cuadro de la vida nacional.

Las plantas de Mr. Ellis hollaron todos los campos de España. Treparon las cumbres, pasaron la ciudad y descendieron al llano, lo mismo que sus ojos ávidos de sabiduría penetraron en el fondo psicológico de la raza y admiraron la belleza física de mujeres, danzas, pinturas y paisajes... Su espíritu

investigador, aguijoneado de inquietudes intelectuales, ducho en el estudio y la contemplación de razas y pueblos diversos, sintióse atraído por España como por ninguna otra nación. Porque para él «España representa, sobre todo, la suprema manifestación de una eterna y singular actitud del espíritu humano, actitud de heroica energía, de exaltación espiritual que no va en busca de ganancias ó comodidades, sino en acecho de las más fundamentales razones de la existencia humana». Estas palabras, del prefacio de su obra, nos dan la clave de su amor á la tierra de «Don Quijote». «El español—nos dice en otra página de su libro—es incapaz, por idiosincrasia, de aceptar el engaño de que lo mejor del mundo puede comprarse con oro ó que la riqueza del hombre consiste en la abundancia de su hacienda... Por eso, en opinión de algunos, el español pertenece al pasado; y por eso, en la de otros, parece pertenecer al futuro.»

El índice de esta obra de Mr. Ellis nos dice mejor que nada cuál es la España que él conoce.Cuál la que él canta y ama con inauditos entusiasmos:

1. El pueblo español.
2. La mujer española.
3. El arte de España.



MR. HAVELOC ELLIS

4. Velázquez.
5. La danza española.
6. Raimundo Lulio en Palma.
7. «Don Quijote».
8. Juan Valera.
9. Santa María del Mar.
10. Los jardines de Granada.
11. Segovia.
12. Sevilla en primavera.
13. La Catedral de Sevilla.
14. Montserrat.
15. Los ideales españoles de hoy.

He ahí su programa espiritual. He ahí su ruta de peregrino de arte. Y para cumplir aquél y recorrer ésta, púsose en contacto con el español humilde donde viven más puramente las viejas virtudes raciales. De ahí que adquiriera «el hábito de viajar en tercera clase. Los asientos, sin duda, son duros; pero la Compañía es excelente con frecuencia; agradable en sus modales é inofensiva en todo sentido». Ese detalle y esas palabras nos trazan vigorosamente la figura moral de Mr. Ellis y su actitud ante el pueblo español. Su intención al venir á España una y otra vez, hasta cinco, no fué anotar la velocidad de los trenes, medir la altura de los edificios, apreciar el confort de los hoteles ó contar el número de pordioseros que pululan por calles y caminos españoles. Fué la suya misión de sacerdote del arte perennemente ansioso de vislumbrar la belleza en el mundo. Porque cree que tal ansia de belleza es todo el fin á que debe anhelar la vida, como nos dice en uno de los tres volúmenes de sus *Impressions and Comments*.

España es para Mr. Ellis «la patria del romance». Por ello cree que Víctor Hugo—supremo representante del renacimiento romántico de Francia—vino aquí en busca de inspiración. «España es aún el país donde el espíritu medieval de romántica devoción está más espléndidamente incorporado y vivo.»

Su fe en la raza se advierte desde las primeras páginas de su libro. Ya en la introducción opina cómo una nación que fué capaz un día de guiar al mundo y de probar siempre su actitud para dar grandes personalidades no puede ser apresuradamente tachada de decadencia y sin bríos para ejercer influencia en los problemas humanos, ya que el español posee tal energía de espíritu que gana fuerzas hasta de la misma derrota. El cree al español estoico por excelencia. Así se explica la filosofía de Séneca, de Marco Aurelio y de Lucano de Córdoba: filosofía que responde al estoico sentido que corría por sus venas. Pero esa característica española no está huérfana de ternura ni excluye las más apacibles emociones humanas. «Cervantes, el más español de los españoles, es tan dulcemente humano como Chaucer.» Y si alguien nos recuerda que fué España la cuna del inquisidor Torquemada, podemos responderle que fué también la de aquel monje que hace seis centurias fundó el primer hospital para dementes.

En ese tono de simpática comprensión y amabilidad erudita está concebida toda la obra de Haveloc Ellis, que quisiera que la España de hoy no olvidara sus viejas virtudes heroicas ni dejara morir sus bellas costumbres nacionales adulterando



«La dama de Elche», supremo tipo de la primitiva escultura ibérica (¿440 a. de C.), cuya fotografía aparece al comienzo de «El alma de España»

sus danzas, «únicas en Europa por su gracia, su atractivo y su antiguo abolengo»...

•••••

El otro libro hispanófilo á que aludimos—*Sonnets with Folk Songs from the Spanish*—, publicado en 1925, es gemelo en su valor hispanista de «El alma de España». En él nos ofrece Mr. Ellis—junto á unos sonetos originales que escribió en sus años de juventud, entre los diez y siete y los veinticinco, concluyéndolos allá por el 1885, cuando estudiaba Medicina en el hospital de Santo Tomás, en Londres—algunas de las más afortunadas versiones que ha hecho á su lengua vernácula de coplas y cantares españoles.

En 1890 hizo su primer y memorable viaje á España. Aquí se puso en conocimiento del *folklore* español advirtiéndolo su importancia con respecto á la vida de este pueblo. El azar colocó en sus manos un tomito de los *Cantares populares*, recopilados por D. Ramón Caballero, y desde entonces volvió los ojos con fascinadora frecuencia á las páginas donde cantaba el corazón de España. «Porque hay algo de cautivador en estas canciones, y sin duda nadie que haya escuchado una *saeta* de labios de una muchacha, puesta en tierra las rodillas, cuya devoción habrá tenido muchas reservas que vencer, cuando la imagen de la Virgen es lle-

vada á lo largo de la calle en solemne procesión, es susceptible á olvidar tal experiencia.» Así nos explica Mr. Ellis en el *Preface* de su obra lírica, cómo se puso en contacto con la poesía popular española.

Pero no fué hasta el año 1901 cuando tuvo la idea de traducir al inglés los cantares que desde entonces conocía. Y así, indisciplinadamente, mientras viajaba de uno á otro extremo de Europa—*from Carbis Bay in Cornwall to Mount Lycabettos in Greece*—iba apuntando en un cuadernillo su versión de las coplas que ya no sólo incluía las de Caballero, sino también las de Alonso Cortés y las de Rodríguez Marín.

Y ahora, en 1925, nos ofrece algunas de ellas, las más felizmente traducidas. Algunas de las que, adaptadas á la lengua inglesa, conservan mejor el tono y el colorido populares. Bástenos una prueba para ver hasta qué extremo se ha compenetrado Mr. Ellis del sabor folklórico de España:

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te di.

*There remain with me two kisses
I never may forget:
The last my mother gave me
The first on my lips you set.*

O esta otra:

El demonio son los hombres,
dicen todas las mujeres;
y luego están deseando
que el demonio se las lleve.

*That men are the very devil
Is what all women say;
And yet they all are longing
For the devil to bear them away.*

•••••

He ahí brevemente expuesta la labor hispanista de Haveloc Ellis. He ahí los nombres y el espíritu de sus dos obras de homenaje á España. Con ellas ha ganado para España innumerables adictos, que atraídos por los encantos que él pregona con inaudito entusiasmo sueñan vivir unos días, unos meses, unos años, la poesía de la patria del romance. Por ello España—que no siempre oye voces de justicia—debe gratitud á Mr. Ellis. Por eso nosotros—hispanoamericanos que sentimos legítimamente el amor de nuestra raza y el culto de nuestras tradiciones—hemos querido anotar estos comentarios que ojalá consigan despertar en el lector la curiosidad de hojear esos libros del erudito inglés, que, sin duda de ningún género, han de mostrar á los mismos españoles muchas de sus propias virtudes desconocidas y muchos de sus ignorados tesoros...

José A. BALSEIRO

LOS BELLOS PAISAJES ESPAÑOLES

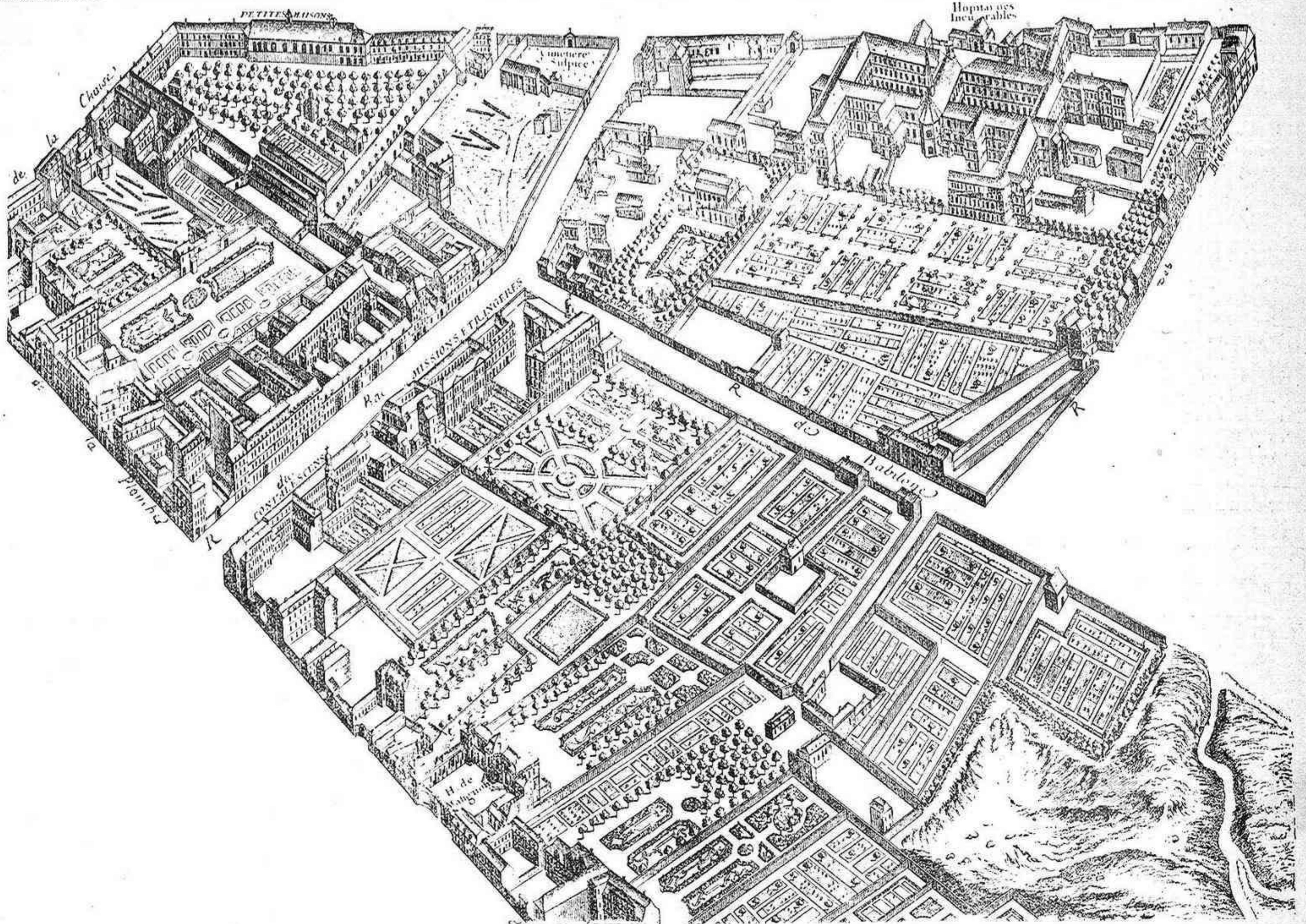


CAMARAFIO

Cataluña es una de las regiones españolas más ricas en paisaje y en color típico. Se da en ella desde el paisaje abrupto y montañoso hasta la perspectiva suave y mansa de los campos junto al mar. La fotografía de esta página reproduce un delicioso paisaje catalán: las orillas del Río Fluviá, en los alrededores de Olot (Gerona)

FOT. ANTONIO FORTTE

LA "RUE DU BAC"



Una perspectiva de la "Rue du Bac", según la reforma de Turgot (1734-1739)

La *rue du Bac* arranca del Sena, frente a las Tullerías, a la salida de *Pont-Royal*, en el *Quai Voltaire*, y llega hasta la calle de Sévres, donde se llama ya calle de San Plácido y luego de Nuestra Señora de los Campos. Los nombres definen ya la época y dan idea de su historia, que no se remonta muy lejos, porque no llega a tres siglos, lo cual es mucho para Nueva York, pero casi nada para París. Donde hoy está el *Pont-Royal* había antes un «bac, una barca», para pasar y repasar todas las piedras, materiales y otras cosas necesarias a la construcción de las Tullerías y que provenían de las canteras de Notre Dame des Champs y de Vaugirard. Era, al principio, un camino de carros que atravesaba tierras de labor, y no empezó a transformarse hasta fines del reinado de Luis XIII, al mismo tiempo que se desarrollaba el *faubourg Saint-Germain*, del que fue pronto la arteria principal. En el siglo XVII la invadió el clero, construyendo precipitadamente edificios de munición, hospitales, conventos, hospicios... La barca de Catalina de Médicis fue substituída por un puente de madera, el Puente Rojo, que se quemó una vez y otra se lo llevó el agua, hasta que en 1685 ordenó Luis XIV construir un puente de piedra que se llamó el Puente Real, y que cuatro años más

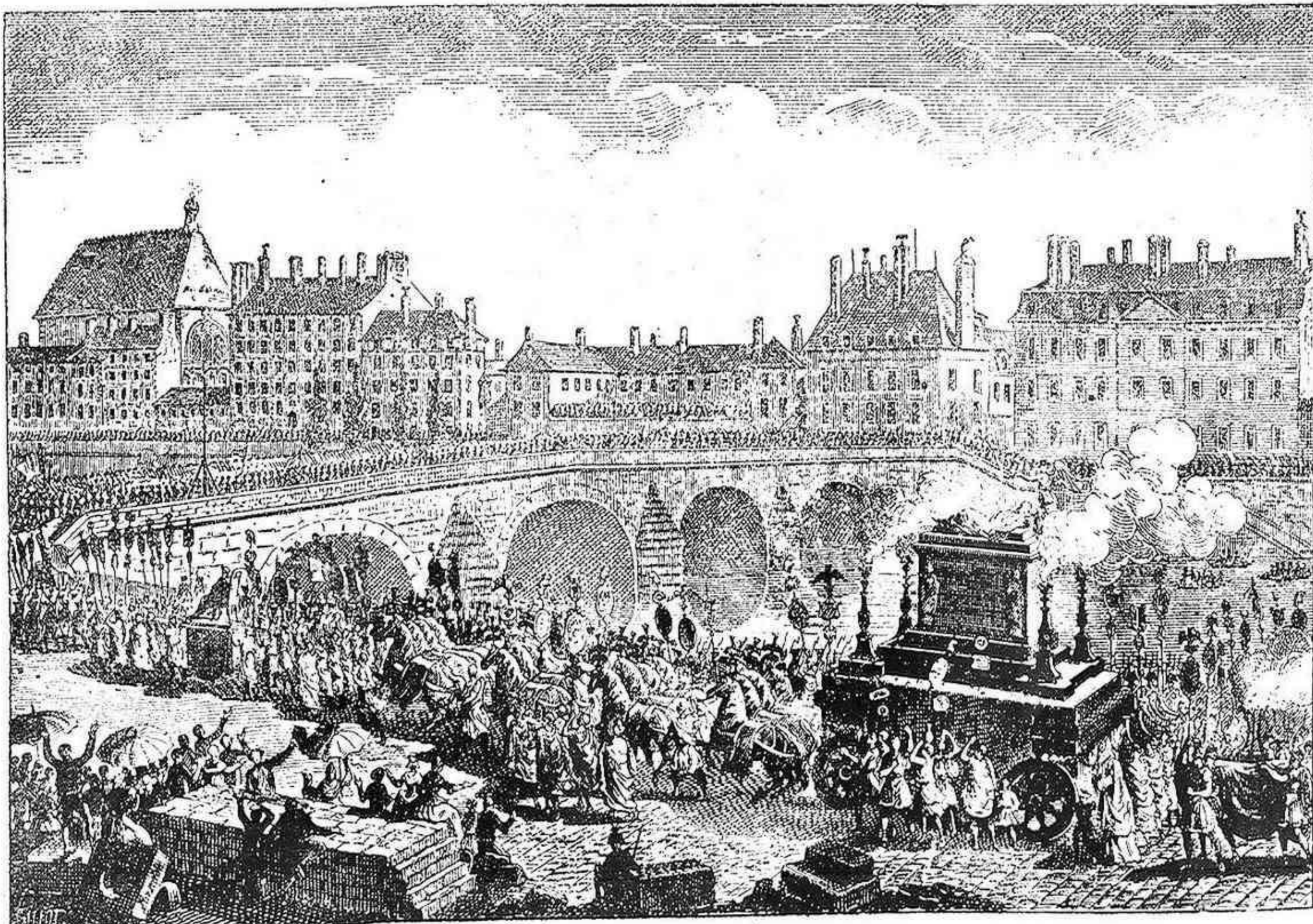
tarde estaba terminado, bajo la dirección de Mausart y de fray Romain, de la Orden de los Jacobinos. Desde entonces, la moda eligió el *faubourg Saint-Germain* como centro de la elegancia. Los mejores hoteles se alzaron en la *rue du Bac*, a dos pasos de las Tullerías.

Durante todo el siglo XVIII vivió la calle en pleno esplendor, como todo el *faubourg Saint-Germain*. Después de la Revolución empezó a decaer. Su cronista, Carlos Duplomb, que le ha dedicado un libro, dice melancólicamente:

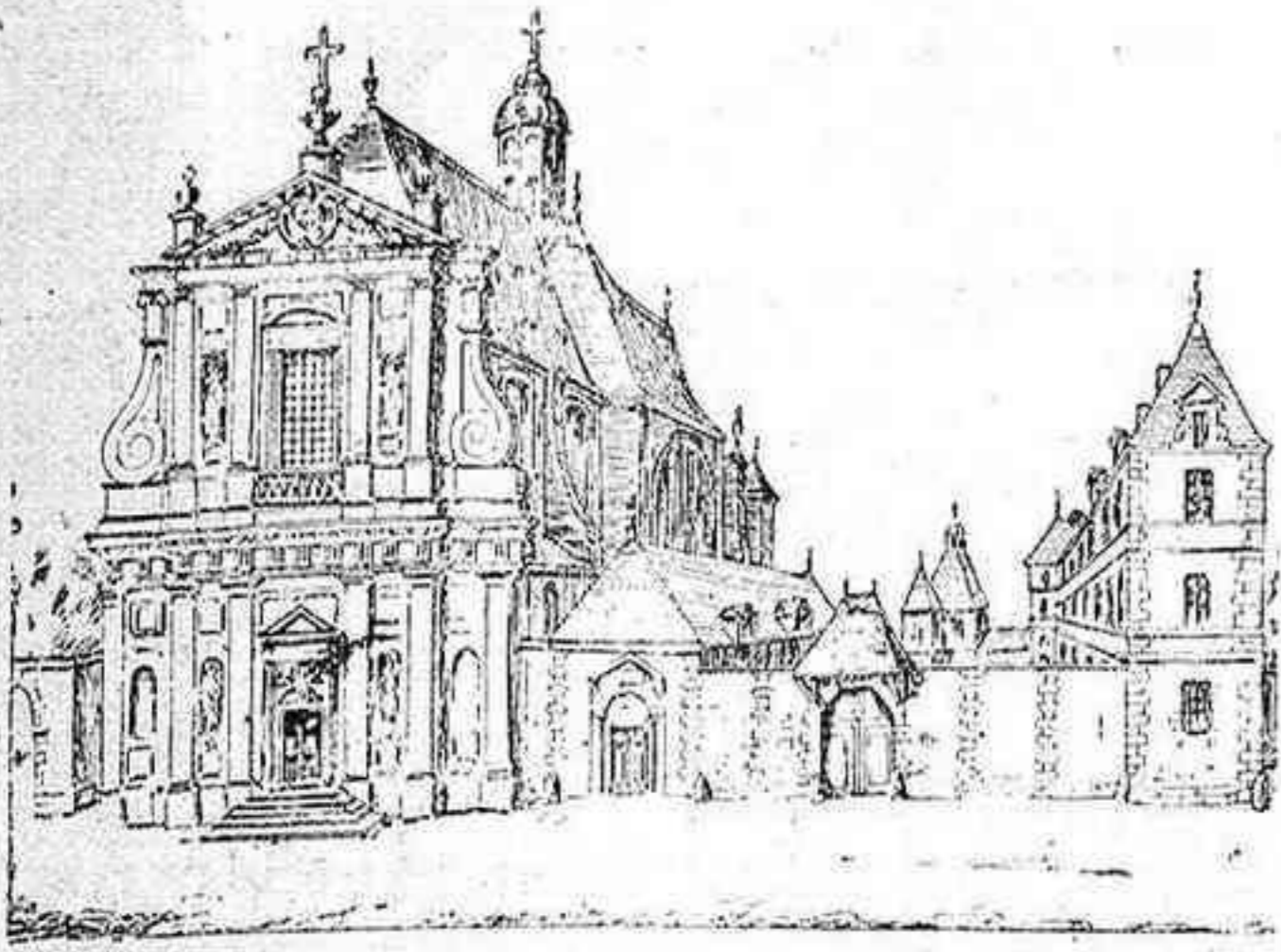
«Pronto el barrio noble habrá sufrido por completo el destino del *Marais* y de la *Chaussée d'Antin*. No será ya sino una expresión histórica. En cuanto a la *rue du Bac*, ha llegado a ser el refugio de pacíficos rentistas y funcionarios retirados. Los hoteles, abandonados para siempre por la aristocracia francesa, se han transformado en tiendas y en casas de alquiler. *Sic transit gloria mundi*».

El *sic transit* nunca está mal en un libro de historia; pero en este caso es insustituible porque las glorias de la *rue du Bac* eran las más frágiles y perecederas glorias del mundo. M. Carlos Duplomb desentierra unas cuantas.

Por ejemplo: El cura de San Sulpicio, Saugnet de Gergi, que tiene en su iglesia una estatua, y aunque hombre caritativo



El triunfo de Voltaire, según una estampa de la época

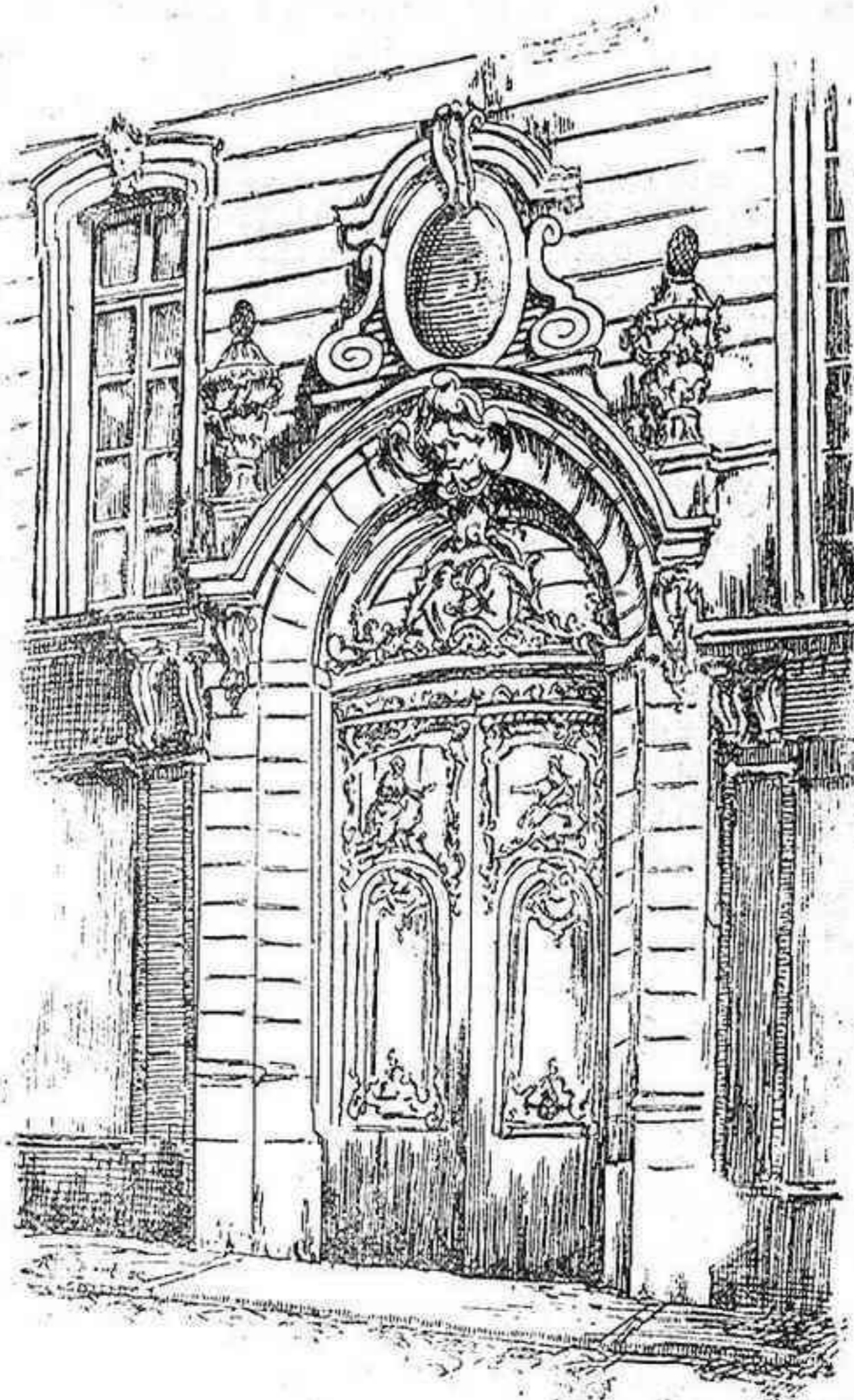


La calle del Bac, vista desde la de la Universidad

no usaba siempre procedimientos del todo correcto. Este es el P. Sagnet, que embelleció la capilla de la Virgen con una estatua de plata maciza, llamada *Nuestra Señora de la vieja vajilla*, en recuerdo de los cubiertos de plata que tomaba á sus feligreses siempre que iba á comer á su casa. Esta imagen fué convertida en moneda durante la Revolución y reemplazada por otra de mármol blanco, obra de Pigalle, que todavía está hoy. Este es también el cura que, según fama, se negó á que fuera enterrada en sagrado la gran actriz Adriana Le Couvreur.

Allí, en la *rue du Bac* estuvo el hotel de los Mosqueteros Grises, hasta que los licenciaron en 1775, y en el mismo solar se construyó el mercado de Boulainvilliers. Allí se instalaron los dominicos y los jesuitas. El convento de los primeros fué convertido en arsenal y luego en Museo de Artillería.

El número 46 es el antiguo hotel de Jacobo Samuel Bernard, «predecesor de los Rothschild, de los Pereire, que murió en 1739, dejando veinte fincas y señoríos, y una fortuna de treinta y tres millones». Voltaire conoció á Bernard, que era hugonote y «tratante», es decir, contratista de las rentas reales, y decía de él que era un hombre ebrio de una especie de gloria, poco frecuente en su profesión, que amaba con pasión todos los esplendores y que sabía muy bien que un ministro puede devolver con ventaja lo que se arriesgue en su favor. Cuentan que estando una vez Luis XIV un poco apurado solicitó por tercera persona considerables anticipos: «Cuando se necesita algo de la gente—respondió el riquísimo banquero al ministro Chemillart—, lo menos que se puede hacer es pedirlo uno mismo.» Luis XIV consintió. Recibió al financiero en su castillo de Marly, obtuvo de él más de lo que esperaba y le recompensó nombrándole consejero de Estado y conde de Coubert. A él aludía Montesquieu: «Todo está perdido cuando la profesión lucrativa de los *tratantes* logra ser por sus riquezas una profesión honesta... Los otros estados tienen razón en disgustarse; el honor pierde toda su consideración; los medios lentos y natura-

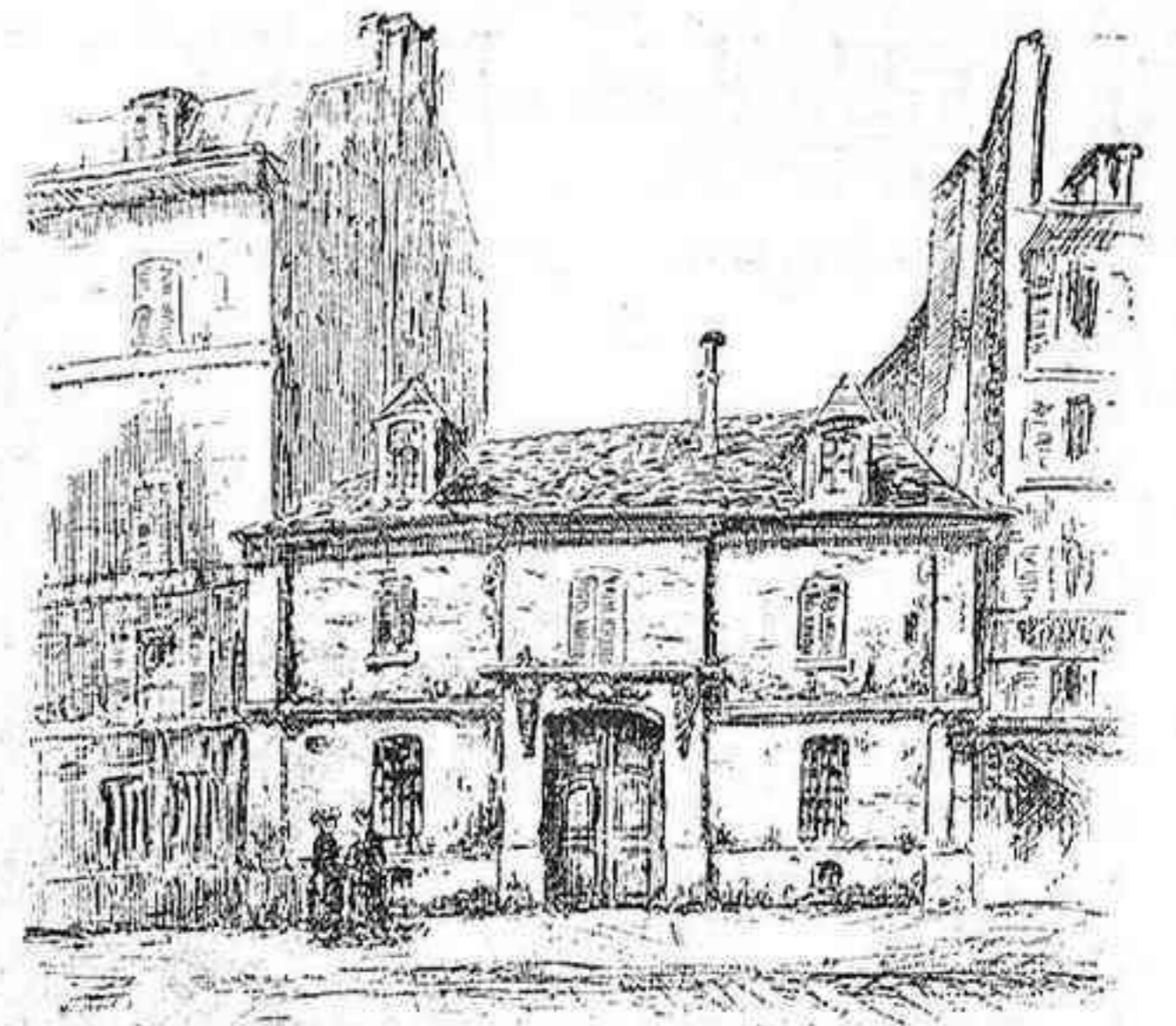


Puerta del hotel Samuel Bernard

les de distinguirse no interesan y, ya el Gobierno está herido en sus principios.» Catorce años le bastaron al hijo de Samuel Bernard para arruinarse, derrochando pródiga y locamente la fortuna del banquero de Luis XIV. Bien es verdad que Jacobo Bernard no heredó hasta los 52 años y necesitaba desquitarse de tan larga espera.

El inmenso hotel de Samuel Bernard era uno de los más hermosos de París, y su salón monumental tenía fama de ser el mejor, aparte el de Soubise, donde hoy están los archivos nacionales. Sólo las maderas, que compró Rothschild, valieron el siglo pasado 250.000 francos. Allí se instaló el Fomento de la Industria Nacional, fundado por la Revolución el año x, que presidió largo tiempo el célebre químico Chaptal.

En 1711 vivía en la *rue du Bac* el duque de Alba, embajador de Felipe V, rey de España; y en ese mismo hotel murió. Saint-Simon, que habla de él muchas veces con gran elogio, refiere del padre del embajador el siguiente hecho, que le parece muy interesante al cronista de la *rue du Bac*: «Sostenía el duque á una amante, que cansada de él se le escapó. Lleno de desesperación, la hizo buscar por toda España, hizo decir misas y otras devociones para hallarla, que tanto puede la religión en los



El hotel famoso de la Valliere

países que cuentan con una Inquisición, y, por fin, hizo voto de permanecer en la cama, tendido del lado derecho y sin moverse, hasta que pareciera.» Ni Saint-Simon ni el buen cronista nos dicen si pareció la dama, y yo tengo el propósito de ir á buscar noticias á algún archivo de papeles inéditos, porque supongo que no consta el caso en ningún libro. También vivió allí—en 1779—el duque de Osuna. Y el príncipe de Chimay, grande de España.

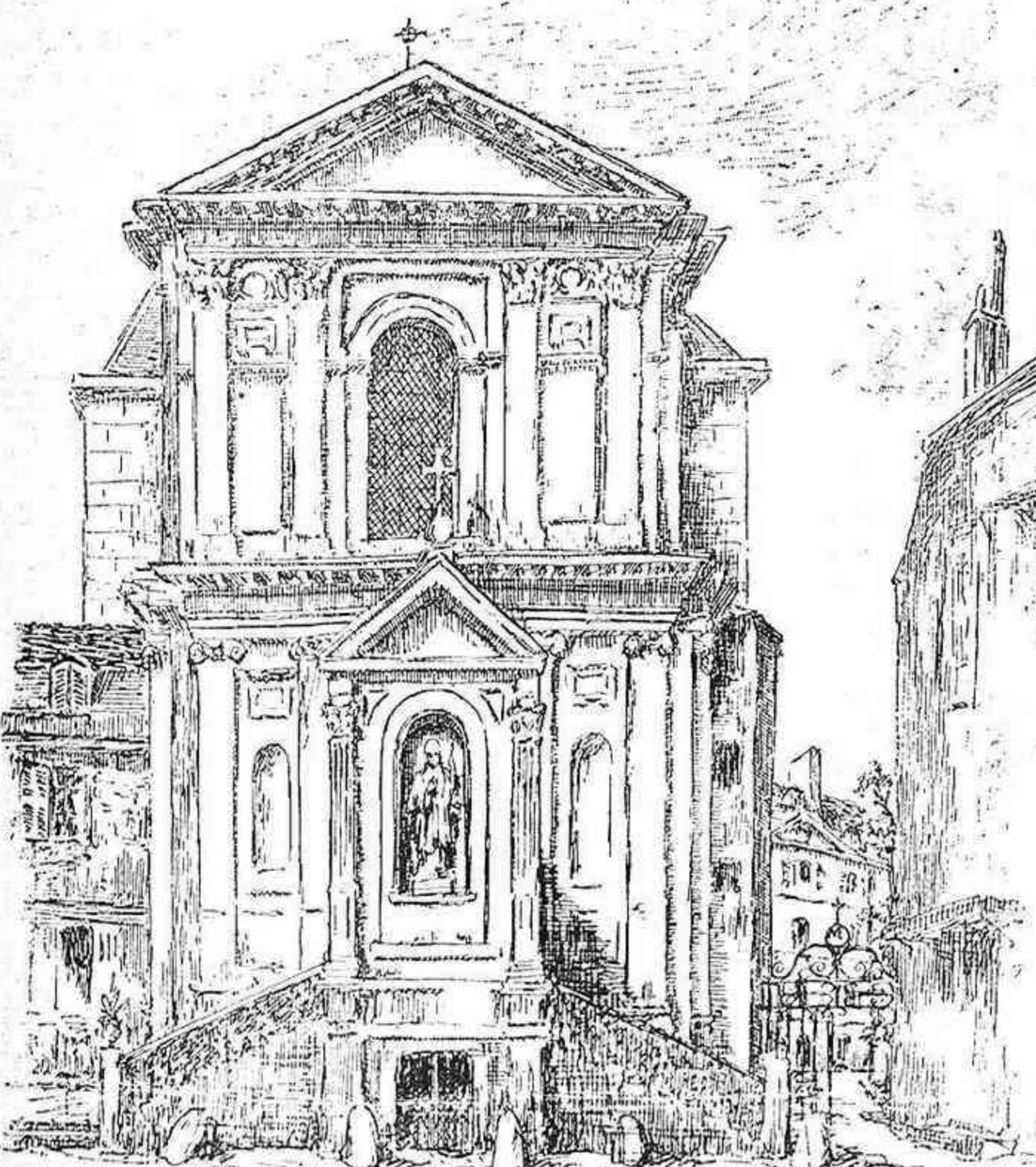
Toda la historia de la Revolución puede seguirse desde esas casas en que se albergaron primero los aristócratas y luego sus perseguidores. Muchos diputados de la Convención: Duhem, el médico de Lille, dantonista feroz; Lecointre, vendedor de telas en Versalles; Lesage-Senault, violento y apasionado en sus discursos como en sus actos; Berlier, juriscónsulto que luego fué conde en el Imperio; el cura Paganel, profesor de un colegio de Francia... Todos ellos votaron la muerte de Luis XVI.

Allí vivieron generales de Napoleón. Entre ellos Chabert, «que mandaba la vanguardia en el desdichado negocio de Bailén, donde le mataron dos caballos. El Consejo de Guerra les eligió á él y al general Marescot para que trataran la capitulación. Al volver á Francia le prendieron y le destituyeron.

En la *rue du Bac*, número 112, murió Chateaubriand el 4 de Julio de 1848, á los ochenta y cuatro años, según reza una placa de mármol en la fachada del piso bajo.

Por el *Pont-Royal*, que da entrada á la calle, pasó el día 11 de Julio de 1791 el famoso cortejo que conducía á la iglesia de Saint-Germain los restos de Voltaire. Venía el cortejo de la plaza de Bastilla, y era el propósito pasar ante el hotel de los marqueses de Villette, en el que Voltaire había muerto el 30 de Mayo de 1778. Ese grabado, de Prieur, representa el paso del catafalco, tirado por dieciséis caballos, y es un buen recuerdo del triunfo de Voltaire. Con ello pondremos aquí punto á esta breve reseña de las glorias de la *rue du Bac*.

MARTÍN BAYLE



Iglesia de las Misiones extranjeras



La "rue du Bac" después del incendio



LA MODA FEMENINA



He aquí un elegante y encantador trajecito, hecho sencillamente en terciopelo de Smyrna color rosa viejo
Modelo Worth



Esta deliciosa creación de Worth se hace en «kasha» color verde almendra, con bordados en chinchilla del mismo tono



Este modelo, creado por Amy Linker, se hace en terciopelo de China verde, con un sencillo adorno de encaje
FOTS. HUGELMANN

Las modas de otoño están en su momento de más apogeo. Las calles, los paseos, los teatros, las fiestas, son el marco á los trajes sencillos ó recargados, sobrios ó suntuosos, tradicionales ó audaces. En esas modas de otoño, justo es reconocerlo, las novedades han sido bien escasas. Las «toilettes» de ahora apenas hacen más que seguir la trayectoria marcada por los modelos anteriores.

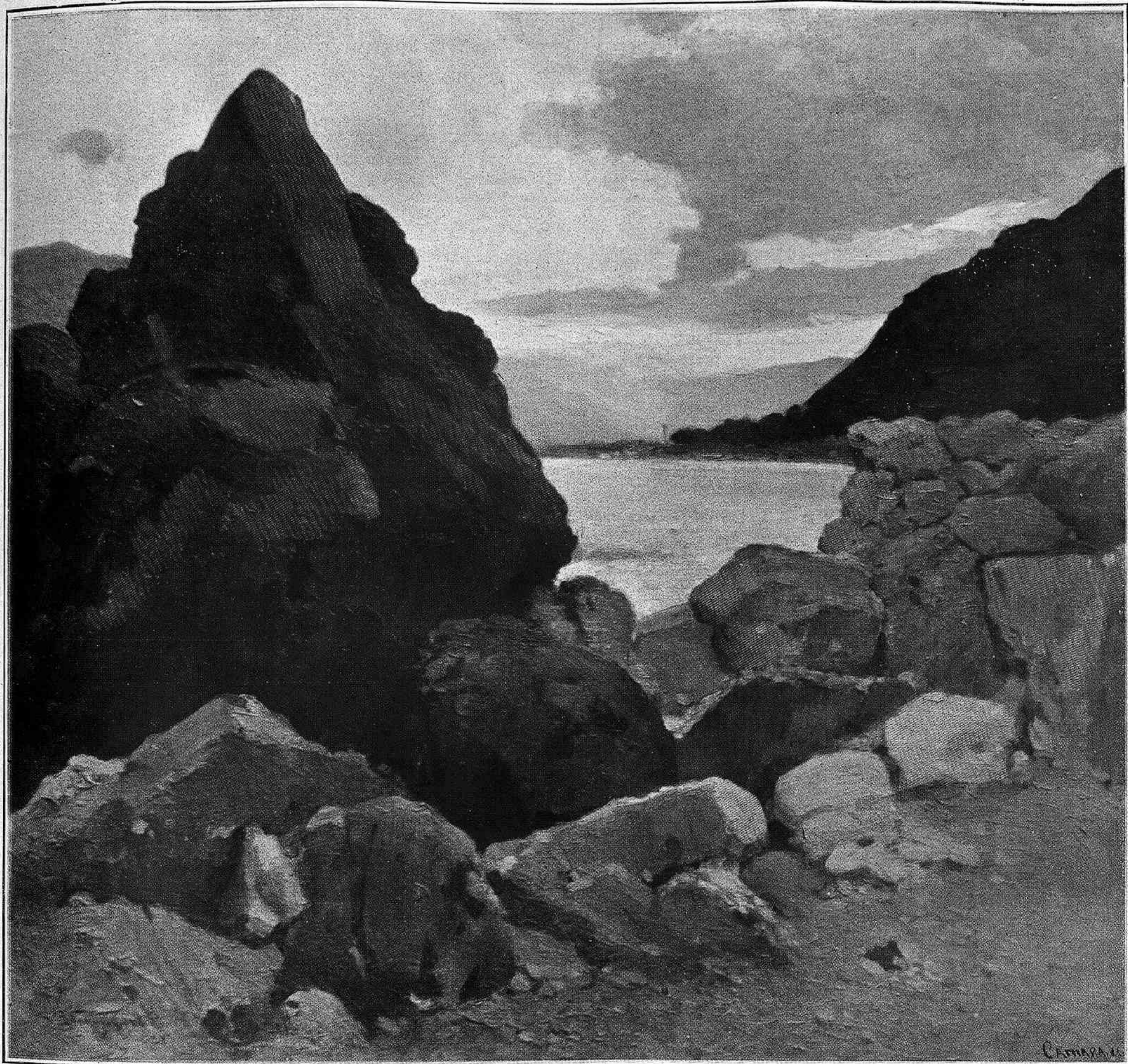
No hay esos bruscos altibajos, esas audacias, esas sorpresas que antes eran la nota más sabrosa de la moda.

Estas «toilettes» de otoño son las que, por decir así, están *en activo*, están en uso... Las que aún no han salido á la calle son las de

invierno, que ya se esbozan y se presienten. Están aún en la imaginación, en el pensamiento y en los talleres de los modistos.

¿Traerá la moda de invierno esas grandes novedades y esas *épatants* audacias que la moda de otoño no ha traído? Lo hasta ahora esbozado, presentido y adivinado, parece dar una respuesta negativa á esa pregunta. La moda de invierno seguirá la trayectoria uniforme y serena de los últimos tiempos. Esto es lo probable... Pero la moda es... la moda—lo efímero, lo mudable, lo imprevisto—, y á pesar de todas las probabilidades cabe esperar de ella siempre cualquier impensada audacia ó cualquier maravillosa innovación...

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



"Piedras de El Morlaco" (Málaga), cuadro original de Ricardo Verdugo Landi, expuesto en el último Salón de Otoño

Marcharme en este atardecer
á bordo de un buque cualquiera,
sin la lágrima de una mujer
y sin despedirme siquiera.
Marcharme en este atardecer.

Fumar y hablar con el piloto
de todo, sin literatura,
y ver el horizonte roto
con la flecha de la aventura.
Fumar y hablar con el piloto.

Fondear en un lejano puerto,
y sin haber desembarcado
creer que hay un balcón abierto

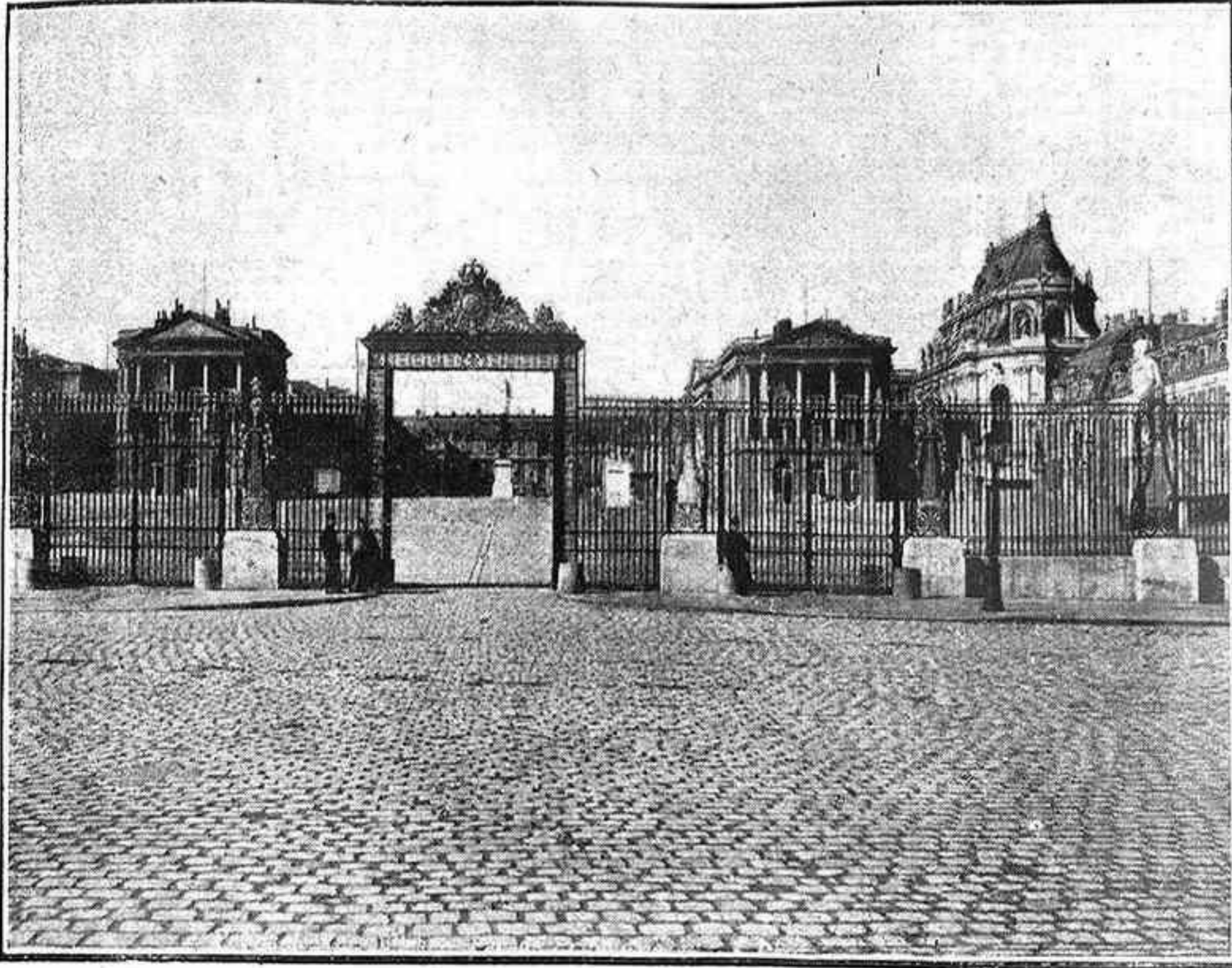
CANCIÓN DE AVENTURA

y que una muchacha me ha mirado.
Fondear en un lejano puerto.

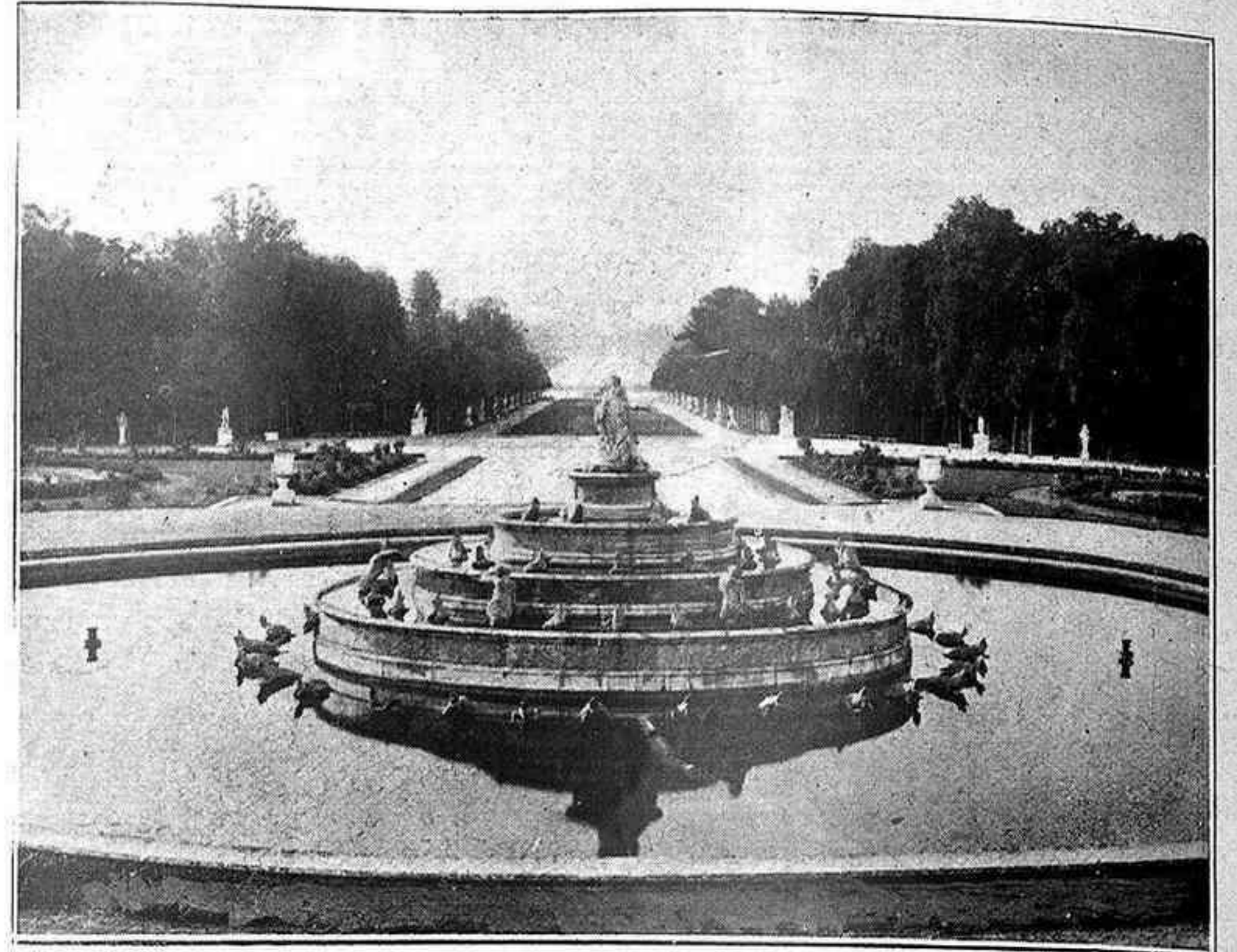
Ir por la noche á un cabaret,
y entre la risa y el champaña
amar á una mujer que fué
anarquista y rubia en España.
Ir por la noche á un cabaret.

Y no regresar nunca más.
Dar á los remotos vientos
mi vida, por dejar atrás
amarguras y aburrimientos.
Y no regresar nunca más.

J. DÍAZ-FERNÁNDEZ



Fachada principal del Palacio de Versailles



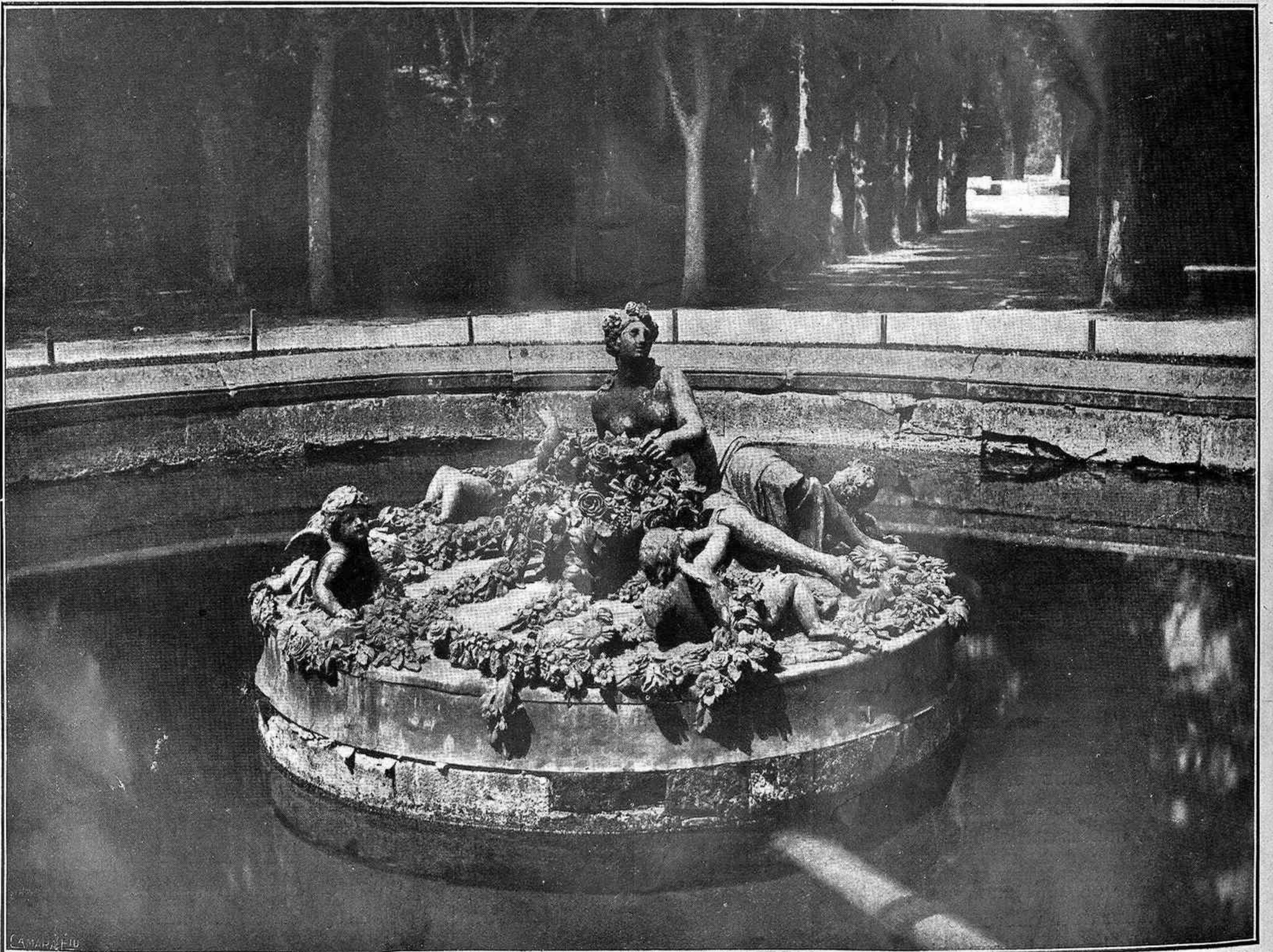
Estanque de Latona y el Tapiz Verde en el parque de Versailles

A sí como Saint-Cloud es ahora triste hasta la angustia, Versailles es alegre aun en su decadencia, alegre á la manera de una vieja dama que hubiese amado mucho y aceptara la vejez entre sonrisas. Sonrisas constituyen los mil detalles de sus edificios y de sus interiores, en medio de la gran sonrisa de sus magníficos jardines, de modo que, cuando visitamos semejante esplendor sonriente, sonreímos también. El aura de la historia nos llega entonces perfumada por pétalos que se renuevan todas las primaveras, y la melancolía del

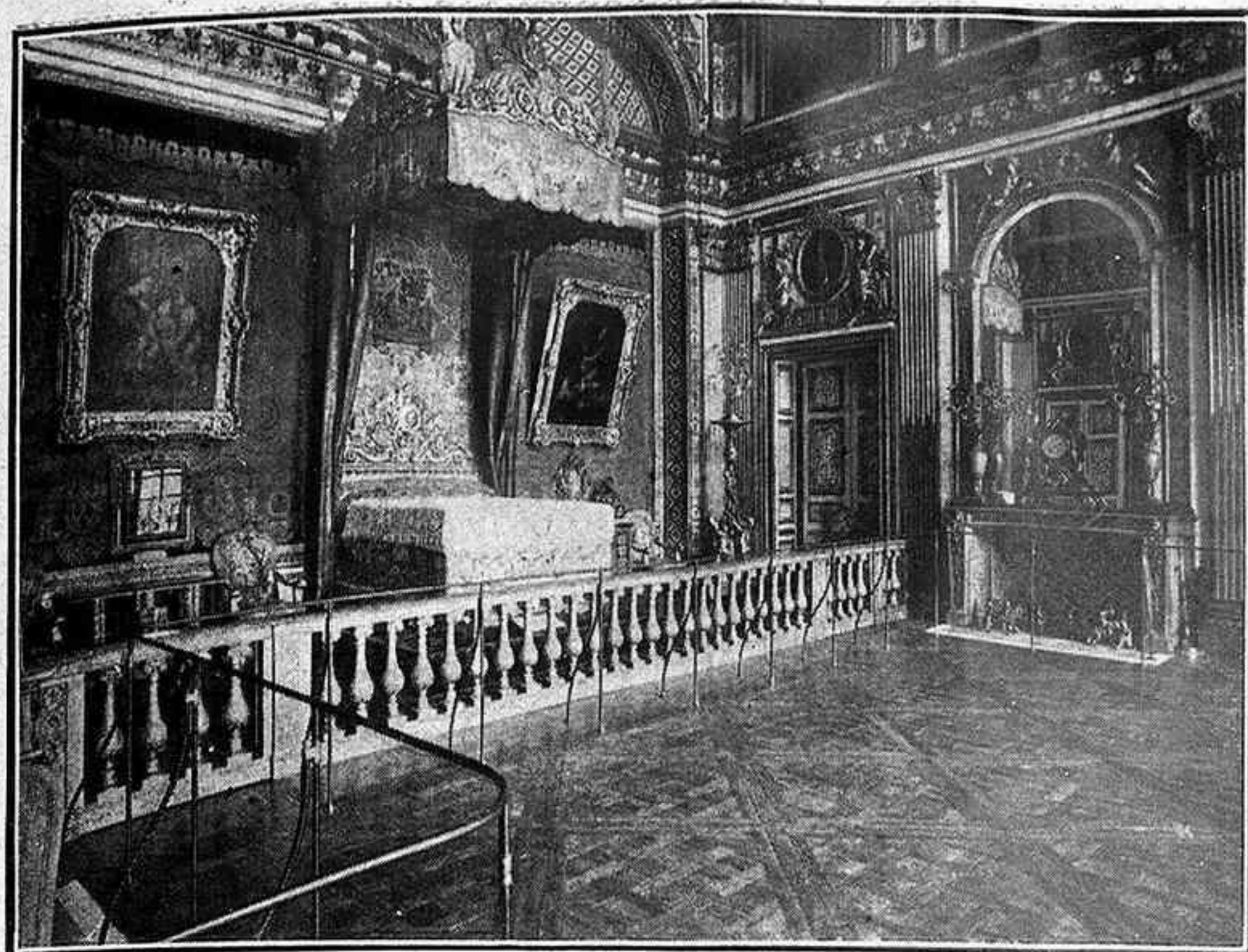
tiempo se engalana de encajes un poco amarillentos ya... En Versailles no hay ocasión, aunque sí habría motivo, de evocar revoluciones ni tragedias de ningún orden, sino períodos muy felices que no habrán existido acaso y escarceos de amor que han existido desde luego. Porque sin duda no se ofrece en parte alguna á nuestra curiosidad estremecida un tan cabal escenario galante.

¡Cómo madrigaliza bajo el cielo cada rincón de este lugar de encanto, cuyas brisas suenan á besos frívolos, cuyos boscajes conjuran citas dulces!...

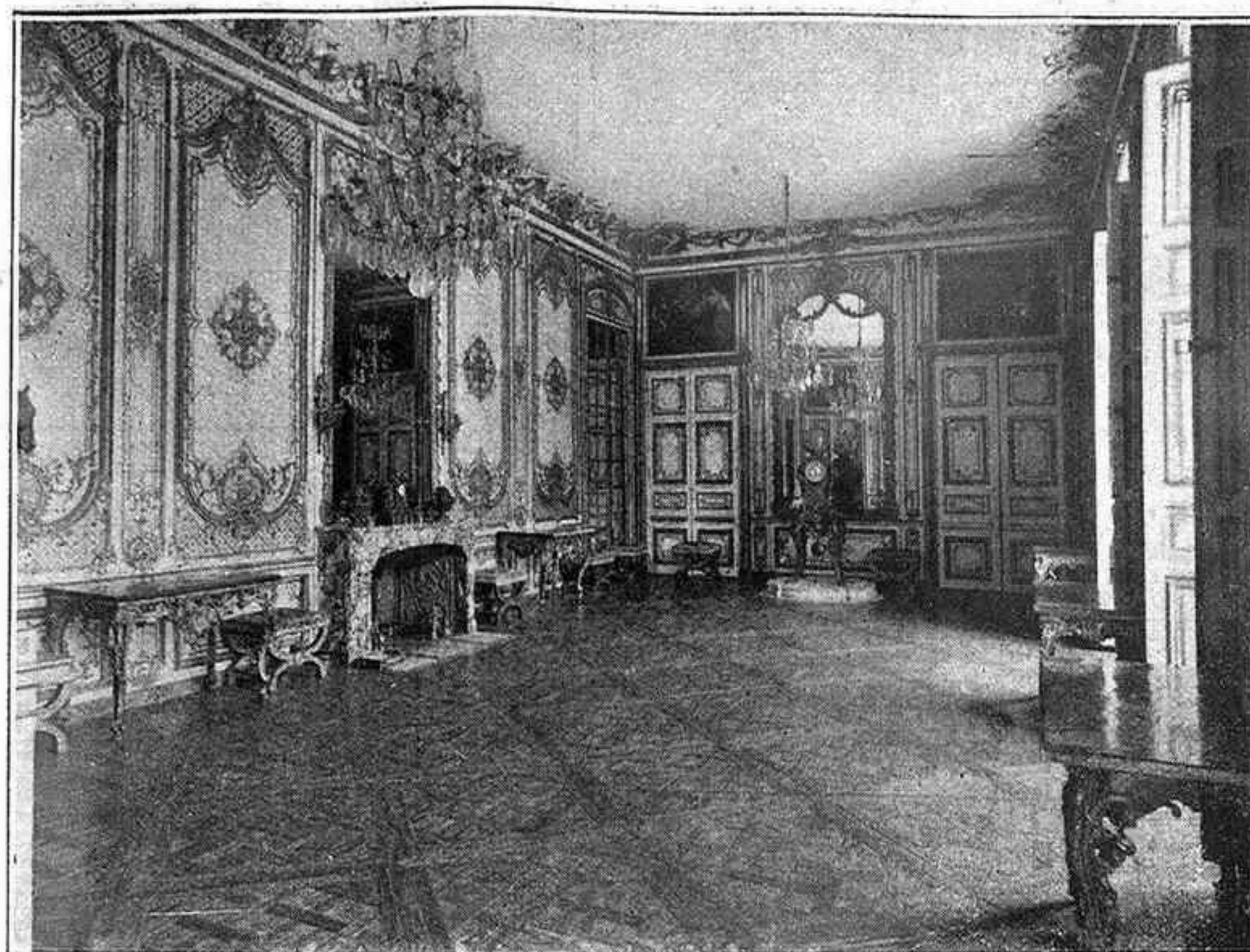
De continuo sale á nuestro encuentro la peor comprendida y la más deliciosa de las Grecias, una Grecia sin pasiones magnas y con lazos de raso, que celebra bacanales donde no se despedaza á Orfeo y los tirsos tienen amaneramientos exquisitos. Estamos en un país de abanico ó en una Jauja de opereta, é incluso el lujo increíble de sus palacios sabe asombrarnos no abrumándonos á lo largo de hiperbólicos salones. Y siempre, siempre, lo mismo dentro de las regias viviendas que á la sombra de los copudos árboles nos persigue idéntica



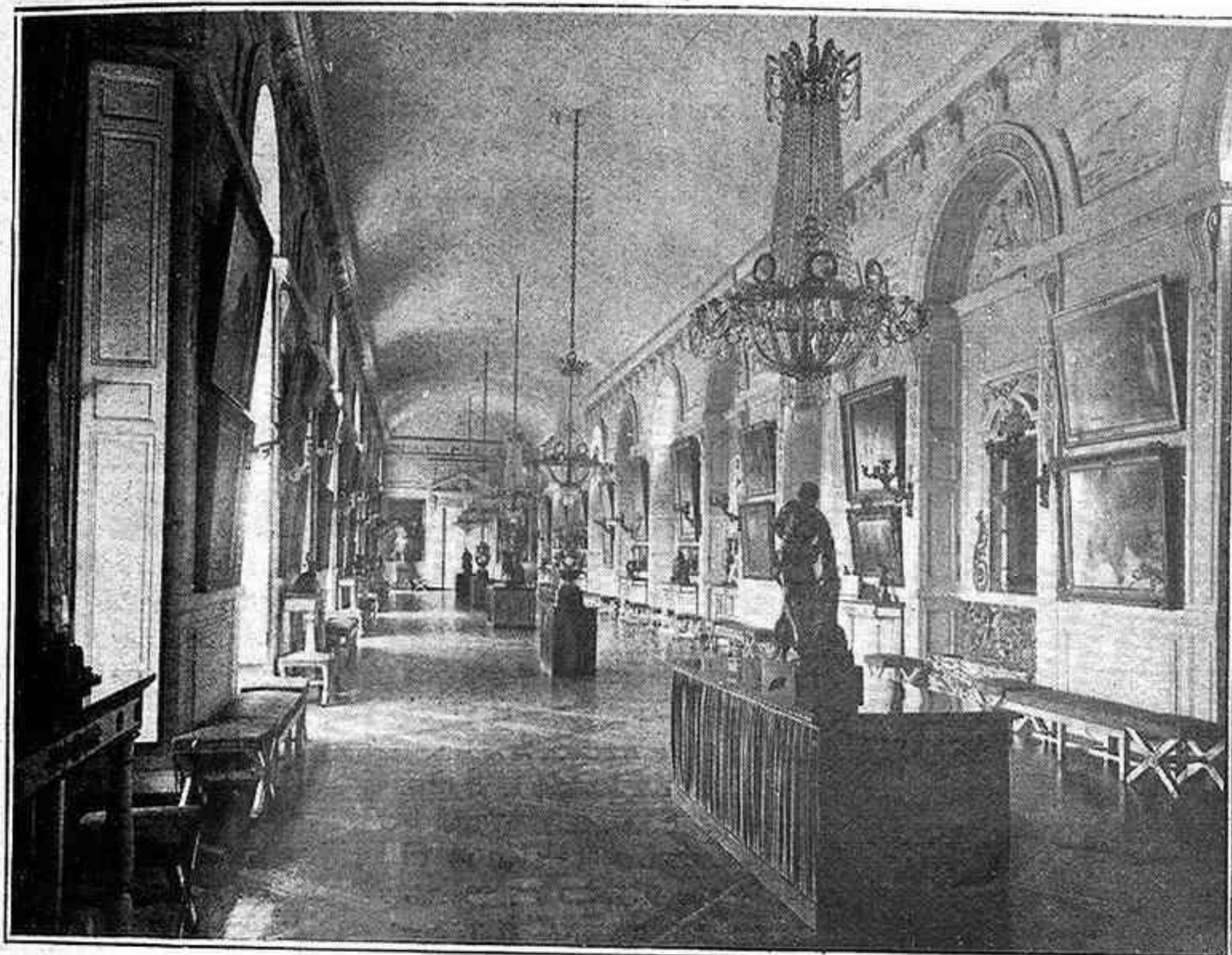
Estanque de Flora y perspectiva de verdor en el antiguo real sitio



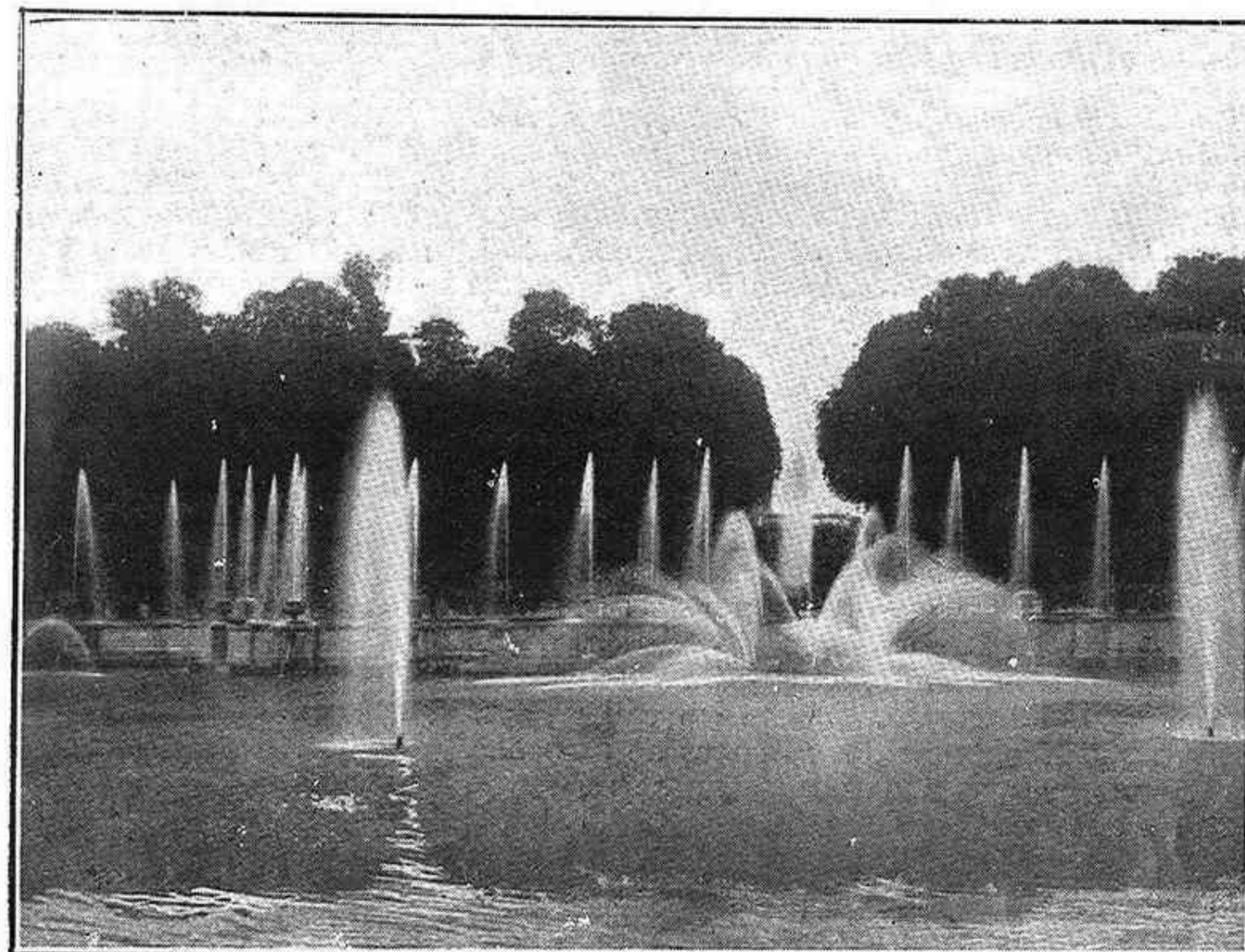
Dormitorio de Luis XIV en el Palacio de Versailles



Salón de los relojes pertenecientes a los aposentos de Luis XV en el mismo Palacio



Unos de los salones del Gran Trianon



Aspecto del estanque de Neptuno

sensación de amor, revoloteando en torno nuestro, cual jugueteo de mariposas.

¡Versalles!... A la memoria vienen nombres que se amalgaman con los mirtos y las palomas de Afrodita: la Vallière, la Montespan, la Maintenon, la Pompadour, la Du Barry, Luis XIV; el caballero Casanova paseó por acá sus artimañas de tramposo y sus cualidades donjuanescas, erudito y gallardo, simpático y disertó.

Ronda de sátiros y ninfas con casaca y *paniers*, nos saludan sus fantasmas lejanos en un jocundo efecto de cronológico espejismo, mientras deshojan sobre sus cabezas simbólicas guirnalda esos

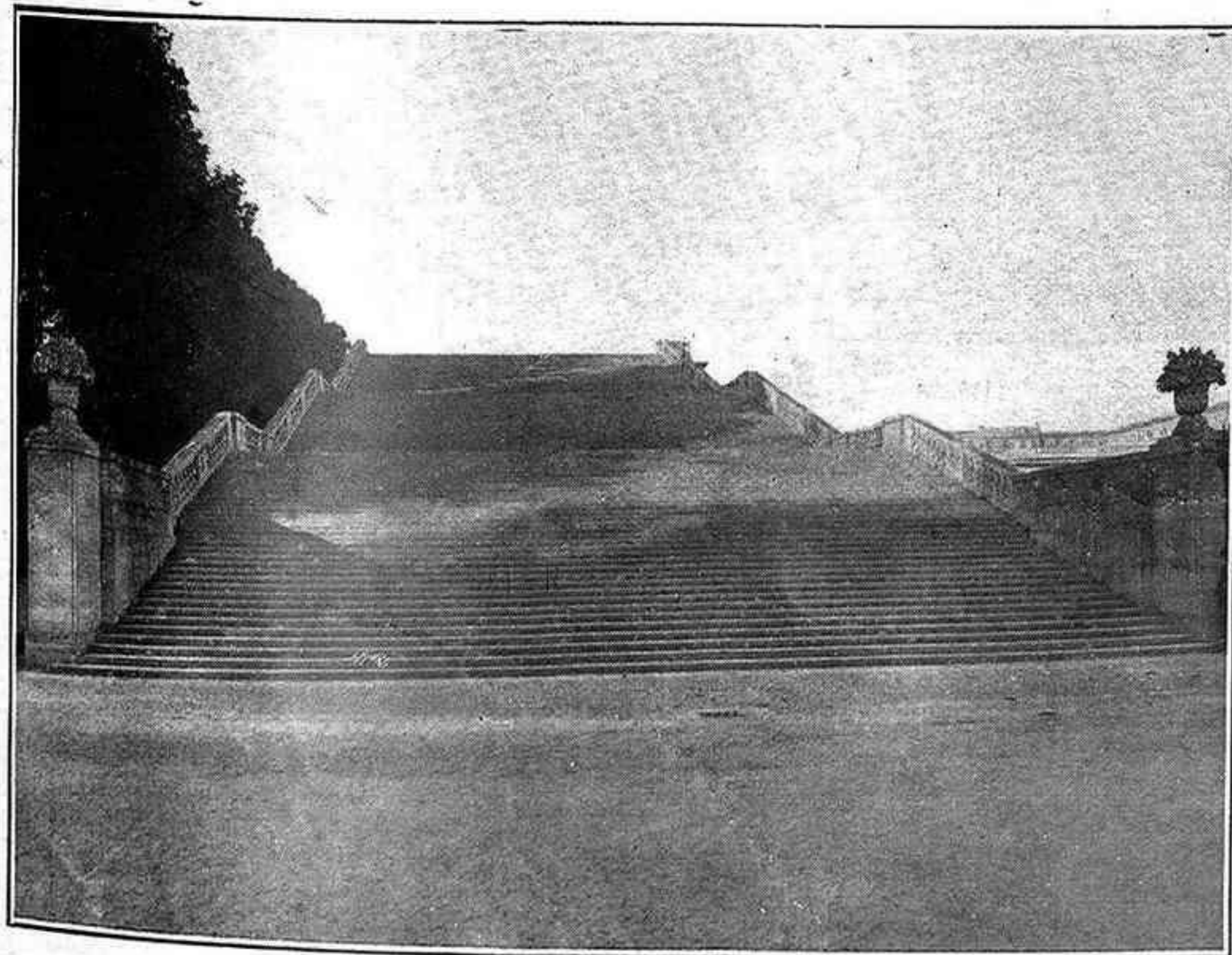
alados niños que pululan alrededor en pinturas murales.

Los días de gala se irisa al sol el agua de las versallescas fuentes, lluvia de pedrerías desmenuzada en torno á mármoles de asuntos mitológicos, y sólo rompe el prestigio mirífico de la decoración un vulgo «municipal espeso» que lo mancha con la nota obscura de su indumento desairado; pero la magia del paraje triunfa de sus profanadores á la postre, ni más ni menos que triunfa de la muerte y del olvido.

Cuentan las crónicas que el emplazamiento de Versailles era lúgubre á principios del siglo XVII; una

colina coronada por un torreón feudal y escalada en una de sus pendientes por la lepra de mísera aldehuela; al pie pudríanse charcas pantanosas, y rodeaba el conjunto un bosque tético. ¿Quién pudo realizar el milagro?... Caprichos de monarca al pronto, y después, principalmente, móviles eróticos, que fueron hermoseando poco á poco el sitio para recreo de favoritas. A ello obedece lo de que nada reste de la antigua adustez y lo de que perdure, en cambio, la gracia taumatúrgica de esta necrópolis de amor que todavía se nos antoja un paraíso.

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA



Escalera llamada de los Cien Peldaños en los jardines de Versailles

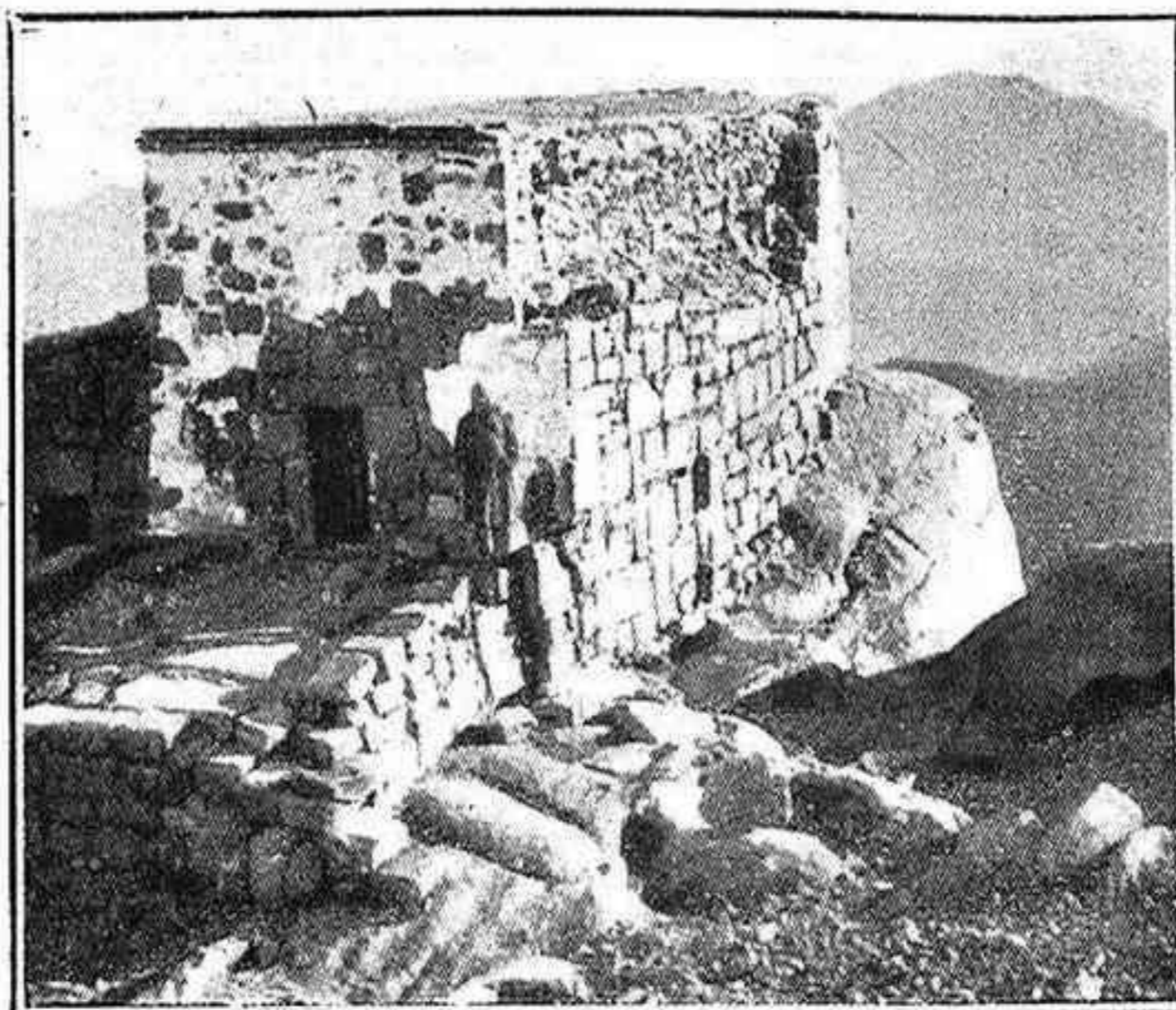


Las Rocallas, conocidas también por la Sala del Baile, en los jardines de Versailles

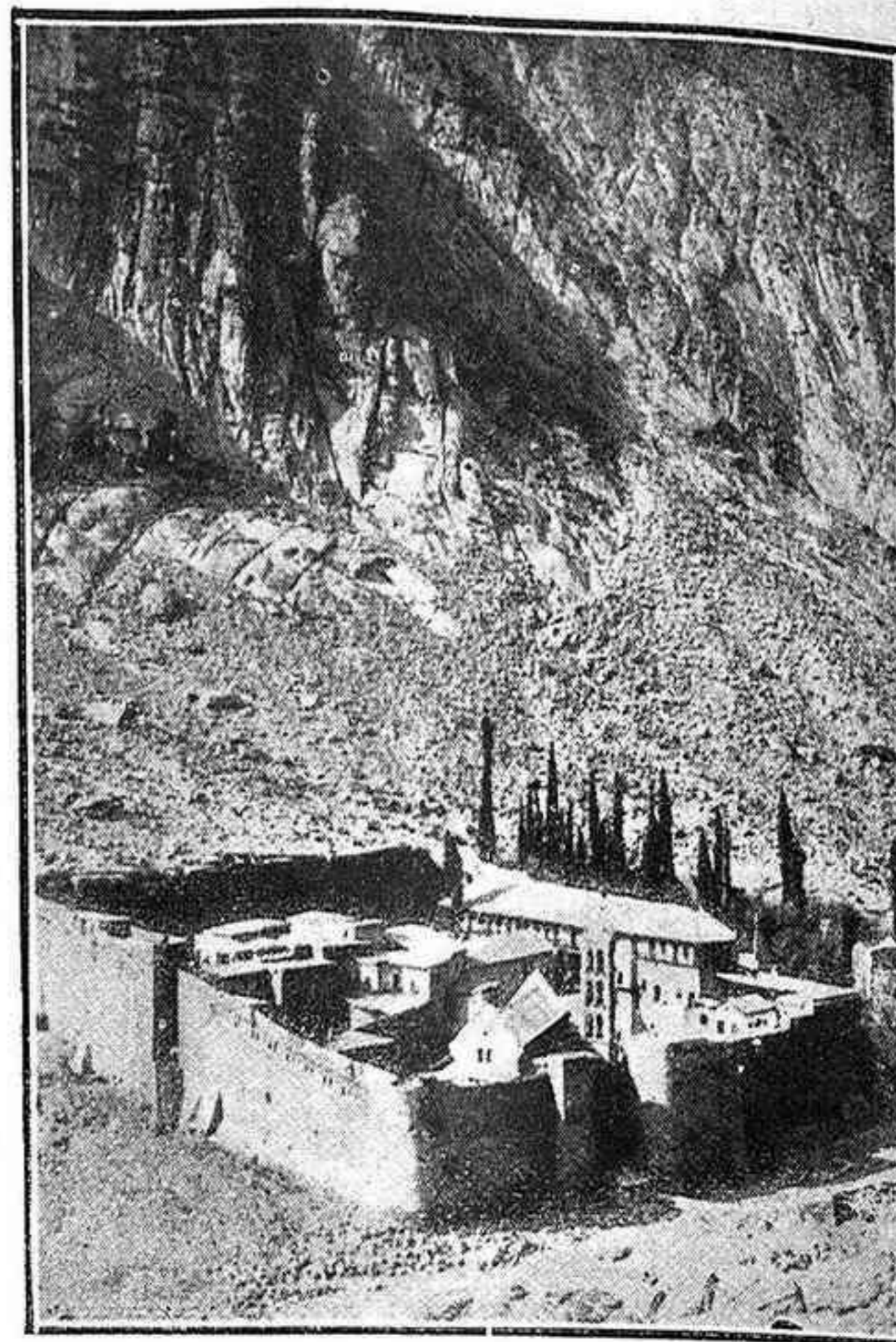


Una hoguera conmemorativa de la zarza ardiente mosaica

LUGARES DE TRADICIÓN Y DE LEYENDA EL "JEBEL MUSA" Ó MONTE DE MOISÉS



El Santuario de Elías



El Monasterio de Santa Catalina en el "Jebel Musa"

No es empresa fácil hoy por hoy arribar al corazón de esa península montañosa de la Arabia que lleva el nombre de Sinaí, y que se halla situada entre los golfos de Suez y de Akabah, formados por el Mar Rojo. No obstante, organizanse de vez en cuando por las colectividades religiosas piadosas visitas á dicha región del Asia, debido á que en ella se yergue hosco y desolado, como en los tiempos bíblicos, el *Jebel Musa*, de los árabes, ó sea el sagrado monte donde Moisés recibió de Dios las *Tablas de la Ley*. La vía más cómoda de acceso es la constituída por la llanura de Uadi-er-Raha, en la que, según la tradición, acamparon los israelitas en su éxodo. Su extensión es tanta, que, sin tomar en cuenta los valles adyacentes, podría contener dos millones de personas, aun cuando cada una de ellas ocupase un metro cuadrado de superficie. Inmediatamente debajo del monte Sinaí hay una elevación del terreno, llamada por las gentes del país el monte Aaarón, y que corona un pequeño monumento de piedra. Deriva su nombre de otra tradición: la de haber erigido en aquel montículo el hermano de Moisés el *Becerro de oro*. A veinte minutos de andadura descubre la mirada del viajero el monasterio de Santa Catalina, uno de los más antiguos cenobios del mundo, puesto que, según se ha comprobado históricamente, los cimientos del templo y las robustas murallas que lo circundan, dándole aspecto de inexpug-

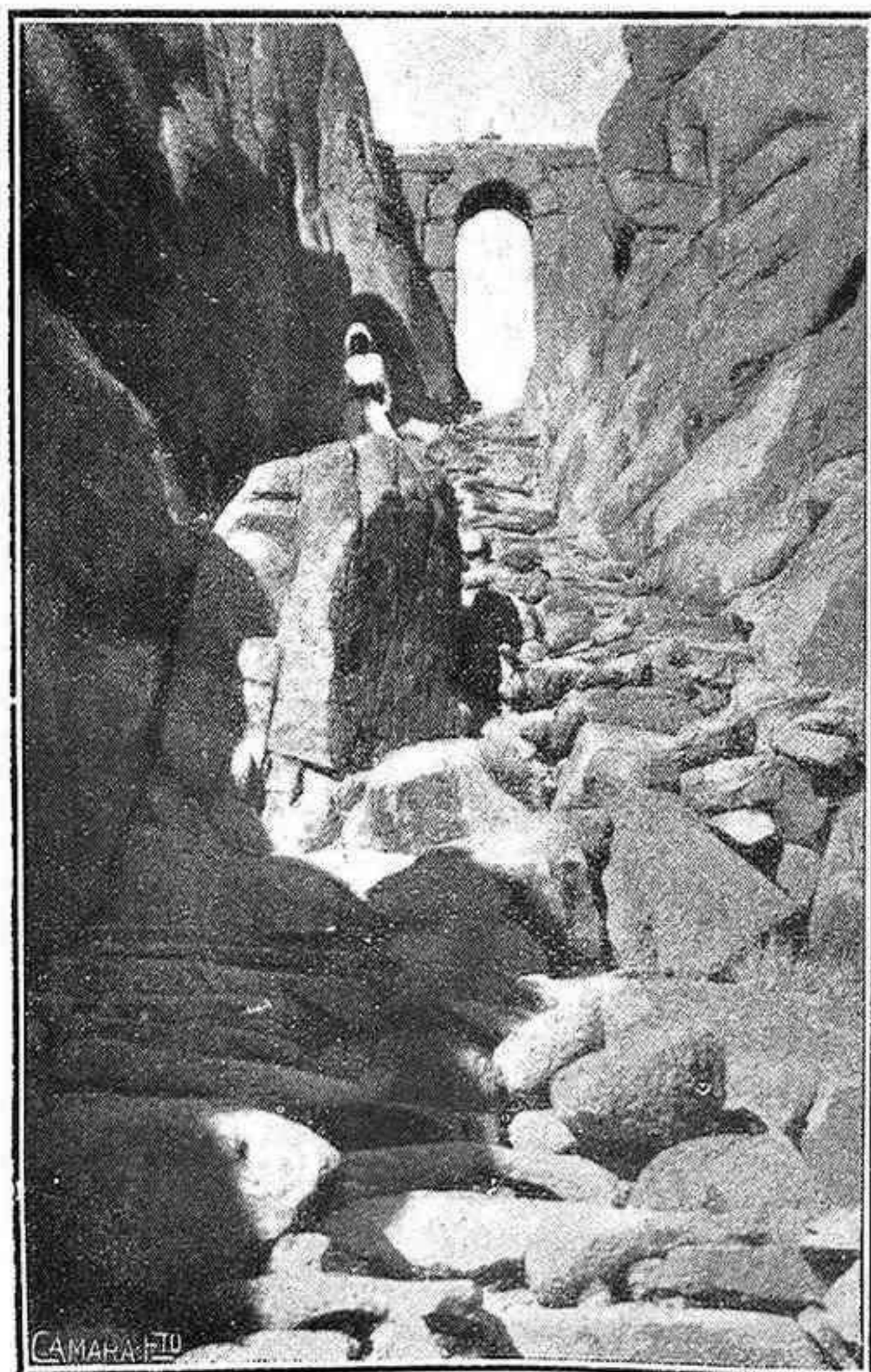
nable fortaleza, datan de la época de Justiniano (a. 527-560 de nuestra Era). Este mismo emperador favoreció hacia el año 530 el desarrollo de las construcciones conventuales del Sinaí, enviando á los monjes, como donación, 200 esclavos egipcios y romanos con sus familias, para que les ayudaran en los trabajos de odificación y en las labores agrícolas. No deja de ser curioso consignar á este propósito que los actuales *jebeliyeh*, ó sean los habitantes del monte sagrado, y que aún prestan sus servicios como colonos al monasterio de Santa Catalina, son los descendientes directos de los siervos

dorf el célebre manuscrito griego del Nuevo Testamento, llamado *Codex Sinaiticus*, y que data del año 400 de la Era Cristiana.

Dos caminos conducen desde el monasterio de Santa Catalina hasta la cumbre del monte sagrado. El más corto de ellos lleva el nombre de *Escala de los Peregrinos*, y no es sino una ruda escalinata tallada por los monjes en la roca viva, con dos antiguos arcos, el último de los cuales sirve de ingreso á una pequeña meseta, en cuyo centro se eleva pedáneo montículo de granito que lleva el nombre de *Colina de los Ancianos*, y donde, según la tradición, esperaron éstos el descenso de Moisés. Animan algo la infinita tristeza del paraje dos pequeños santuarios, uno de ellos dedicado al profeta Elías, y el otro al sumo sacerdote Eleazar. En la cumbre del monte, ó sea donde el Señor dió á Moisés las *Tablas de la Ley*, conmemoran el hecho otros dos minúsculos santuarios, cristiano el uno y mahometano el otro. Este último es visitado por los musulmanes, que en sus cercanías suelen encender hogueras en dichas ocasiones, para recordar la aparición de la zarza ardiente.

Las interesantes fotografías que acompañan á las presentes líneas, y que fueron recogidas en una reciente peregrinación de la colonia americana de Jerusalén, darán idea de estos lugares bíblicos, sin duda uno de los más interesantes del mundo.

D. R.



La Escala de los Peregrinos en el Monte Sinaí

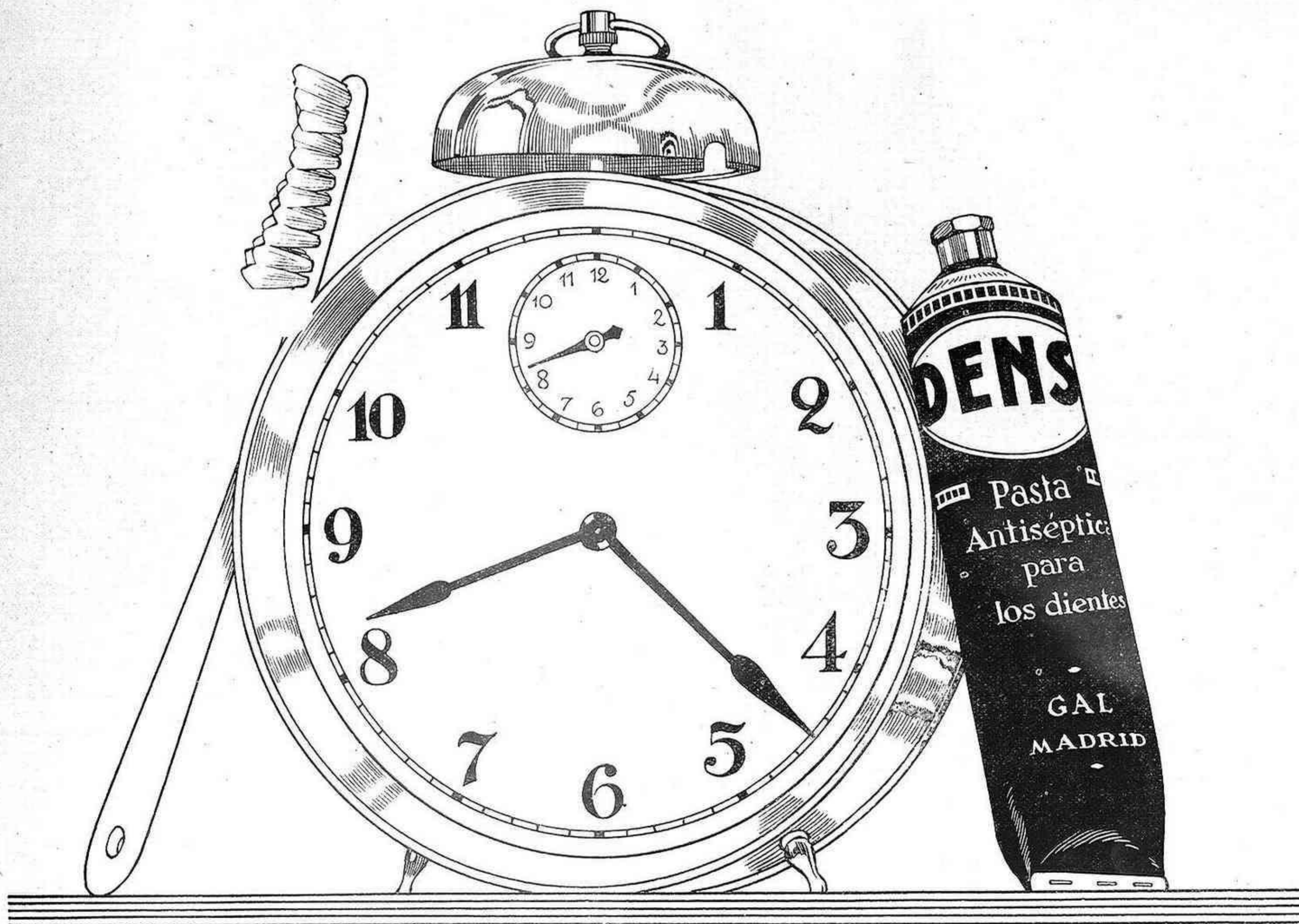


El "Codex Sinaiticus" del Monasterio de Santa Catalina (año 400 de la Era cristiana)

regalados á la fundación por el imperial autor del *Digesto*. Obra de muchos siglos, refléjanse lógicamente en el abigarrado amontonamiento de construcciones que forman el fortificado cenobio los diversos períodos históricos por que atravesó, principalmente el arte bizantino y el árabe, poseyendo varias capillas para los diversos ritos cristianos; una iglesia conventual para el culto griego ortodoxo; monasterio propiamente dicho; hospederías, biblioteca, y hasta una pequeña mezquita, edificada en tiempos por los monjes con objeto de ganarse la amistad del elemento musulmán; pero que, en realidad, no tiene culto. La biblioteca es bastante rica en manuscritos antiguos. Fué allí donde hace algunos años descubrió el profesor Tischen-



Un monje de Santa Catalina subiendo á su celda



La hora de levantarse

recuerda a usted que su primera obligación al empezar el día consiste en limpiarse los dientes con Pasta Dens. Habitúese usted a usar la Pasta Dens todas las mañanas. Limpia los dientes con la suavidad de una esponja, sin atacar el esmalte. Refresca y desinfecta la boca. Aromatiza el aliento.

Considere usted que la sensación de tener la boca sana y limpia influye favorablemente en el estado de ánimo de cada uno, y use con asiduidad la Pasta Dens, crema jabonosa antiséptica, aromatizada con menta dulce. Conservará usted la boca sana, las encías fuertes y los dientes firmes y brillantes.

Compre usted hoy mismo un tubo en la primera farmacia, perfumería o droguería que encuentre.

La PASTA DENS

PERFUMERA LA PALABRA

Tubo, 2 ptas. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



MUTACIÓN DE TÓPICOS

EN ESTE DÍA...

NADA más adecuado y pertinente que la contemplación de las fotografías marginales en este día de la Conmemoración de Todos los Santos, vísperas de las Animas benditas. Nada más actual y nada más sugeridor. Y al mismo tiempo, nada más fácil—se agolpa á los puntos de la pluma—para la explotación de la fecha, y, al decir ésta, del tópico. El tópico triunfador.

Pero son harto pobres sus galas para tejer la siempreviva de las efemérides. Por eso no aludré á los homenajes póstumos ni á las tocas ni lloronas viudales. No os distraeré con el chisporroteo de los cirios, ni os intimidará la liturgia grave del *Miserere*. No acunará vuestra pereza las estrofas del «Escultor», ni deslumbrará vuestras pupilas la pluma romántica del chambergo de Don Juan. Y ni siquiera os haré recordar las consejas aldeanas, prestas á reverdecer bajo la campana hogareña, mientras aulla el viento afuera.

Huyamos, pues, del tópico viejo, para intentar

de hallar el nuevo, ó por lo menos un cambio. Que la literatura, al fin, no es sino renovación de tópicos. Y las fotografías que tienes ante tu vista, lector, nos los dan cuajados. Para ello fijaréis vuestra atención en cualquiera, en una. Pero no basta la atención, que puede ser ensimismamiento; es preciso, también, que le acompañe la sensibilidad. Y ya anudadas, lo demás «se os dará por añadidura»...

Si el paisaje es un estado de alma—según la manoseada frase del dulce pensador ginebrino—, estos que oteamos tienen necesariamente que reflejar la serenidad de nuestra alma. Que no siempre los nubarrones presagian tormentas, como algunos veces las sombras no son, negruras. El aguafuerte puede ser dolor y miseria; pero, asimismo, interrogación. Y bajo el serpenteo de ésta, el misterio tiende la policromía del arco iris: el sol de la esperanza abre su plumaje.

O dicho de otro modo: quiero manumitirme de la esclavitud del tópico. Quiero que ante la pre-

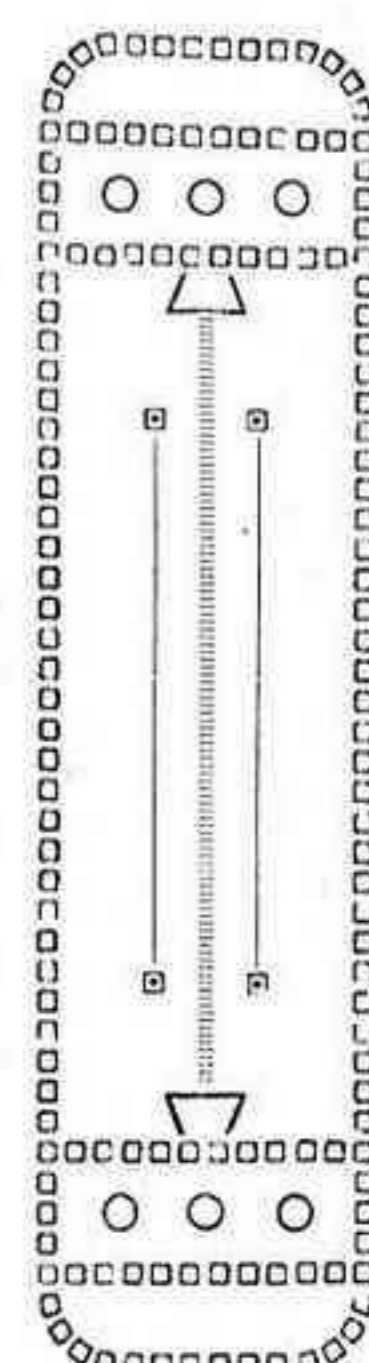
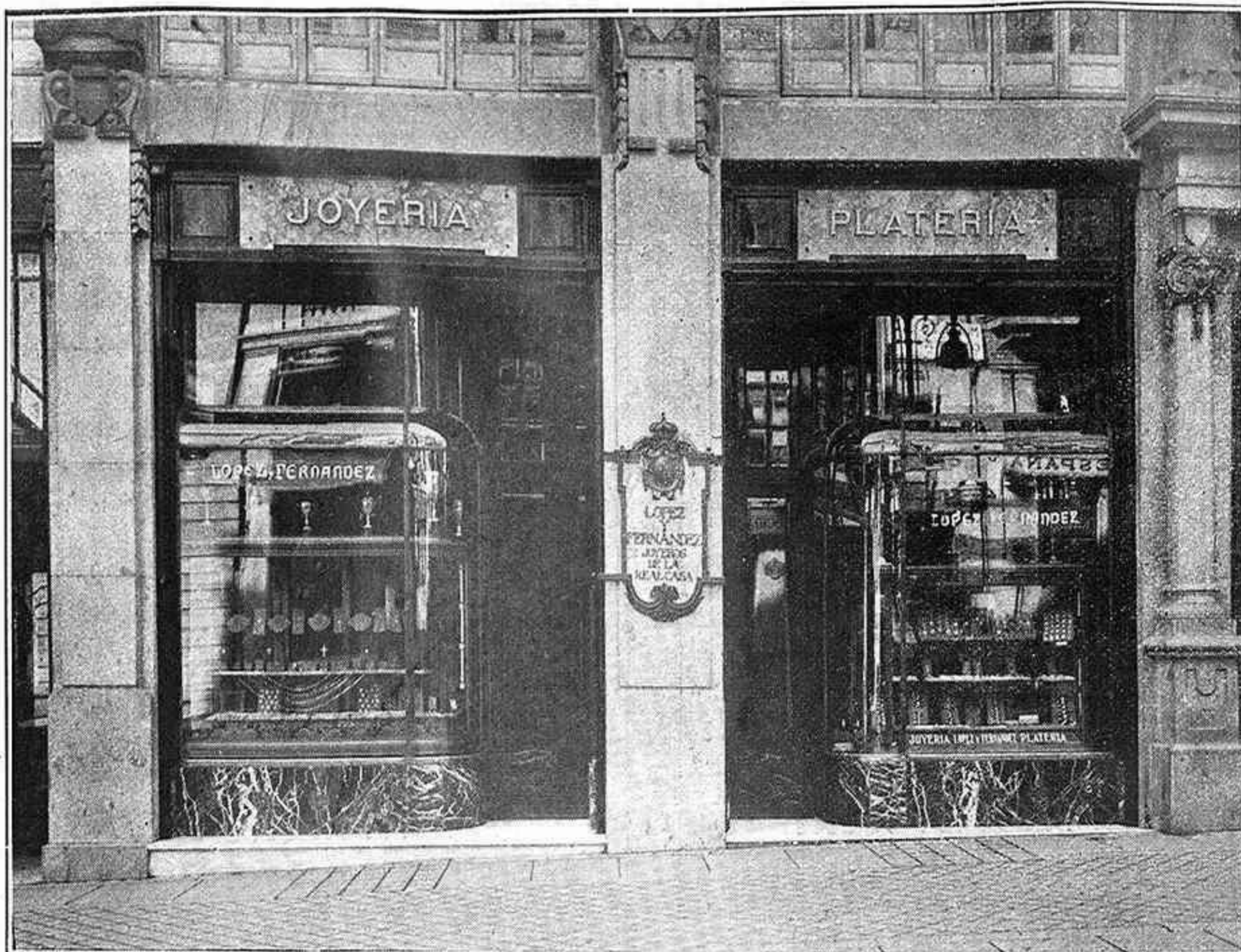
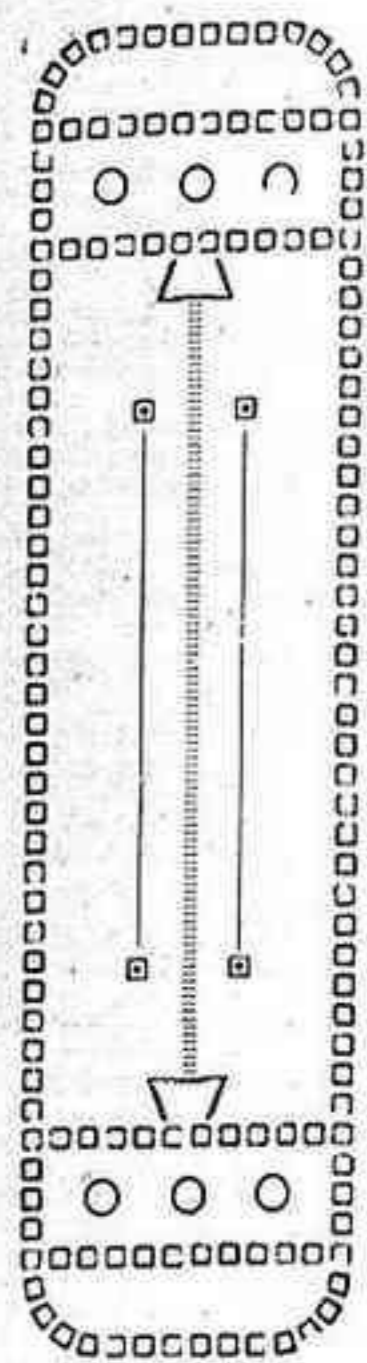
sencia de estas fotografías arrojeis la pesadumbre del tópico viejo. Quiero, en suma, que la palabra negación la sustituyáis por la de serenidad. Y ésta—bien lo sabéis—no se adviene ni con los salmos de David, ni tampoco con las lamentaciones del *Eclesiastés*.

Sin pecar de iconoclastas, y menos de heterodoxos, tratemos de cambiar la tramoya del espectáculo mortuario. Arrojemos las máscaras convencionales y requiramos las cuádrigas, y el tirso, y las anémonas del paganismo; que la divina Helade nos preste sus gracias y sus trofeos. Porque esta serenidad, que es rectitud—y antorcha y germinal—, nos dice cómo la materia no muere. Por el contrario, nos habla de la alegría del tránsito, de otra nueva vida, la que—una vez abandonados los remos á Caronte y cruzada la laguna Estigia—nos recibirá con una brazada de frescas rosas, á modo de guirnaldas nupciales...

TEODORO MUÑOZ CREGO



CÁMARAS-LU



Detalle de la fachada

FOT. CORTÉS

COLLARES Y PAREJAS
de perlas

JOYAS ARTÍSTICAS

MEDALLAS RELIGIOSAS

PULSERAS DE PEDIDA

ARTÍCULOS ALTA NOVEDAD
para regalos

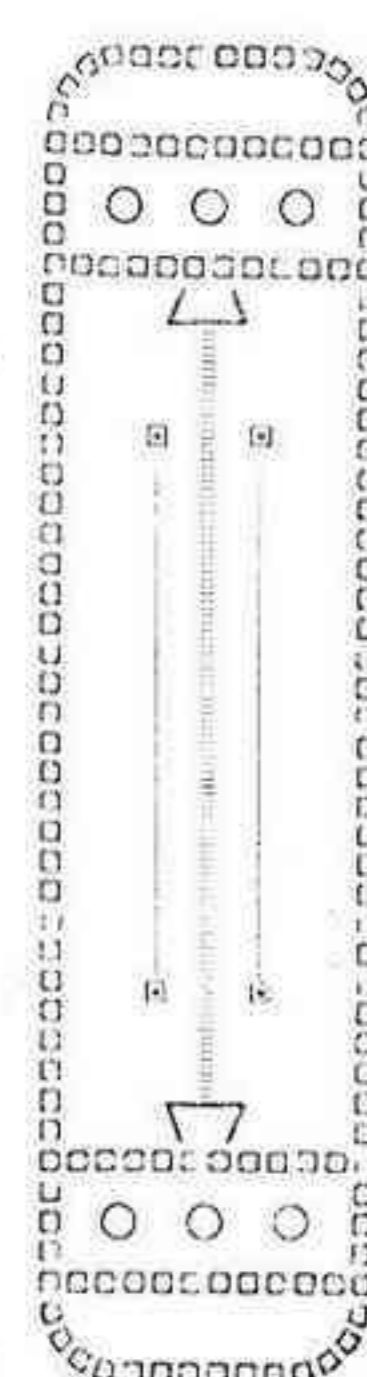
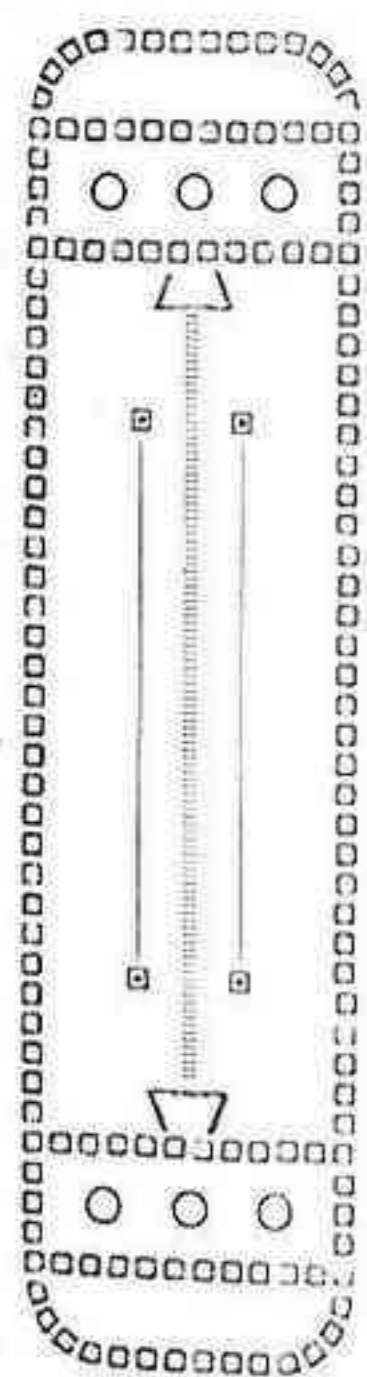


ORFEBRERÍA DE ARTE
VAJILLAS Y COPAS SPORT
plata de ley

ARTÍCULOS GRAN FANTASÍA
en cristal

ESMALTES

Reproducción en bandejas
repujadas
de los cuadros más notables

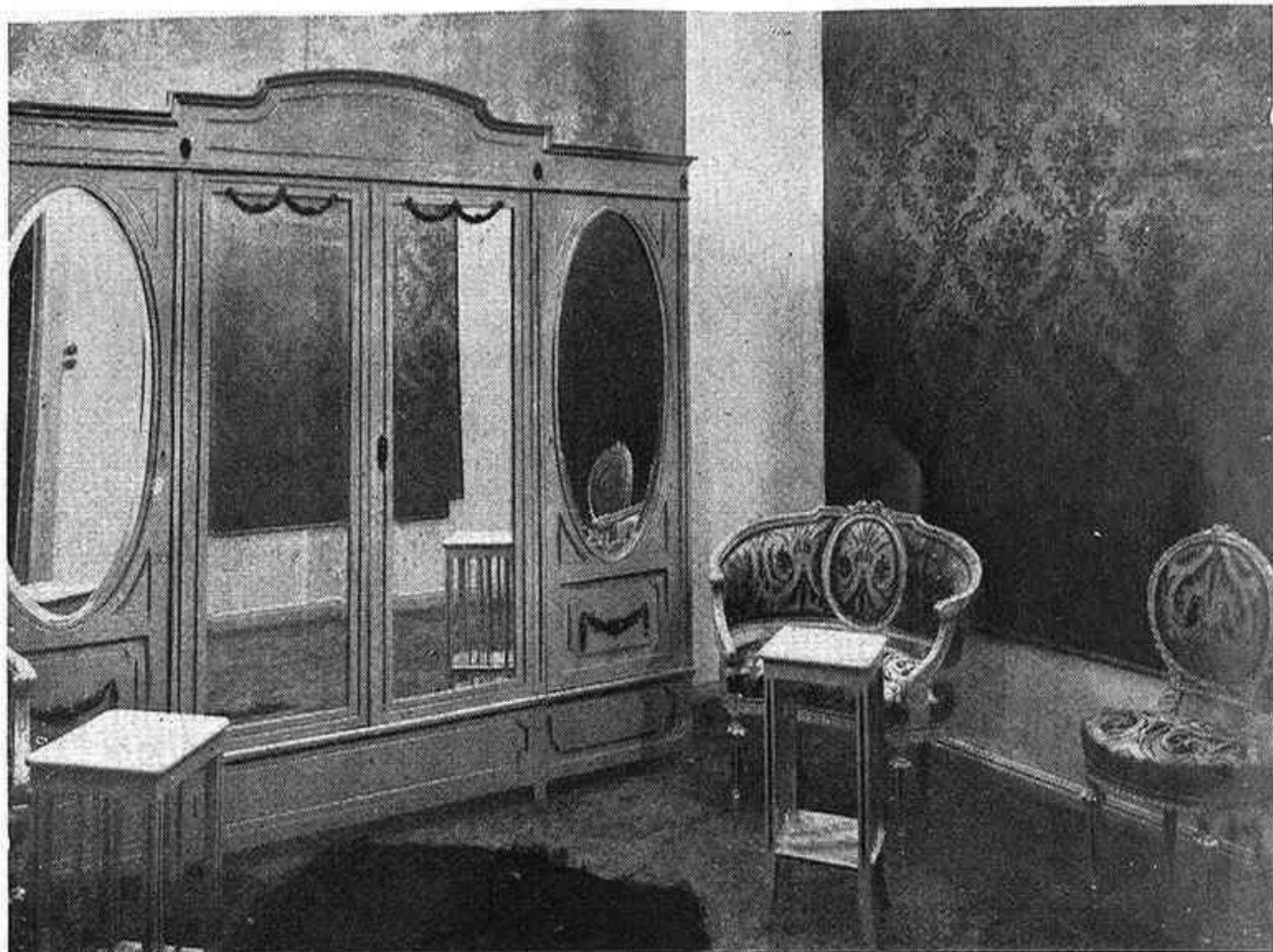


Uno de los ángulos del interior de la Joyería

FOT. CAMPÚA

LA CASA MEJOR SURTIDA Y QUE MÁS BARATO VENDE EN ESPAÑA

UN VERDADERO ACONTECIMIENTO



Un detalle del suntuoso Salón que Margarita Lacoma ha instalado en la Avenida del Conde de Peñalver, 7 (Gran Vía)

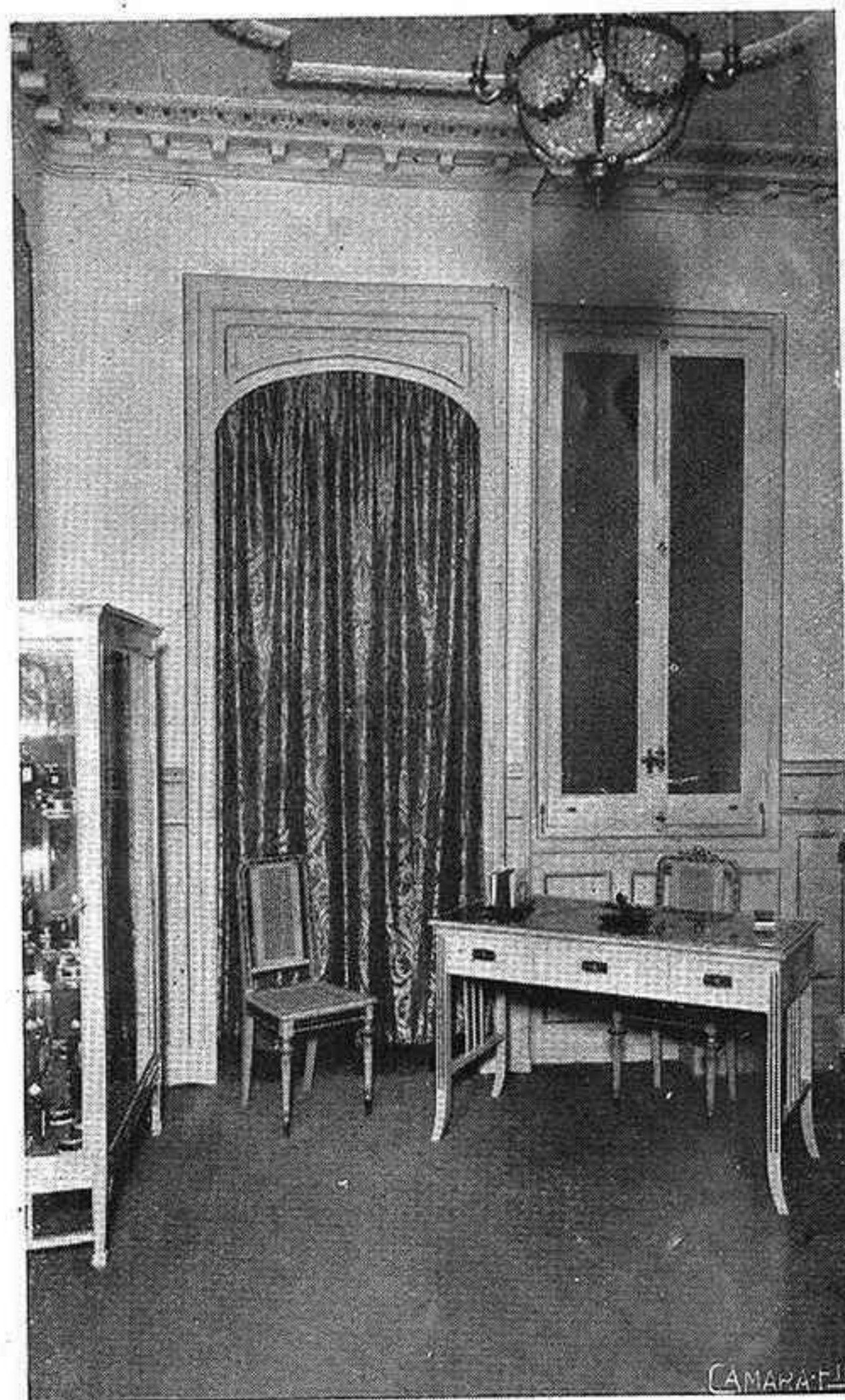
YA era hora que Madrid pudiera contar con unos Salones que, decorados con el buen gusto y la suntuosidad necesarias, compitieran con los extranjeros; y si á esto añadimos que Margarita Lacoma conoce á fondo el arte del Vestido y que viene decidida á colocarse á la altura de las Casas de París y á hacerse tan indispensable como ellas, podemos dar el parabién á las mujeres madrileñas, que desde hoy contarán con una modista, artista y española, donde podrán elegir modelos según la última de París, sin hacer grandes dispendios.

Este es el lema de Lacoma: ofrecer vestidos, abrigos y peletería por unos precios verdaderamente asequibles.

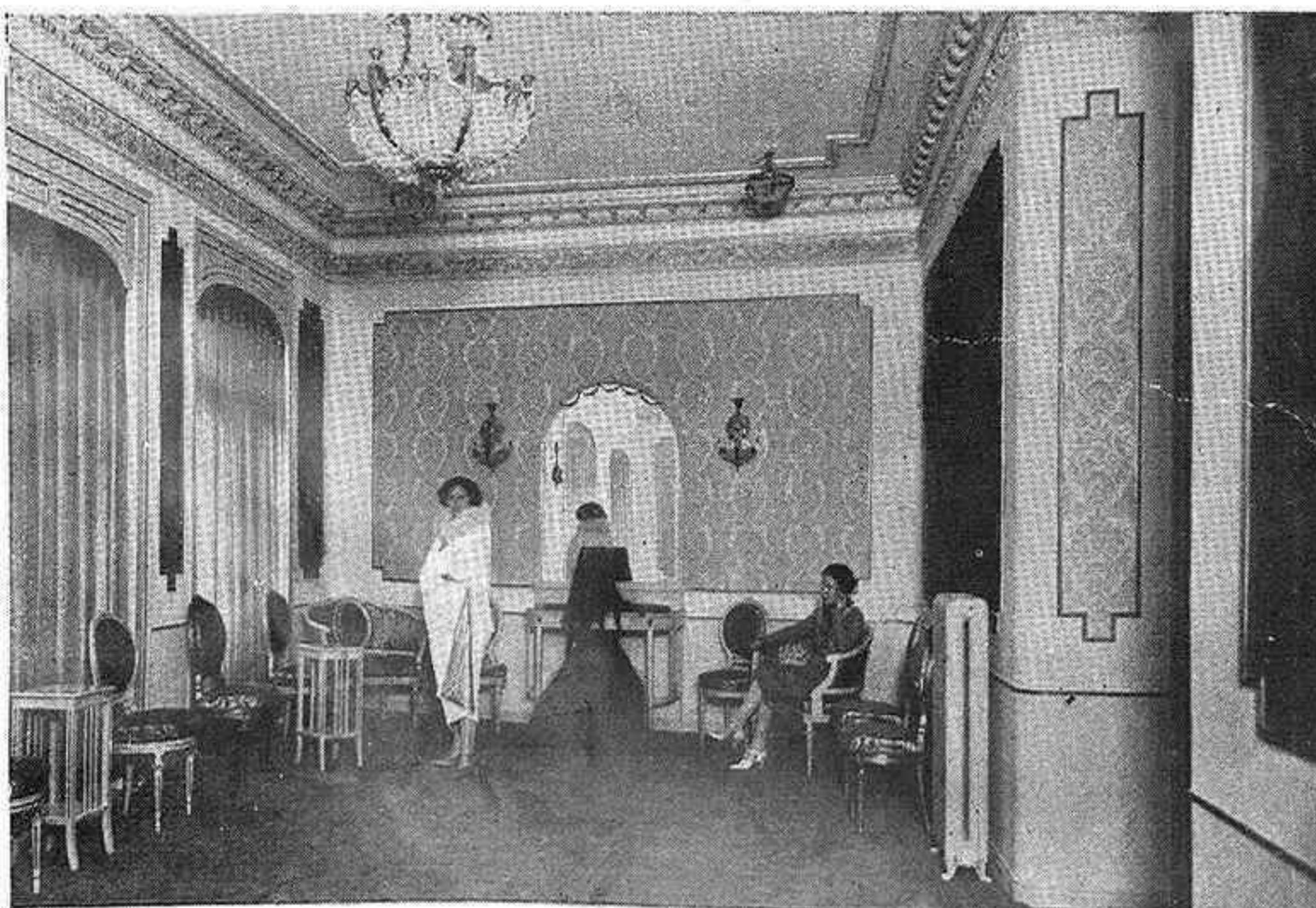
No podemos por menos de enviar nuestra enhorabuena á Margarita Lacoma y alentarla desde estas páginas en la empresa que se ha propuesto de nacionalizar un arte.

El escaso espacio de que disponemos nos impide extendernos todo lo que el asunto merece, señalando sólo los nombres de las Casas «Cerezo» y «Rodríguez», que con un exquisito sentido del arte decorativo han amueblado y decorado estos Salones.

S. de MONTERREY



Un detalle del "hall" de la CASA LACOMA, Avenida del Conde de Peñalver, 7 (Gran Vía)



Un detalle de uno de los probadores de la CASA LACOMA, Avenida del Conde de Peñalver, 7 (Gran Vía)

LA MANO

HACE años, era yo niño entonces, conocí en un sitio de la sierra andaluza un matrimonio de serranos con cuatro hijos. El mayor de los cuatro tenía quince años y no había ido al pueblo más que una vez: cuando lo llevaron á bautizar. Los otros tres, escalonados de año en año, habían corrido igual suerte que el mayor.

Esta familia era propietaria de una parcela de terreno montuoso y vivía en una choza construída por ellos mismos. Se sustentaban de lo que producía un pequeño hato de cabras, el fruto de unos pocos olivos, poquitos, salpicados entre los matorrales, y unas berzas que sembraban en la vegueta del arroyo; pero su principal fuente de mantenimiento era la caza, á la que se dedicaba el padre. Este, como también su mujer, era un excelente sujeto, y ambos de un temperamento alegre, resignado y muy *sui generis*, hasta el punto de que habían dejado crecer á los muchachos en pleno salvajismo.

El mundo visual de aquellos muchachos, pues el de su experiencia era más corto, se reducía á lo que alcanzaban sus ojos desde el altozano de su choza; y en cuanto á personas, no habían visto otras que, y esto casi siempre de lejos, á los trabajadores que iban á las tres ó cuatro fincas colindantes, y á mi familia, cuando íbamos á aquella finca á pasar temporada en invierno.

Los padres de esos muchachos—inisto un poco, porque la cosa parece inverosímil y es rigurosamente exacta—no iban jamás al pueblo, y parte por pereza, parte por diversión—cosa explicable y clara para el que entienda la psicología del serrano andaluz—, no se habían molestado lo más mínimo en enseñar nada á sus hijos: ni nombres de objetos, ni de seres, nada; lo que los muchachos cogían buenamente de sus padres, y nada más; por eso el lenguaje de aquellas criaturas era una jerigonza llena de voces por ellos inventadas, que hacían á los padres torcerse de risa, y que, por virtud de esa risa y para más reír, los padres acababan por adoptar en sus relaciones con los hijos.

Este hombre y esta mujer iban á visitarnos á nuestra casa de campo, y procuraban llevar á sus hijos, para que los viéramos.

Caramelos, palabras amables, pasarles la mano por la cabeza cariñosamente era lo que hacía mi madre con aquellos muchachos, mientras afablemente desaprobaba la conducta de los padres, que reían viendo á sus hijos mirar en torno con ojos muy abiertos y sentados en el suelo, pues las sillas les inspiraban terror. Alguna vez uno se desplegaba para escapar, como un muelle de acero que se suelta.

Poco á poco se nos hicieron amigos; iban ya solos á vernos. Y recuerdo que subían y bajaban la escalera á gatas, ágilmente, como perros. Costó trabajo hacérsela repasar á pie derecho, pues no se confiaban, ellos, tan buenos trepadores, ni del pasamanos, ya que la tal cosa no existía en su mundo. Con mi madre del brazo, y poco á poco, fué la enseñanza.

La curiosidad y el terror por las cosas desconocidas les hacían ir á nuestra casa cada vez con más frecuencia. Veían un objeto nuevo para ellos, y abrían, asustados, los ojos. Entonces se les señalaba el objeto. «¿Eso? Miradlo, miradlo; no hace nada.» Y se les invitaba á que se acercasen, pues aunque el objeto fuera manejable, no se les debía acercar á ellos, porque los muchachos corrían aterrorizados. Al cabo comenzaban á aproximarse; miraban el objeto por todos lados; al fin, uno, el más atrevido, tendía la mano cautelosamente y lo tocaba con la punta de los dedos; luego con toda la mano, todavía con cuidado, hasta que al fin, de pronto, decía: «Tal», le daba un nombre, lo que fuese, y desde ese instante se acababa el miedo al objeto, y los muchachos se lo pasaban unos á otros.

Aquellos salvajitos tenían para ir al mundo su mano y su palabra; tenían, al par que su palabra, su mano, esto es, su acción; pues si pensamos hondo, acción y palabra se resuelven en un solo acto: el *Fiat* creador no fué más palabra que acción, sino tanto lo uno como lo otro; por eso dice el Evangelio que en el principio fué el Verbo, y por eso, mirando desde otro costado, analizando, uno dijo, genialmente, que en el principio fué la acción.

La mano, que creciendo con el cuerpo y siendo parte suya, sale de él, penduculada en la parte más vital del cuerpo mismo, allí donde se asienta el corazón y adonde se llevan las manos cuando se dice con ansia: «Yo quiero», «Yo te quiero», «Mi alma», «¡Ay, mi alma!», porque la mano y la frase no es nueva, es el instrumento del alma. La mano es, desde luego, el puente que el alma tiende para ir al mundo circundante, y al par es el florecer del alma en ese mundo por medio de las creaciones de la mano.

Porque el hombre tiene manos se ve claro su destino de señorío en la multiformidad del universo; pues todo órgano de todo animal supone, en el plan originario de formación, un conocimiento pleno del mundo en el que el animal ha de vivir y enseñorearse: las aletas que le nacen al pez suponen un conocimiento del elemento líquido.

La mano, al ser instrumento y también sentido corporal, amplía los límites del universo animal: si el elefante (dejando á un lado los cuadrumanos, porque éstos al fin son primates, como el hombre) es el más inteligente de los animales, es debido á la cualidad incluso táctil de su trompa, que es casi una mano.

El apunte, la alusión al tema de la mano, que eso nada más, comienzo de índice, quiere ser este artículo, surgió al hojear la magnífica obra del señor Obermaier *El hombre fósil*, y ello me trajo el recuerdo de mis antiguos conocidos los salvajitos de Sierra Morena.

Las magníficas pinturas, copia de las rupestres, que decoran el tomo tienen para mí, ahondando en ellas, un sentido que nada tiene que ver con la idea actual de la pintura, ni mucho menos con lo decorativo. Esa pintura, obra de la mano, no nació por afán de decorar un muro y hacerlo más bello y agradable á la vista; los grabados en las armas ó utensilios de hueso no se hicieron para embellecer tales objetos, ni por magnífico juego artístico. Yo, acaso esté equivocado, siento, ¡lo siento dentro de mí!, que todo eso tiene otro sentido, y muy profundo; este: Aquel hombre no se valió de su mano para decorar, sino para conjurar, para sujetar fuertemente á su señorío, por medio de la representación plástica, aquellas cosas del mundo circundante que antes, al serle desconocidas (sin nombre ni imagen representable clara), le llenaban de terror.

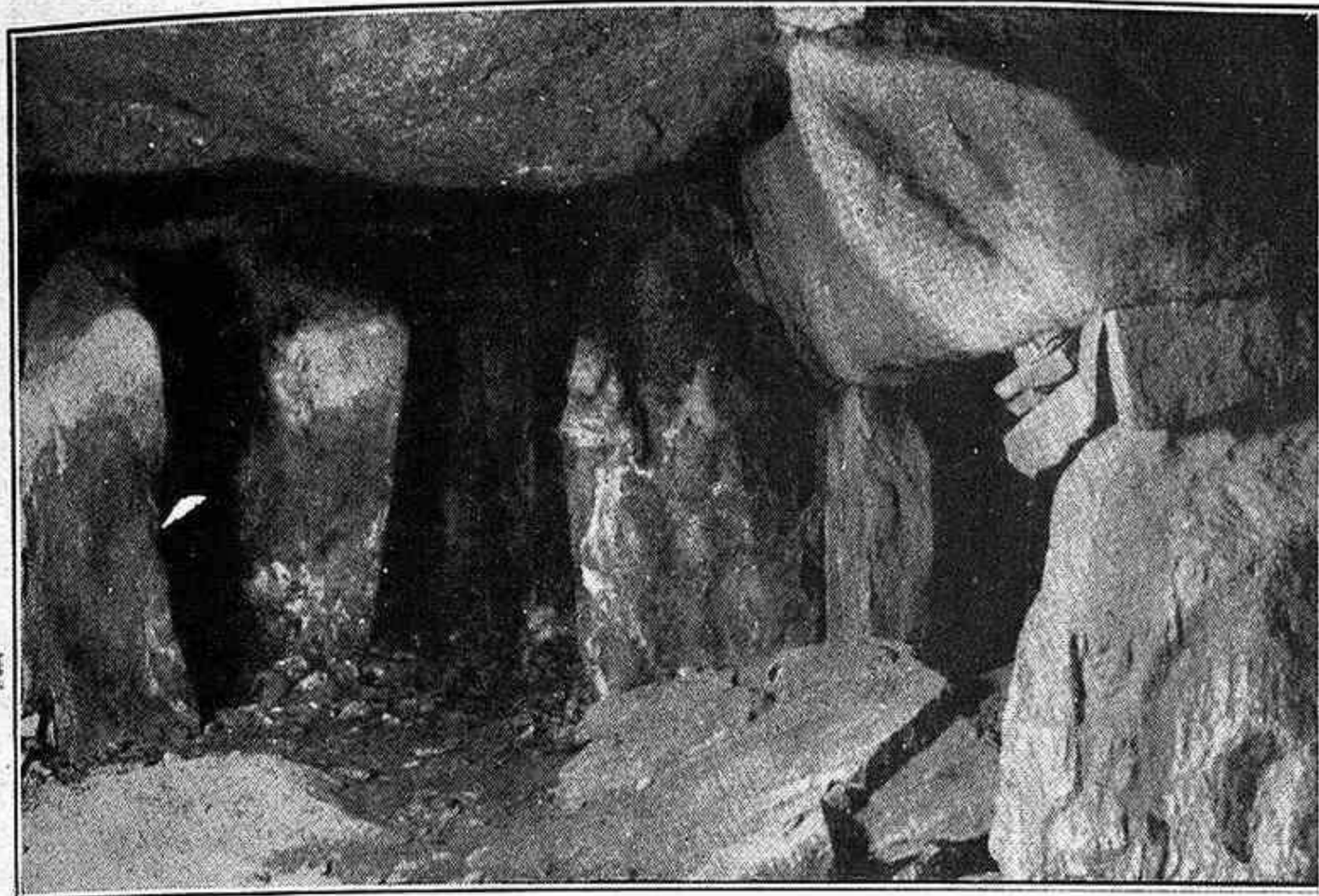
La parte de adorno, el considerar eso como elemento decorativo y para recrear la vista, es cosa venida después y por añadidura. Mas cuando la pintura primitiva, ó mejor postprimitiva, se hace decorativa, pierde esfuerzo y emoción, pues ya no obedece á aquella justa necesidad primaria, y por eso la cosa se desinfla. Es preciso avanzar más, mucho más, en el tiempo para que la mano produzca cosas interesantes en sentido de puro juego, esto es, artístico puro.

La mano y la palabra. ¡Qué alambre estúpido al que subirse para andar por él y desde allí lanzarse al mar profundo en formidable gesto de nadador!

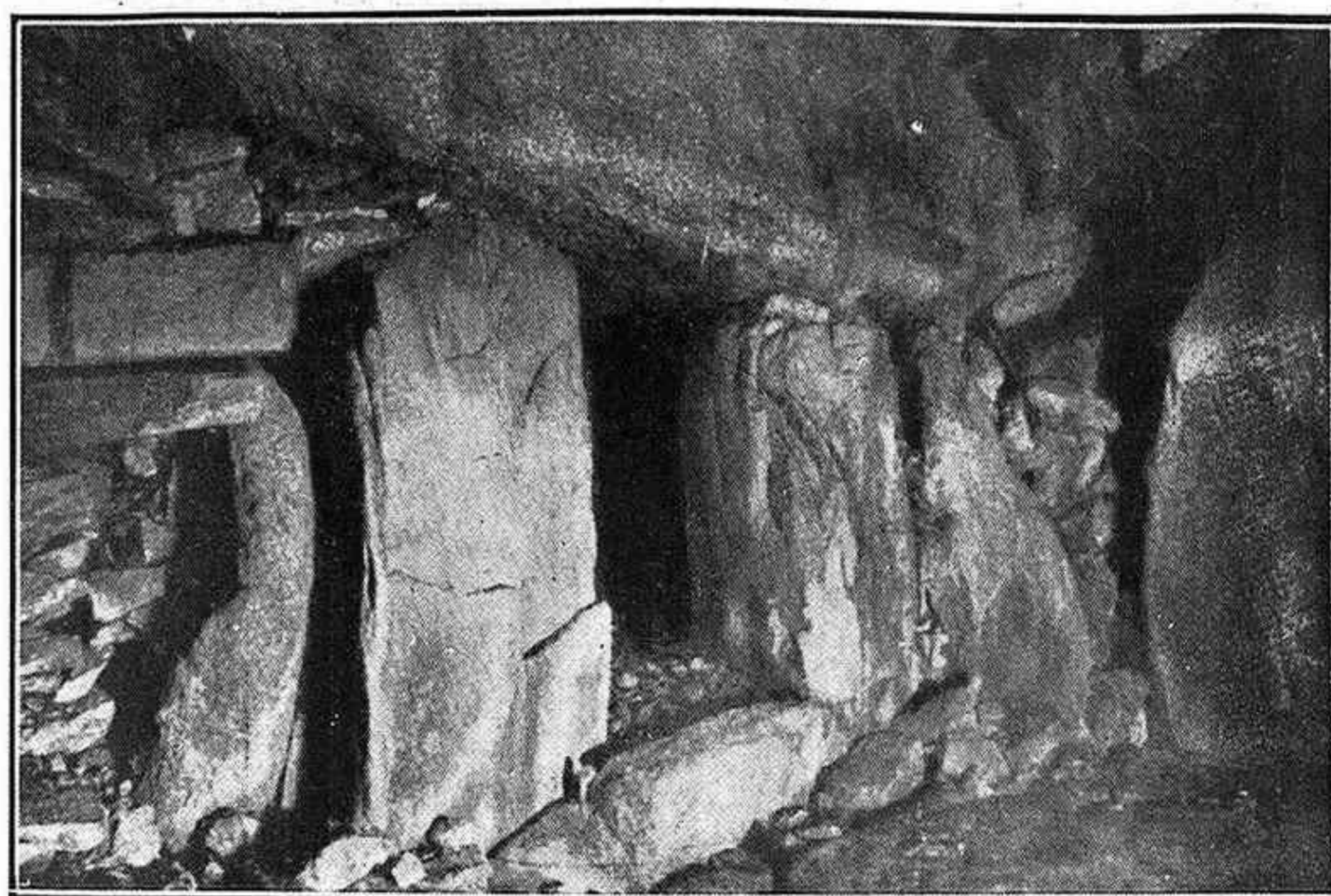
ANTONIO PORRAS

DEL PASADO DE LA HUMANIDAD

EL MONUMENTO MEGALÍTICO DE JERSEY



Cavidades laterales Oeste y Norte bajo el túmulo de la "Hougue Bie", en la isla de Jersey



Cavidad lateral del Sur, en la que han sido descubiertos algunos vasos rituales

Los turistas que han visitado la isla de Jersey, que, como se sabe, es una de las llamadas Normandas ó del Canal de la Mancha, conservan como uno de las más impresionantes recuerdos cierto lugar pintoresco de la misma, denominado *Hougue Bie* ó Torre del Príncipe. Y esa rememoración emotiva no obedece sólo á la belleza del sitio en que se alzan las ruinas de la secular estructura, que bien pudo ser en sus orígenes simple atalaya defensiva, sino á la dramática leyenda que desde tiempo inmemorial va unida á la

misma y que aún, en las largas veladas del invierno, relatan las viejas normandas ante la lumbrarada hogareña. En esa leyenda, como en muchas que perduran en ciertas regiones de Europa, es elemento importante el dragón formidable que devastaba el país y sembraba el terror entre los habitantes. Un valeroso guerrero normando, el conde de Hambye, en Cotentin, quiso imitar la hazaña del nórdico Sigfredo, librando á Jersey del monstruo que ensangrentaba á la isla. Vencedor en la lucha, el conde de Hambye finó, sin embargo, sus días á manos de cierto caballero desleal. Enamorado éste de la esposa del guerrero, no encontró procedimiento más expeditivo para lograr su deseo que suprimir al conde, y luego de haber cometido la felonía, presentarse en el castillo de Hambye, narrando á la viuda desolada cómo el vencedor del dragón había muerto de resultas de las heridas que recibiera en el desigual combate, no sin formular como postrer deseo que el caballero se uniese en matrimonio á la condesa y se pusiera al frente de sus mesnadas. Dió la castellana de Hambye pleno crédito á las palabras del asesino y éste se erigió en dueño y señor de los vastos dominios que en Normandía poseyera el desventurado conde. Pero no disfrutó el criminal largo tiempo del producto de su infame acción. Porque una noche, durante el sueño, reveló á la condesa la verdad, describiendo con toda clase de pormenores el delito cometido. Naturalmente, el villano fué colgado de una almena no bien alumbró la luz de la aurora, y poco después hizo construir la condesa, en el mismo lugar donde pereciera su esposo, el túmulo que luego fué llamado la *Hougue Bie*, y sobre el cual se erigió más tarde una capilla expiatoria.

Tal es la leyenda; lo cierto y averiguado es que á fines del siglo XVIII sobre las bóvedas de dicha capilla se hubo de edificar la Torre del Príncipe, en memo-

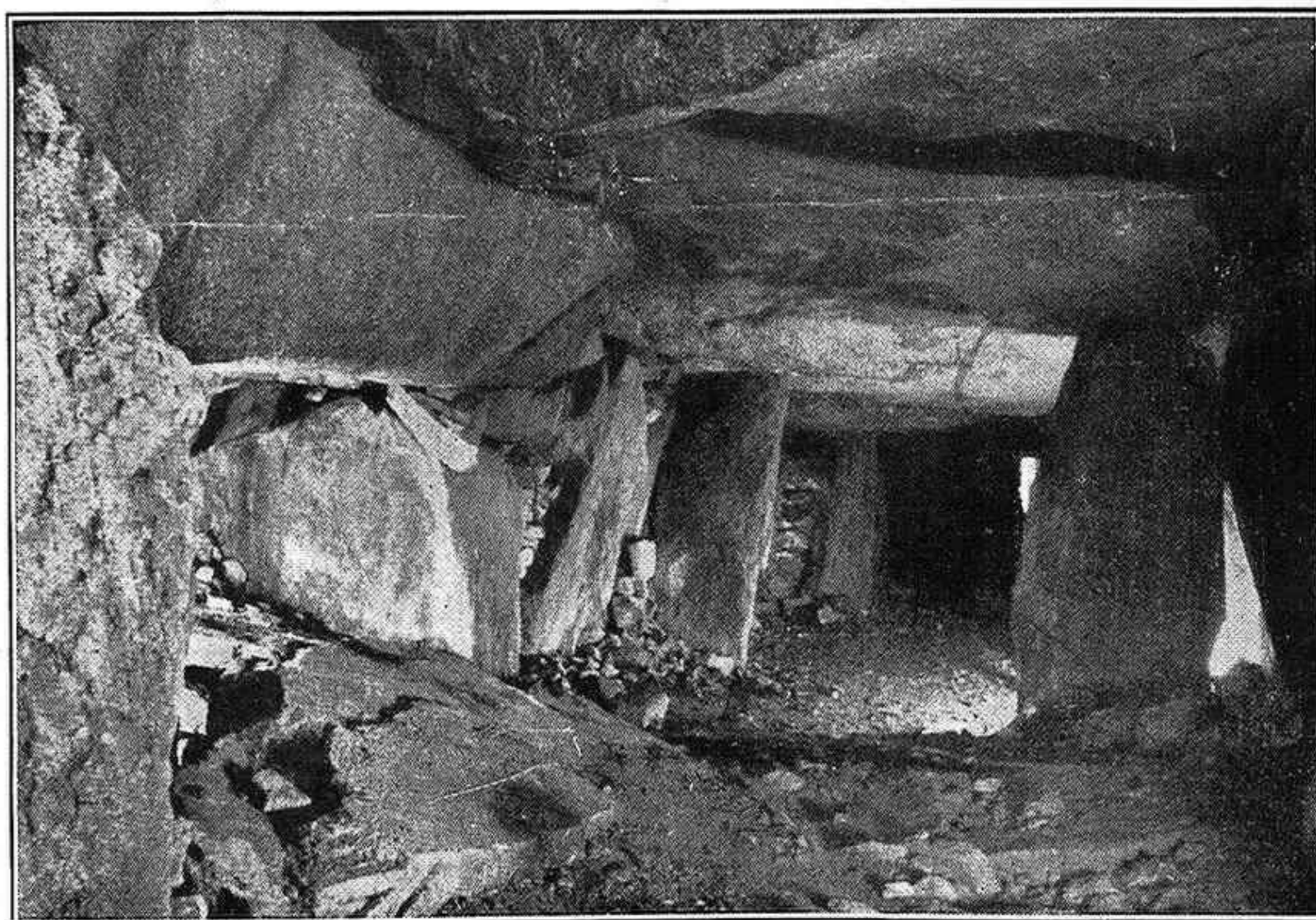
ria del almirante Felipe de Auvernia, hijo adoptivo de Godofredo de Bullón.

En 1919 la Sociedad Arqueológica de Jersey adquirió la *Hougue Bie*, iniciando excavaciones en todo el montículo que sirve de base al túmulo. Dichos trabajos dieron por resultado un hallazgo de gran importancia arqueológica, puesto que debajo del túmulo ha sido descubierto un dolmen de galería y cavidades laterales, de proporciones imponentes y en perfecto estado de conservación. El túmulo, de 14 metros de elevación, es circular, alcanzando un diámetro de 60 metros. Por su parte el dolmen, orientado de Este á Oeste, mide 25 metros de longitud y 10 de galería. La Cámara principal, de forma oval, tiene 4 metros de ancho por 2,50 de altura. Hay en ella dos cuevas laterales, situadas al Norte y al Sur, hallándose todas enlosadas con grandes piedras planas.

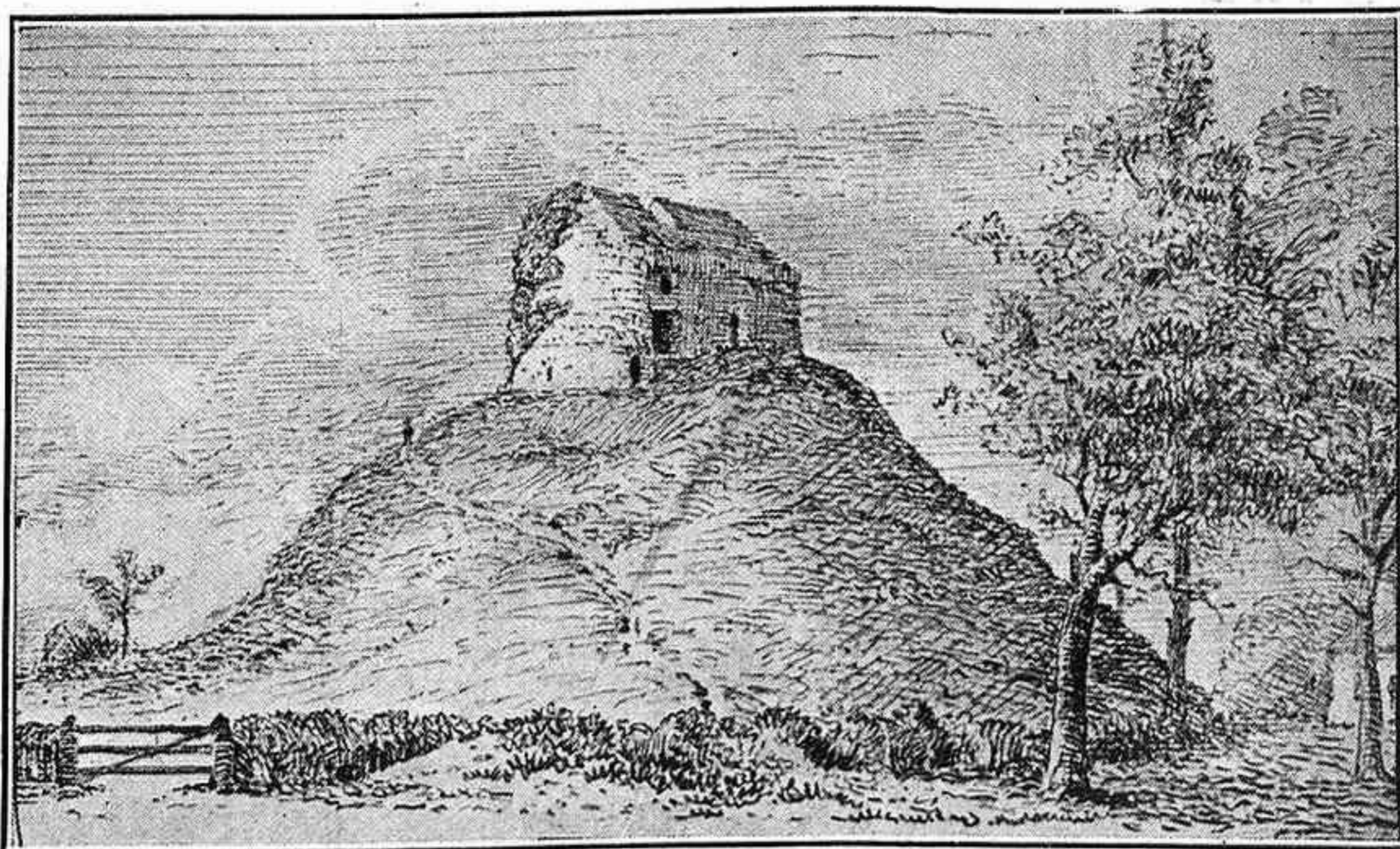
Especialmente la que recubre el suelo de la cámara principal es de enorme tamaño, calculándose que excede su peso de cincuenta toneladas. Por circunstancia infortunada, el interior del monumento debió ser profanado por los buscadores de tesoros en tiempos muy remotos, y debido á esa causa la exploración arqueológica no ha podido hallar hasta ahora ningún objeto de verdadero interés, salvo en la primera capa de cascajo depositado al pie del dolmen de la cámara principal, donde se logró recoger fragmentos importantes de vasos rituales ó votivos. Dos de dichos vasos se distinguen por sus extraños dibujos ejecutados á punta de sílex después de la cocción del barro.

Déchelette, en su *Archéologie préhistorique*, señala la existencia de vasos análogos descubiertos en el dolmen de la Garde, en Francia, y recientemente han aparecido otros similares en un cromlech de Er Lannie, en el Golfo de Morbihan, lo que parece probar el carácter religioso de dichos objetos.

La exploración de la legendaria *Hougue Bie* de Jersey ha sido considerada por los arqueólogos ingleses y franceses como de gran importancia para el estudio del período neolítico, en la época de transición desde la piedra pulimentada al bronce, reconociéndose unánimemente que dicho monumento megalítico es uno de los más hermosos y mejor conservados de cuantos existen en el mundo.



Parte de la cámara central del dolmen con galería, debajo del túmulo de la "Hougue Bie"



La "Hougue Bie" ó "Torre del Príncipe", en Jersey, según aparecía á fines del siglo XVIII

D. READER



Cómo curar sus dolores de pies

Es verdaderamente inútil sufrir de los pies y andar como un pobre lisiado desde que se conoce la acción curativa de un sencillo baño de pies saltratado. Basta disolver un puñadito de Saltratos Rodell en un recipiente de agua caliente y sumergir los pies en esta agua medicinal saturada de oxígeno en estado naciente. Semejante baño saltratado, antiséptico, tónico y des congestionante hace desaparecer toda hinchazón, irritación y magulladura, y cura instantáneamente los peores dolores. Una inmersión más prolongada reblandece los callos y durezas á tal punto que pueden quitarse fácilmente y sin peligro de herirse.

Libre de todos sus dolores de pies, el calzado más estrecho, aunque sea nuevo, le parecerá tan confortable como sus zapatillas. Los Saltratos Rodell se venden en todas las buenas farmacias á un precio módico; exija siempre los verdaderos Saltratos.

SALTRATOS RODELL



remozan los pies

LA ESFERA	
MUNDO GRÁFICO <i>Los miércoles</i>	Los sábados
Publicaciones de PRENSA GRÁFICA	
Los martes AIRE LIBRE	Los sábados
Mensualmente ELEGANCIAS	
LA NOVELA SEMANAL	

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea usted la hermosa Revista de Modas

ELEGANCIAS

TRES pesetas ejemplar en toda España

VIGOR **SALUD**
rápidamente obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al segundo semestre de 1924

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 ptas. cada semestre. Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

Lea usted los miércoles

Mundo

Gráfico

30 cts. en toda España

INGENIERIA Y CONSTRUCCION

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

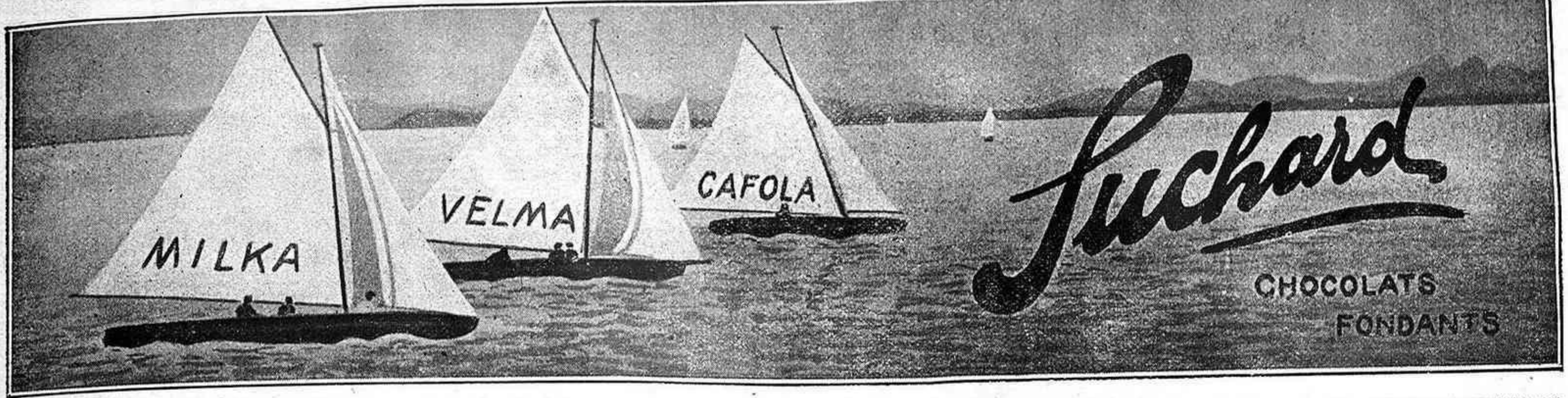
Viene a ocupar un puesto que habla vacante entre las revistas técnicas, no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003

LARRA, 6 MADRID



ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

CONSERVAS TREVIANO LOGROÑO



LA CINTURA IDEAL!

«Dora» para señoras. Tres fuerzas progresivas, según el procedimiento de Franz Glénard. Obesidad, vientres caídos, ptosis y para mantenimiento de la perfecta esbeltez. Puede utilizarse con ó sin corsé. Sus componentes elásticos no ocasionan ninguna molestia. P da folleto, adjuntando sello correo 0.35, á

INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y Alemany, Canuda, 7, Barcelona

DEPILATORIO JOVINCELA

EXTIRPA EL VELLO DE RAIZ
CADA VEZ QUE SE APLICA REAPARECE

MENOR NUMERO DE PELOS
IGUAL QUE CON LA
DEPILACION ELECTRICA
De venta en todas partes.



Fabric. I. BELLVE. Apart. 808. BARCELONA

ROLDÁN

Camisería
Encajes

Equipos para novias
Ropa blanca

Canastillas
Bordados

FUENCARRAL, 85
Teléfono 35-80 M.

MADRID

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21
BARCELONA

GRATIS

remite nuevo Catálogo la Librería
de Alejandro Pueyo, Avenida del
Conde de Peñalver, 16.—Madrid.

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las
correspondientes al segundo
semestre de 1924

De venta en la Administración de
Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,
al precio de 7 ptas. cada semestre
Para envíos á provincias añádanse 0.45
para franqueo y certificado

Lea usted todos los martes

AIRE LIBRE

50 céntimos el ejemplar

HESPERIA

Revista teosófica
:: y poligráfica ::

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª — MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el quinto año de su publicación.

Precio de subscripción en España:
10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas.
Descuento del 25 por 100 á libreros y corresponsales.

Agentes exclusivos de esta publicación
en la ISLA DE CUBA:

“LA MODERNA POESÍA”

Pi y Margall, 135-139
HABANA

UNDERWOOD



Campeón oficial de las
máquinas de escribir
GUILLERMO TRUNIGER
(S. A.)

Apartado 298.-BARCELONA.-Balmes, 7
Sucursal en Madrid: ALCALA, 39

Para anunciar en esta Revista,
diríjase á la Administración de
la Publicidad de Prensa Gráfica

“PUBLICITAS”

(venida Conde Peñalver, 13, entlo. Casa en Barcelona: Ronda San Pedro, 11, pral
Apartado 911. Teléf. 61-46 M. MADRID Apartado 228. T.131. 14-79 A.

Comercio y criadero de perros de raza



ARTURO SEYFARTH, KÖSTRITZ, 64 (Alemania)
Fundada 1864

Perros de salón, de lujo, de defensa, policías y de caza
Exportación á todas las partes del mundo
Album artístico é ilustrado en español, pesetas 3
Catálogo ilustrado en español, pesetas 1,50
(Se admiten sellos)

PRESUPUESTOS

PARA SU PRÓXIMA

TEMPORADA

Estudios y planes de publicidad

Para aumentar sus ventas, no ha de gastar más; ha de gastar bien

ESTÉ USTED SEGURO

de que por proceder sin análisis, ó por bondad de carácter que hace aceptar ofertas sin compulsar su posible eficacia, se despilfarran en anuncios sumas considerables. El hombre de negocios, agobiado por sus múltiples ocupaciones, no tiene tiempo para estudiar á fondo cómo anunciar bien sus productos y marcas. Procede por intuición y paga su inexperiencia en dinero.

Si preocupan á usted de modo absorbente sus problemas de producción, de compras y ventas, cambio, etc., no es necesario que distraiga su atención en los problemas de propaganda, siempre que tenga quien, con conocimiento de causa, piense y trabaje por usted.

Le ofrecemos nuestra experiencia de muchos años.

Numerosas casas muy importantes ponen fe en nuestros planes de publicidad, seguras de que sólo proponemos aquellos medios y aquella distribución que pueda producir rendimiento, según el artículo y el público que lo consume.

Le aconsejaremos y le prepararemos su presupuesto GRATIS y sin compromiso alguno de su parte.

“PUBLICITAS”

AGENCIA INTERNACIONAL DE ANUNCIOS

MADRID:

Avenida Conde Peñalver, 13, entl.º
Apartado 911. — Teléfono 61-46 M.

Estudio «HELIOS»

BARCELONA:

Ronda de San Pedro, 11, principal
Apartado 228. — Teléfono 14-79 A.

Estudio «FAMA»